Una nueva flor en SANTA MÓNICA

SEASONS 3

Mar Poldark



Una nueva flor en Santa Mónica

SERIE

Seasons 3

Mar Poldark

Selecta

A mi abuela Ángeles, por ser esas alas que he necesitado cuando estaba en la oscuridad. Ojalá no te sintieses tan limitada a tu deber como mujer y pudieses volar a cada uno de aquellos lugares que ves en televisión y por miedo ya no quieres alcanzar.

Capítulo 1

Página en blanco

Era el día más bonito de mi vida.

Ya sabía cómo tenía que posar, mover la cabeza e incluso alzar mi dedo anular para que Nathaniel pudiese encajar el anillo en mi mano. Recordaba los veintisiete pasos que me alejaban del altar, incluso esperaba los susurros de mi padre haciéndome cosquillas en el oído mientras hablaban del orgullo que sentía por verme cumplir mi cometido con nuestra empresa.

Los nervios debían ser solo para los privilegiados que no cargaban con algo tan grande como yo. Porque las mujeres que nacíamos de los trocitos de las nubes, no teníamos permitido dudar de nuestras elecciones. Además, yo estaba preparada para entrelazar mi brazo con el suyo. Le sonreí orgullosa excluyendo el aleteo de mi corazón, porque no era primordial escucharle. Solo me quedaba dar ese «Sí» que atrapaba entre los dientes y toda la función que se alzaba sobre mí me proporcionaría la vida de ensueño que siempre me habían prometido.

Todas mis expectativas se redujeron a cenizas cuando escuché aquella voz que acababa con mi cuento. Aún me veía deslizando la

mirada desde mi prometido a la mujer de cabellos azabaches que exigía una oportunidad que me hizo sentir diminuta. Los ojos azules de Nathaniel no mostraron culpabilidad, tampoco parecían dispuestos a excusarse cuando yo era el abundante pago que ampliaba su empresa. Un profundo escalofrío recorrió mi espina dorsal. Allí estaba haciéndose presente para regalarme la escasa emoción que solía vivir: cogí ambas puntas de mi vestido de novia y corrí con desesperación porque no quería escuchar que había fallado en algo tan sencillo como dar un breve consentimiento.

Moví mis piernas todo lo rápido que pude sin mirar atrás. Me sentí una princesa que escapaba de su captor en mitad del bosque. Corrí, corrí y corrí. Hasta que toda la estabilidad que me alejaba de mi pesadilla me hizo tambalear hasta que un profundo estruendo me devolvió de bruces a la realidad.

—Empiezo a pensar que debería ponerte la barrera que usaba para Mía cuando empezó a dormir conmigo en la cama.

La voz rasgada de Beth me hizo abrir los ojos de manera abrupta. Parpadeé un tanto adolorida por la postura de yoga en la que había caído. Repté deshaciéndome de la incómoda posición que parecía atarme sobre el parqué y torcí los labios decepcionada conmigo misma al notar el incesante dolor que sentía en la mejilla.

Se suponía que las pesadillas deberían haber llegado a su fin. Habían pasado varios meses desde el día en que Winter Adams irrumpió en mi boda, actué sin pensar y dejé todo atrás por mera supervivencia. A veces me resultaba frustrante no poder controlar mi subconsciente, se suponía que empezar a escribir las primeras páginas en blanco de una historia proporcionaba curiosidad y felicidad a una persona. En mi caso me tenían inquieta porque no sabía que podía suceder en cualquier momento.

—No es mi culpa tener un colchón tan pequeño.

—No te lo tomes a mal, Spring. —Mi hermana, o más bien la hija de mi madre, me extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie —. Pero empiezo a preocuparme por la opinión de mis vecinos. La semana pasada saliste con un chichón en la frente porque te diste contra la mesita de noche, la anterior a esa te golpeaste el pie contra el canapé y hoy bueno, solo parece que me he enzarzado con tu mejilla.

—Lo siento, la torpeza no debería ser un inconveniente para un Cooper.

—Anda, he hecho tortitas de avena y plátano. —Curvó sus labios hacia arriba para restarle importancia, pero sabía que estaba siendo un problema para ella: no solo había aparecido en su vida, sino que ahora lidiábamos con una convivencia que ambas habíamos desechado—. Mía ha decidido que la ración de su tía favorita debe llevar trozos de fresa y arándanos.

—Me ha leído el pensamiento.

—Te espero abajo. —Antes de salir giró sobre sus talones con su dedo índice alzado—. Si vas a ducharte pon una toalla en el suelo y ten cuidado con el agua caliente, recuerda que no está muy bien regulada.

—No te preocupes tanto, Beth, puedo asearme yo sola.

—A veces lo dudo, cariño.

Sus palabras no debían importarme. Mi padre me había enseñado que las personas utilizaban el diálogo más afilado para hacerte sentir diminuto, por eso decidí eclipsar mis emociones con la intención de darme una ducha caliente que pudiera acabar con el incesante dolor de espalda.

Abrí el grifo recordando que no debía dejarme llevar por el color que correspondía al agua fría de la que achicharraba. En este apartamento parecía estar todo al revés: si saltaban los plomos debíamos encenderlos de izquierda a derecha, el grill del microondas no funcionaba ni tampoco la cafetera de marca que tenía sobre la encimera.

Solté un suspiro cuando el agua empapó mis mechones chocolates, acaricié las puntas sintiendo como cada músculo se relajaba al paso de cada gota que se deslizaba por mi cuerpo. Aún resultaba demasiado extraño no despertarme con el sonido de la voz de Cindy, la chica que se encargaba de cada una de mis necesidades, ni seguir las pautas que me recordaba en voz alta durante el desayuno. Era como si me sintiera dentro de una caja oscura de la que no sabía salir: sin los pasos previamente preparados me costaba respirar.

Bajé las escaleras ataviada en unos vaqueros Guess con los bolsillos traseros de colores y una camisola blanca con los botones más cercanos al cuello desabrochados. Me senté a la mesa dedicándole

una dulce sonrisa a Mía. Le emocionaba que me acomodase a su lado, o que simplemente fuese parte de su día a día. Beth aún la sentaba en una trona de bebé para comer junto a nosotras. Era una niña inquieta, algo avispada y su relación con la comida no era la mejor del mundo. Por eso consideró que si la hacíamos parte de nuestra rutina quizá se animaría a comerse más de dos trocitos de sus tortitas con sirope de arce.

—¿Qué tal esa mejilla?

—No era nada grave —contesté notando como se deslizaba el cuchillo sobre la esponjosa tortita—. ¿Sabes? He pensado en alquilar un apartamento en Venice Beach y buscar la forma de montar una floristería.

—Es un sueño un tanto costoso —dijo con cierta cautela—. Cuando llegaste aquí dijiste que querías empezar de cero, ¿cómo vas a hacerlo?

—Papá conoce a alguien que…

—A esto quería llegar —me cortó antes de que pudiera explicarle como Carl Matthews, uno de los colegas de mi padre, podría proporcionarme un presupuesto adecuado a lo que yo necesitaba—. Quieres una vida diferente sin soltar la tarjeta gold de Brandon Cooper. No cambia nada que hayas decidido dar un paso fuera del Inframundo para que quieras seguir disponiendo de él en busca de seguridad. Entiendo que es difícil verse con una mano delante y otra detrás. Da mucho miedo vivir sin saber si mañana comerás o te cortarán la luz. Pero si tienes el pensamiento de seguir refugiándote en sus brazos deberías volver a casa: no quieres una nueva vida, Spring. Lo único que deseas es decirte a ti misma que a pesar del bochorno has podido empezar tú sola y no es así.

En silencio moví el tenedor entre mis dedos, no supe que contestar a sus palabras. Me sentí herida, como si intentase darme de entender que mis sueños eran inservibles.

—¿Por qué siempre eres tan cruel? —pregunté con suavidad—. Sé que papá nunca se portó bien contigo, pero no entiendo por qué esa actitud hacia mí.

—Lo siento, no quería hacerte daño. —Se inclinó hacia delante sin importar que sus bucles castaños descansasen sobre el plato, lo único que buscaba era entrelazar su mano con la mía—. Pero desconoces por

completo el mundo que te rodea. ¿Por qué no te das la oportunidad de improvisar sin buscar nada a cambio? En eso consiste la vida, Spring y tu padre nunca te ha permitido palparla entre tus dedos.

El tema alzó aún más la barrera que existía entre nosotras. Beth era dos años menor que Jorell. Cuando mi padre se enteró de que nuestra madre le había sido infiel se marchó un tiempo con mi hermano a Escocia. Tras pensarlo con detenimiento decidió volver a intentarlo con ella, sin embargo, tres años después nací yo y su matrimonio seguía igual de roto. No me crie demasiado tiempo con Wanda Schneider. Una vez que se divorciaron la custodia de mi hermano y la mía pasó a nuestro padre. Beth se marchó con mamá a Alemania, decidió vivir sin ningún tipo de limitación mientras que nosotros nos criamos como una familia de tres.

—No sé cómo se hace algo así —admití en un hilo de voz—. Es tan difícil actuar sin una idea previa en la cabeza.

—Se puede. —En sus ojos verdes no vi ningún atisbo de enfado, parecía dispuesta a meterme en la cabeza aquella oportunidad que rechazaba inconscientemente—. ¿Te gusta patinar?

—¿Por qué?

—A Mía le regalaron unos patines que son demasiado grandes para ella. —Hizo una breve pausa—. Podrías empezar por algo tan sencillo como eso: engurruñir los ojos con el sol de Santa Mónica, oler el salitre de las olas y dejar que el viento meza tu cabello.

«¿Eso no es perder el tiempo?».

No puse voz a mi pregunta, cogí mi plato y lo dejé dentro del fregadero. La idea de pasear por el lugar no me agradaba demasiado. Estaba acostumbrada al movimiento de la gran ciudad, a comer con personas respetables y administrar el pequeño poder que recaía en mí.

«Supongo que no pasa nada por intentarlo».

Me acuclillé en el escalón de la entrada, dejé mis deportivas Reebok con líneas en tono rosa en el zapatero; cerré los agarres de los patines en línea y me alcé como el pato mareado que era. La última vez que usé unos fue en la competición que hicimos en el colegio. Tenía apenas siete años. Esperaba que esto fuese como montar en bicicleta y no se olvidara.

Tras despedirme de Mía prometiéndole que le traería uno de sus postres favoritos de la pastelería que estaba a unas cinco manzanas de

Lincoln Boulevard, permití que las ruedas deslizaran mi cuerpo sobre el pavimento. Dejé que la brisa hiciese volar cada mechón de pelo que estaba perfectamente planchado y acomodado sobre mis hombros. Me empapé del olor a libertad que parecía acoplarse al salitre cada vez que me acercaba más a Marina Beach. Incluso me sorprendí al tener los suficientes reflejos para esquivar a los demás peatones que disfrutaban de la mañana en un lugar tan pintoresco como aquel. Me reí a carcajadas cuando sentí que había pasado una prueba de fuego, aunque no tardé demasiado en dar un traspiés en uno de los pasos de peatones donde no vi la altura de la acera y caí de rodillas al suelo.

Me habría lamentado de mi suerte si no fuese porque mi corazón latía desesperado dentro de mi caja torácica. Tenía la respiración acelerada por la excitación que sentía y el escozor de mis piernas debía ser suficiente para esconderme en casa de mi hermana, pero me hizo sentir tan viva que no me importó que la gente pasase a mi alrededor observándome como si algo estuviera mal en mí.

Capítulo 2

Nueva conquista, nueva distracción

Bryce

El calor de Venice Beach perlaba mi cuerpo con una capa de sudor tan brillante que era similar a la purpurina que Summer adoraba y que mi colega Zander maldecía cuando llegábamos a casa tras una noche de fiesta.

Mi dedo índice dibujaba trazos sobre la arena de una forma pausada, aunque tenía la intención de encontrarle algún significado. Un gruñido de alivio escapó de mi garganta cuando me puse boca arriba y escondí mis ojos avellana bajo las gafas de sol que tanto me había costado pagar a plazos.

—Esa de allí. —Señalé con la picaresca que tanto me caracterizaba—. La del bañador blanco de fresas.

—Si no es su padre el que te está fulminando por tu descaro, seguro que se trata de su marido. —Zander sacudió la cabeza bañándome con una fría llovizna que escapaba de su cabello corto—. ¿Por qué no eres más sutil?

La sonrisa que tiró de mis labios hacia arriba estuvo repleta de diversión. Me incliné haciéndole un par de gestos con las cejas que no

supo interceptar. Decepcionado por estar tan pegado en el código masculino me rasqué la nariz en dirección al rompeolas. Mi colega frunció el ceño intentando encontrar el significado de mis palabras. Me mordí el labio, moví las manos dando a entender las bonitas curvas de la muchacha y asintió con sutileza.

—Las pelirrojas son muy atractivas.

—A ti solo te van las tías que tienen el pelo de un color similar a los conos de helado.

Mi colega cogió la copa ovalada que descansaba sobre una pequeña mesa auxiliar que teníamos entre nuestras hamacas. Era de mimbre, algo baja para mi gusto, pero hacía su función como la mejor.

—¿Perdona?

—Perdonado. —Alcé la mía fingiendo ser un rey complacido por su socarronería. Deslicé con lentitud el líquido ambarino sobre mi garganta, y a pesar del tono ácido que me molestó en la lengua disfruté del alcohol—. Aunque a mí no puedes engañarme, Zandy, te recuerdo que duermo en tu sofá y no eres nada sutil cuando tienes que empotrar a Summer.

Él masculló entre dientes bastante molesto, nunca destaqué por tener pelos en la lengua. No hacía demasiado tiempo que la relación entre aquellos dos idiotas pasó a la siguiente base dejando una ristra de gemidos e incertidumbre que me obligaron a comprarme unos malditos tapones.

—Es solo una tontería —contestó con simpleza—. Una necesidad que acabará con el tiempo.

—Prefiero los juegos. —Hice una breve pausa—. Puedo moldearlos y darles fin cuando yo quiera. Por eso estamos eligiendo al azar cual será la elegida de esta noche.

—No te lo tomes a mal, B. —La punta de su lengua se deslizó por sus labios, estaba buscando las mejores palabras que dedicarme—. Pero donde pones el ojo, pones la bala.

—Donna, Julia, Yen, Shelly… —suspiré derrotado—. Lo sé, por eso pensaba alejarme un poco de los peligros de la carne.

—¿Vas a hacerte cura a estas alturas?

Una sonora carcajada pareció eclipsar el estrepitoso jaleo que danzaba de un extremo a otro de la playa.

—Mi fama me precede por algo.

—Se te olvida recalcar que eres tan egocéntrico como enamoradizo.

Zander me regaló una de sus tímidas sonrisas, podría estar cuadrado el muy cabronazo, pero era tan invisible como los truenos los días de tormenta: se hacían notar, pero no se veían.

—Pues creo que esta, la de la hamaca con el libro sobre el pecho quiere una cena conmigo esta noche.

—No cambiarás, B, te gusta meter los dedos en zonas restringidas

—Esa es la intención.

—¿Ya estáis con lo mismo de siempre?

La voz molesta de nuestra tercera en discordia nos hizo alzar la barbilla para ver con nitidez su aspecto. Nuestra reciente integrante a la soltería indefinida llevaba un bonito pareo en color negro que se adhería demasiado bien a sus destacables caderas. La parte de arriba de su bikini simulaba la forma de unas conchas en un lila metalizado y su pelo caía en cascada olvidando sus mechas oscuras para dejar paso a las rosas chicle. Tenía las manos acomodadas a ambos lados de sus caderas, supongo que quería imponer estando de pie mientras nosotros nos convertíamos en dos tostadas gambas, pero no lo consiguió en absoluto.

—Las mujeres no somos piezas de ajedrez que podéis mover a vuestro antojo con tal de hacerles jaque.

—Te has despertado tan profunda como las frases de míster Puterful. —Bostecé ganándome su dedo corazón bien alzado—. Podemos mirar el menú, estoy seguro de que tú también lo haces.

—No soy tan evidente como tú, Bryce. —Cruzó los brazos haciendo un barrido visual a nuestro alrededor—. Espera, acabo de caer, ¿Míster Puterful? ¿No se suponía que las frases reflexivas son de Mr Wonderful?

—Si supieras un poquito de español como yo te darías cuenta de que la marca te define. —Tanteé los bolsillos de mi bañador de camuflaje, saqué mi teléfono móvil y busqué en el navegador alguna de las imágenes que me solían arrancar una carcajada—. ¿Ves?

—¿Qué pone ahí? —preguntó inclinándose con la curiosidad divagando por sus ojos castaños.

—«Me merezco una medalla por haber soportado esta semana sin

haber apuñalado a alguien con un tenedor» —leí en voz alta. Zander escupió su licor cuarenta y tres como si se tratase de una fuente. Empezó a reírse a carcajadas a pesar de que Summer Thompson engurruñera la nariz como protesta—. Es hablar de ti sin dar tu carné de identidad.

—Eres un…

—Vamos, Cornetto, no te enfades.

Ella parpadeó intentando digerir mi apodo, tuve que morderme el labio para no seguir las risas de mi colega. Debíamos admitirlo, nos encantaba como abría la boca ofendida, sus cruces de brazos como si fuese a romper las mangas de sus chaquetas e incluso su pérdida de paciencia cuando se lanzaba sobre nosotros en busca de venganza.

—¿No vas a decirle nada?

Zander dio un respingo volviendo al cómodo silencio, se rascó la nariz intentando encontrar la más sencilla solución. Sus ojos azules se encontraron con los míos. No estaba seguro si me estaba pidiendo ayuda o intentaba dejarme KO para que ella se sintiese mejor. Derrotado al no dar con lo más viable, tiró del brazo de nuestra Eris personal, la estrechó entre sus brazos con esa confianza que siempre había existido entre ellos y presionó sus labios sobre su pelo del color del helado.

—Si pudiera opinar —carraspeó—, por supuesto si me dieras la oportunidad diría que no va mal encaminado. Pareces un helado de nata con fresa, Summie. Aunque no recuerdo si estás igual de dulce.

Las mejillas de nuestra amiga se colorearon de un rojo tan pasional que pareció rejuvenecer siete años. No fue capaz de rebatirle su argumento, su mente había colapsado de una forma tan abrupta que no daba con las palabras adecuadas para defenderse. Por eso, se limitó a alzar una de sus manos, tiró de la nariz de mi colega y se enzarzaron en una estúpida discusión sobre la prohibición de zonas que no deben tocarse ni por hacer enfadar al otro.

Por mi parte, no llevaba demasiado tiempo siendo un mueble más en el apartamento de Zander. Seis meses no me parecía suficiente para adaptarme a un nuevo destino. La última vez que decidí dejarlo todo por una mujer terminé cerca de Burdeaux con una aplicación que traducía los diálogos de las conversaciones que tenía al inglés y dependiendo de alguien que decía quererme demasiado, pero caía

accidentalmente entre las sábanas de su vecino de toda la vida.

Esta vez mi huida había sido por mí mismo. No volvería a dejarlo todo por alguien que babeara por mi físico y se creyese con el derecho de destrozarme en mil pedazos. Puede que mi aspecto diese rienda suelta a la imaginación, que sería el prototipo de hombre que terminaba siendo el protagonista de una novela romántica. Quizá no lo dijese en voz alta, pero terminé jodido de cada una de mis aventuras, así que tenía que enfrentar unas consecuencias que comenzaban a pesarme sobre la espalda.

Por eso tomé la decisión de que las mujeres serían una distracción. Me daba igual como fueran mientras me proporcionasen un mínimo placer. Mi pelea con Nathan seguía escociéndome en la piel, pero aún no encontraba el motivo que le había hecho alejarse de mí. Mi única intención en todo momento fue protegerle de alguien que no lo quería. Sabía qué significaba ser un juguete, un amante o el hombre perfecto que presentar a tus padres para quedar bien.

—Bryce, ten… —La advertencia de Zander quedó en el aire cuando una pelota impactó contra mi cabeza. La colisión fue tan fuerte que se me escapó de la mano la copa ovalada donde navegaba mi pequeña sombrilla decorativa. Incluso caí hacia atrás maldiciéndome al notar que perdía el equilibrio—. ¿Estás bien?

—Joder —gruñí adolorido al ver que el golpe no fue con un balón de playa sino con uno de voleibol—. ¿Es que alguien quiere acabar conmigo y no lo sé? ¿A quién habéis contratado, cabrones?

Mis colegas negaron con las manos esperando que fuera benevolente con ellos. Tenía un mal pronto cuando algo me dejaba en ridículo y es que no soportaba que me tratasen como el típico chico malo que va a destrozarte la vida en busca del amor perfecto.

—¡Lo siento mucho!

La disculpa no alivió la tensión de mi cuerpo, no me parecía nada gracioso que algún grupo de críos se divirtiera atentando contra mi cabeza. Solía tener migraña un par de veces al mes y cualquier mínimo dolor me frustraba.

Levanté la cabeza en busca de la cría que decidió joderme mi larga mañana en Venice Beach y abrí los labios para replicarle que si quería jugar un partido con su puto balón existía una red cercana al paseo marítimo. Sin embargo, sintiéndome en solidaridad con mis

colegas no supe cómo reaccionar. Ante mí tenía a una muchacha que no superaba el metro sesenta, de pelo largo chocolate hasta la mitad de su espalda. Con una bonita pulsera de perlas blancas en su mano derecha, además de un bikini con pliegues en la parte superior y una monita moña en la parte baja y trasera.

El corazón me dio un vuelco cuando su mano se acercó sin miedo a mi poblada barba. No dudó ni un instante en inclinarse sobre mí como si su preocupación fuese mucho más allá de su fatídico error.

—¿Te encuentras bien? —pregunto en un hilo de voz—. Mi hermana me dijo que uno de los deportes que disfrutan las chicas de mi edad son los largos partidos de vóley en verano. No contaba con que mi puntería fuese un desastre y tu cabeza se convirtiese en…

—¿Tu trono, dices? —dije irónico—. No te preocupes, creo que mi cráneo se ha amoldado de la mejor forma para él. ¿No te han dicho nunca que no es recomendable jugar cerca de tanta gente?

—Supongo que no estoy echa para seguir las normas. —Encogió los hombros un poco nerviosa—. Lo siento, de verdad, no quería que salieses mañana en los periódicos como una víctima más de los golpes de calor.

Reí de manera irónica. Pensaba que estaba actuando de manera burlona, pero realmente buscaba las palabras más sinceras para que la creyese.

—Estaría bien saber el nombre de mi asesina.

—Spring.

—¿Cómo la primavera? —indagué con curiosidad—. ¿Has huido del Hades o de tu madre, pequeña Perséfone?

Ella parpadeó sorprendida, torció los labios en un gesto tan infantil que me habría encantado descubrir como sabría el caramelo que tenía en su boca.

—Para encontrar tu respuesta deberías atraparme. —Hizo una breve pausa—, aunque no me has dicho el nombre de mi víctima. Espero que no sea Aidoneus.

—Bryce —contesté con simpleza—. La cabezonería del dios de los muertos y la mía no son demasiado diferentes.

—Eso significa que estás bien y no tendré que indemnizarte.

Spring se sacudió las piernas desnudas como si estuviera quitando el rastro de suciedad que había sobre ellas. Me sorprendió que

estuviese dispuesta a abrir un parte como si hubiese colisionado contra mi coche y tuviéramos que contarle lo sucedido al seguro. Me levanté tanteando la ardiente arena que calentaba de más mis pies y ladeé la cabeza.

—Pers, todo no se soluciona con dinero. —Solté una carcajada—. Se alivia un poco dándome tu número de teléfono.

—No doy algo tan personal, además me están esperando.

Giró sobre sus talones en dirección a una de las toallas donde una niña de bañador rosa chillón no dejaba de quitarse el sombrerito de paja que le acomodaba su madre.

—Santa Mónica no es demasiado grande, terminaré encontrándote.

—Adiós, Hades.

—Adiós, Pers —correspondí—. Ten cuidado, las florecillas como tú se derriten al sol.

Sus ojos castaños me escrutaron durante los segundos más largos de mi vida, negó con la cabeza dejando a un lado su timidez y volvió a su sombrilla llevándose una reprimenda de las que suelen echar a una niña cuando hace algo mal.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zander sentándose a los pies de mi hamaca—. ¿Hades? ¿Perséfone? Estás defectuoso, B, ya no se liga así.

—Las has visto, ¿cierto? —Extendí una de mis manos para tirar de él. Mi fuerza fue tan brusca que le hice tambalearse de un lado a otro —. Esa de ahí, la del lacito en el culo va a ser para mí y no me importa lo que dure, quiero tener esa inocencia entre mis brazos.

—Caerás, Bryce, como haces siempre.

—Eso si yo quiero, Rayito —Mis labios alzaron mi sonrisa hacia arriba—. Lo único que deseo ver es qué esconde tras esas mejillas sonrojadas y ese bonito bikini que me ha dejado sin respiración.

—Estás loco.

—Nunca he dicho que me importase tirar a mi nueva distracción de la pierna.

Capítulo 3

La cita perfecta, ¿o no?

Mis dedos tamborileaban sobre la encimera de granito donde descansaba la caja registradora de los años noventa. Me había costado un poco cogerle el tranquillo a las combinaciones de códigos que me proporcionaban el precio del pan recién hecho o de la bollería sacada del horno. El olor a chocolate acariciaba con deseo mis fosas nasales; no habría dudado ni un segundo en girarme y elegir de forma aleatoria un suizo con aquella deliciosa cobertura. Ya sentía como empapaba mi paladar, ataviaba mis dientes y descendía por mi garganta proporcionándome alivio.

—¿Me estás oyendo?

Di un respingo, alcé la vista hacia la tienda encontrándome de bruces con un hombre que hacía por tres como yo. Su destacable bigote me daba a entender que no se encontraba de buen humor, fingí una sonrisa y parpadeé inocentemente.

—¿Cómo decía?

—Quiero echar cincuenta dólares de gasolina —dijo de una forma tan pausada que creo que pensó que no conocía el idioma—. No es tan difícil, joder: yo te digo cuanto quiero echar a mi puto coche y tú lo

tecleas en la diminuta pantalla que tienes a tu derecha. No sé por qué Thomas te ha contratado. Este sitio no necesita una cara bonita sino alguien que no tenga miedo en romperse una uña.

El estómago me dio un vuelco. No estaba acostumbrada a que nadie me hablase así, apreté las manos para que no pudiera percatarse de mi pulso tembloroso. Mi padre decía que los inversores eran como panteras dispuestas a encontrar tu punto débil para después desgarrarte la piel. Por eso debía controlar mis emociones como tan bien sabía hacer. Acepté con cordialidad su billete, lo metí con el código sesenta y tres en la caja para después seleccionar el surtidor de combustible que estaba al lado de su coche.

—¿Así mejor?

—La eficacia es algo que nadie debe perder.

Su respuesta me hizo sentir bastante culpable, cogí un poco de aire para no sentirme diminuta. Seguí el consejo de Beth y decidí esconder la tarjeta en uno de los cajones de mi mesita de noche. A partir de ese momento cualquier logro que alcanzase sería solo mío. Ese pensamiento me llevó a preparar una notoria cantidad de currículums que envié sin ni siquiera molestarme en leer los anuncios. Thomas, el dueño de Chevron, no tardó ni tres días en darme el visto bueno. En un principio pensé que se trataría de doblar ropa en alguna bonita tienda de marca, pero cuando me puse rumbo al lugar me percaté de que estaba nada más y nada menos que a dos horas de la casa de mi hermana. Además, para regañarme por mi actitud, no se trataba de una bonita tienda de barrio sino una gasolinera cercana a Pacific Palisades.

«Estoy demasiado acostumbrada a hacer las cosas sin pensar».

El tintineo de la puerta llamó mi atención, sacudí las palmas de mis manos notando la horrible quemazón que se había adherido a la yema de mis dedos. Habría sido fantástico si al sacar la bollería del horno no me hubiese quemado los dedos con la bandeja.

¿Por qué nadie me había dicho que eso era peligroso?

—Bienvenido a Chevron, si tiene su tarjeta de socio le haremos un descuento del veinticinco por ciento al repostar su coche. —Dispuesta a agradar a mi cliente le dediqué una de mis mejores sonrisas que se evaporó en cuestión de pocos segundos cuando mi iris castaño danzó por la piel tatuada del hombre que ataqué con mi balón de voleibol—.

¿Me estás persiguiendo?

La carcajada que hizo vibrar sus cuerdas vocales fue rasgada y profunda. No sé cuál fue el motivo de mi timidez, miré de un lado a otro comprobando si era buena idea reponer los cafés fríos antes de que fuese hora punta.

—Preferiría observarte entre las sombras, Pers —comenzó a decir con lentitud—. Así sabría de donde provienes, cuanto tiempo vas a quedarte y si estás soltera.

—Santa Mónica no es tan pequeña como para saber dónde estoy en cada momento —dije sorprendida—. ¿Me has puesto un GPS?

—En realidad solemos venir aquí a repostar porque suele ser el sitio donde está más barata la gasolina. —Encogió un poco los hombros—. He visto que Dillian, el tío que acabas de atender ha salido echo una furia por la nueva cajera y me ha dado curiosidad.

—Así que si fuera otra persona habrías cambiado el discurso —Alcé las cejas mostrando mi sorpresa—. ¿Menta?

—En realidad me gusta más el dulce.

No dije lo sorprendente que me parecía. Estaba acostumbrada a lidiar con hombres que estaban cortados por la misma tijera: serios, imponentes, enemigos de la pastelería y con demasiadas ganas de controlar a sus futuras mujeres.

Bryce era lo opuesto a esos hombres. Su físico demostraba ser un cliché con vida propia, pero algo me decía que existía mucho más tras cada tatuaje que ocultaba el tono de su piel.

—¿Quieres que te cobre el combustible?

Él puso los codos sobre la encimera de granito, apoyó las mejillas sobre las palmas de sus manos y me observó desde el primer pelo de mi cabeza hasta el último dedo de mis pies.

—¿Has venido en coche?

—No sé conducir —contesté—. ¿Diez, veinte o cincuenta dólares?

—¿Una cita mejor? —Metió las manos en sus bolsillos y miró hacia el estante donde estaban las barritas de chocolate con avellana, las gominolas con azúcar y los chicles de fresa—. Te aseguro que será tan económica para nuestro bolsillo que ni siquiera la notarás.

Mis mejillas se sonrojaron considerablemente. Una inigualable ilusión caldeó mi cuerpo. Mi mente iba tan deprisa que ya buscaba el atuendo más bonito que hubiese en mi improvisado armario. Puede

que me llevase al muelle de Santa Mónica, a la Ruta 66 e incluso a Douglas park.

«Quizá me pida empezar una relación y esta vez irá mejor porque me habrá elegido él, no será una opción a un imperio»

—¿Por qué crees que voy a aceptar?

Bryce miró su reloj inteligente durante unos minutos. Se había quedado tan estático que consideré la posibilidad de que se había convertido en una escultura griega. Sus labios se curvaron con lentitud hacia arriba esperando por esas palabras que zanjarían mi pregunta.

—Porque sales en treinta minutos del turno y da la casualidad de que nuestro destino está a una hora en coche.

—Pero no podré cambiarme.

—Estás perfecta tal y como estás. —Hizo una breve pausa—. Además, la ropa es lo que menos te hace falta.

La cara volvía a arderme por la vergüenza. ¿Cómo tenía la valentía de decirme algo así? Mi relación con Nathaniel fue más platónica. Jamás me dio a entender que mi aspecto fuese tan etéreo como para admirarlo con unos pantalones de chándal Mckenzie puestos. Era sorprendente cómo me latía el corazón con su picardía, como si ese diamante que siempre había sido se iluminara con diferentes tonalidades.

Mi brazo rozó levemente el suyo, atrapé una de las barritas a las que había echado el ojo y toqué su nariz con ella.

—¿Me esperas fuera?

—Donde haga falta, Pers.

***

La sierra de Santa Mónica parecía preparada para nuestra visita. El cielo estaba despejado, nos proporcionaba un azul índigo tan bonito que no pude evitar imaginarme el tacto de las nubes.

Diría que estaba emocionada por el comienzo de aquella inesperada cita. Incluso me había ausentado unos minutos para adecentarme el pelo en el baño y colorear mis labios de un color anaranjado. Sabía que mi sonrisa se extendía hasta mis orejas, tenía

demasiada curiosidad. Quería saber dónde me conduciría aquella inesperada aventura.

Cuando salí a los aparcamientos, Bryce no estaba solo. El gruñón del bigote se encontraba sentado sobre el capó de un Mazda blanco. A su izquierda, el chico rubio de pelo corto que estaba con él en la playa reía a carcajadas y a su derecha, otro tan alto como el primero destacaba por su gesto aburrido, además de sus bonitos ojos verdes.

No me dijeron nada al respecto. Se presentaron de una forma tan simple que la preocupación ante lo desconocido alivió mis hombros. Me invitaron a que me acomodase en el asiento del copiloto para que me sintiese más cómoda. Una vez que mi cita hizo rugir el motor nos adentramos en el corazón más limpio del estado de California: sus montañas, sus bosques y su cristalina agua.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —pregunté en voz alta mirando alrededor—. ¿Vamos a hacer un picnic?

Dillian, el que creía que podría controlar el mundo con sus rugidos, se rio a carcajadas. Mi inocencia debía parecerle algo muy divertido, especialmente porque ninguno de los que caminábamos por el sendero de grava parecía llevar ninguna cesta de mimbre para almorzar.

—¡Eh, B! —Bryce se giró alzando una ceja—. ¿No le has dicho que vamos a reunirnos con Calvin?

—No jodas la sorpresa, Dil —protestó él—. Es mi cita y debo impresionarla.

Dudosa por su respuesta me quedé atrás. Me sentí algo idiota por haber seguido a unas personas que no conocía hasta las montañas. El miedo me puso en alerta. Lo más sensato habría sido empezar nuestro encuentro a solas en un bonito restaurante a pie de playa, no con tres hombres más y en medio de la nada.

Me quedé rezagada llevándome la mano hacia el pecho. Quizá lo más sensato era que me diese la vuelta. Solo así podría respirar sin que el pavor se me clavase en la carne como si se tratase de una daga bien afilada.

—Spring.

Su tono grave me hizo dar un respingo.

¿Cómo iba a decirle que quería huir lo más lejos posible de su plan?

—¿Qué ocurre?

—No sé dónde me estás llevando —respondí con sinceridad—. He aceptado tu cita porque pensaba que sería eso: un encuentro entre dos personas que quieren conocerse. Estoy un poco… perdida. Alzar la voz en esta locura me da terror, ¿vas a hacerme algo malo?

Sus facciones perdieron por completo la diversión. Estaba serio, como si mis palabras hubieran sido un golpe demasiado fuerte para su estómago. Chasqueó la lengua alzando los brazos hacia sus mechones en color chocolate. Parecía dolido, incluso preocupado por lo que acababa de decirle.

—Lo siento. —Alzó su mano con la intención de tomar la mía. Esperó unos segundos que yo le diese ese permiso, a lo que asentí—. Mi atención no es asustarte o abandonarte. Ha dado la casualidad de que mis colegas y yo veníamos aquí y pensé en traerte.

—Eso no es una cita, Bryce —insistí.

—Lo es.

—¿Cómo puede serlo si somos cinco personas? —Hice una breve pausa—. Quizá mi concepto está algo obsoleto, pero no creo que tenga nada que ver con esto.

—Te voy a dar los motivos suficientes para demostrarte que estamos en una. —Tiró con suavidad de mi mano y depositó sus labios sobre el dorso—. He cabalgado en mi caballo metálico hasta tus campos, Perséfone. Supongo que pensarás que he venido a traerte con tu madre, pero mi idea es hacerte tocar el Olimpo.

—¿Y cómo piensas hacer algo así?

—Regalándote el cielo en nuestra primera cita.

Sus dedos se entrelazaron con los míos. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal desde mi cuello hasta el final de mi espalda. El calor de su palma me erizaba la piel como si ese mínimo roce estuviese dispuesto a hacernos entrar en ebullición.

Caminé de la mano junto a él sin escuchar ninguna protesta por parte de sus amigos. El nudo de mi estómago se deshizo considerablemente al no escuchar ninguna burla, risa o juicio hacia mí. Aliviada y con la curiosidad por encima de aquellas nubes que mi chico tatuado quería presentarme llegamos a una enorme explanada.

No sé si me sorprendió encontrarnos con un chico sonriente con un casco en color naranja butano adherido a su cabeza, o que tras él

descansara un avión.

—¿Otra vez por aquí? —saludó estrechando su mano con la de Zander—. ¿Tanto os gusta sentir la adrenalina por el cuerpo?

—Nos tienes demasiados consentidos, instructor.

«¿Instructor?».

—¡Evans!

Bryce se separó de mí para abrazarse a él, le dio un par de palmadas en la espalda disfrutando de la presencia de aquel hombre que nos llevaría por encima de las montañas.

—Hoy traigo una nueva integrante —dijo de repente—. Al parecer es de las que cree que las primeras impresiones son importantes y he decidido regalarle el cielo.

—Siempre dando el corazón desde el principio —gruñó él—. Eres un jodido masoquista.

—¿Por qué no le dices quién eres? Se piensa que la vamos a secuestrar, ya sabes…, no tenemos aspecto de grupo musical.

—Perdona, soy Calvin Winkler. —Extendió su mano hacia mí para presentarse. Me sorprendió el color casi anaranjado de los mechones que escapaban del casco y de las pecas que salpicaban sobre sus mejillas—. Soy el instructor de tu nueva aventura: vas a hacer paracaidismo.

—¿Para qué? —pregunté perpleja, creí haber entendido mal sus palabras—. ¿Es una cámara oculta?

—No es tan horrible como parece —siguió él para calmar la expresión de horror de mi rostro—. Al ser tu primera vez haremos un salto tándem. Consiste en ir unidos para que puedas disfrutar de la experiencia sin perder los nervios. Todos los que estamos aquí somos unos auténticos profesionales, así que te aseguro que no te pasará nada.

—Yo no creo estar preparada para…

—Eh, Spring.

Bryce me miró acomodando una de sus manos a su cadera.

—¿Alguna vez has sentido que todo se desmoronaba a tu alrededor, querías chillar y no has podido?

La imagen de mi boda se hizo presente en mi mente. Aún podía oler el ramo de petunias que tenía entre las manos. Visualizaba el orgullo de mi familia, mi sonrisa utópica, además de la alegría que

creía sentir por casarme con un hombre como Nathaniel Carter.

Cuando todo se derrumbó preferí guardar silencio. Era lo que se esperaba de mí. Todo aquello tan solo debía ser un mal capítulo de mi vida que debía digerir sin molestar a nadie. Supongo que por eso las pesadillas me seguían atormentado, se hacían paso a través de mis sueños para recordarme que era una herramienta más en el mundo empresarial.

—Una vez.

—Es el momento de rugir, Pers: por tu dolor, la injusticia y por ti misma.

Subirme a un avión siempre estuvo dentro de mis planes. Había viajado a varias ciudades por trabajo. Me empapé de amaneceres que me parecieron sacados de un cuento y disfruté de las intensas lluvias de una ciudad triste a pesar de su prestigio. Jamás pensé en la posibilidad de ponerme un mono horrible, un casco que me hacía la cabeza redonda y unos arneses para no ser una alfombra al llegar al suelo.

Iba a morirme.

Lo tenía claro.

Sería mi última experiencia tras mi huida. Puede que fuese mi entrada triunfal en el cementerio, incluso me dedicarían un bonito discurso sobre mi inocencia, perfección y mi locura.

Sentada dentro de la cabina tuve ganas de vomitar. Podía decirle a mi cabeza que saltaríamos al vacío, pero me recordaba que yo no tenía la valentía de Winter Adams: retrocedería antes de poner un pie en la compuerta.

El aire mecía mi pelo con rabia, me daba a entender que era demasiado fuerte para que yo pudiera enfrentarlo. Desesperada por quitarlo de mi campo de visión lo eché hacia atrás. Solo tenía que quedarme sentada con mi pavor, así no molestaría a nadie y podrían disfrutar de su chute de adrenalina.

—¿Estás preparada?

La mirada de Bryce se entrelazó con la mía. En su iris avellana vi entrega, diversión y cierta duda. Algo me decía que seguía inquieto por nuestra conversación de antes, pero me importaba mucho menos que la situación que teníamos delante.

—No, no puedo.

—Puedo saltar contigo. —Se giró con suavidad para mostrarme la mochila donde se encontraba nuestra herramienta de salvación—. Me encargaré de seguir las pautas necesarias para que puedas disfrutarlo, solo tienes que hacerme caso con tu postura para no hacerte daño.

—Ahora entiendo por qué dijiste que no lo olvidaría. —Asentí algo perdida—. Será la última vez que nos veamos.

Él se rio de manera estridente.

—Puede que mis tatuajes te confundan, Spring. —Se acuclilló a mis pies y acarició con lentitud mi barbilla—. Pero mi intención es darte alas. Llevarte a ese límite que ni siquiera has saboreado. Por eso sé que esto será inolvidable.

—No me hagas esto.

—¿Te gustan las locuras?

—¡No conviertas esto en un diálogo de Frozen! —Torcí los labios asustada—. Vas a dejarme heridas incurables en la piel.

—Siempre podemos ocultarlas tras unos bonitos tatuajes. —Me mostró sus blanquecinos dientes—. Ven aquí, vamos a ponernos el doble arnés.

«Voy a morir sin saber qué se siente tener un anillo en el dedo».

El final del suelo metálico que pisaba me hizo tambalearme. Desde mi posición no había más que nubes, el cielo azul y el estridente sonido del avión. Conté hasta veinte mientras Calvin nos daba las instrucciones necesarias para que nuestro salto fuese un éxito. Los chicos no tuvieron miedo de caer al vacío, lo hicieron entre risas, apuestas e incluso entre planes de que harían después.

La mano de mi chico desconocido acarició con lentitud mi cabeza, sentía el calor de su torso en mi espalda. Sé que estaba preparado para regalarme aquellas últimas palabras que me dirigirían a la muerte. Estaba preparada para el discurso romántico que tendrían dos amantes antes de que se regalasen su último suspiro.

Ese momento no llegó.

Bryce me llevó de bruces a la nada sin ni siquiera darme tiempo a reaccionar.

Grité. Grité como jamás me atreví a hacerlo. Lloré por las decisiones que tomé por los demás y no me habían hecho feliz. Reí por sentirme lo suficiente fuerte para alzar las manos diciéndole al mundo: «¡Chúpate esta!». Y me mecí entre los colores azulados que daban vida

a nuestros días.

Tenía razón, me había regalado el cielo en nuestra primera cita.

Capítulo 4

Alternativas menos suicidas

Las carcajadas de Beth hacían temblar toda la casa. Si seguía alzando su estridente risa por cada rincón del apartamento terminaría reduciéndolo a cenizas.

Por mi parte me encontraba sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra del salón: me había hecho unos moños improvisados y recogía el pelo de Mía para que «tuviera el mismo peinado que su tita».

—Repítemelo otra vez —dijo apenas sin voz—. El vikingo buenorro de la playa te pidió una cita y terminaste saltando desde un avión con él.

—Así es.

—¿Y te empujó?

—Más bien se tiró conmigo. —Hice una breve pausa—. Ya sabes, de forma romántica y un tanto dramática.

—No me puedo creer todo esto.

Mi hermana se levantó del sofá con su bonita bata de seda en color verde agua y su largo cabello ondulado cayendo en forma de cascada por su espalda. Debía admitir que había heredado toda la

perspicacia y belleza de mi madre. A pesar de su gesto huraño con la familia no quiso que me marchase a otro lugar de Santa Mónica. Empezábamos a conocernos de una forma más fraternal, supongo que el divorcio de mis padres no nos lo había puesto nada fácil.

—¿Crees que hacer paracaidismo estaba dentro de mis planes románticos? —pregunté algo aturdida—. Aunque gritar hasta quedarme sin voz ha aliviado un poco mis preocupaciones. No sé, me siento más ligera.

—No has querido hablar de la fuga de tu propia boda —respondió cogiendo la mano de la pequeña para hacerla girar como si se tratase de una princesa—. ¿Le querías mucho?

—¿A Nathaniel? —Negué con la cabeza—. Nos tratábamos bien. Teníamos gustos similares y sabíamos que suponía.

—¿Entonces por qué te lo has tomado tan mal?

—Porque cuando te preparan para ser el diamante más resplandeciente, no cuentas con que tu brillo no será suficiente para dar el siguiente paso —susurré pensativa—. Estaba todo premeditado. No había nada que dudar o pensar. Solo teníamos que seguir unas pautas que nos llevarían a nuestra nueva vida. Cuando desaparecieron me sentí avergonzada, por eso cogí la maleta que tenía en el hotel; compré un billete de avión y estoy aquí.

No fui capaz de seguir aquella conversación, rodeé mis piernas con suavidad y acurruqué la cabeza sobre mis rodillas. Mi argumento podía ser una completa estupidez, sin embargo, me sentía como una niña que había soltado la mano de su madre y no sabía muy bien que hacer. Me veía entre la multitud siendo un peatón que no conoce el camino de vuelta a casa. Por eso no sabía improvisar, alcanzar otras metas o enfrentar las llamadas de mi padre.

«¿Me tengo que disculpar por haberle fallado?».

La pregunta bailó por cada rincón de mi mente. Intentaba reducirse a la nada para transformarse en una mera idea que no llevaba a ningún sitio. Mi inquietud no lo permitía. Barajaba miles de posibilidades de tener la valentía suficiente para cogerle el teléfono, pero mi cabeza se detuvo cuando Beth se sentó a mi lado, tiró de mi brazo hasta que caí sobre su regazo.

No recordaba la última vez que alguien me había tratado con tanta confianza. Papá solía ser afectuoso conmigo, pero jamás deslizó

sus dedos entre mis mechones ni susurró palabras de alivio para calmar los latidos de mi corazón. Un suspiro escapó de mis labios, hizo eco entre las cuatro paredes del salón y desapareció bajo las caricias de mi hermana.

—Eres valiente, S —canturreó como si se tratase del comienzo de una bonita nana—. ¿Has dejado el trabajo en Chevron?

—Trabajar tantas horas para gastar la mitad del sueldo en el transporte no es nada rentable —admití con cierta culpabilidad—. Aunque le he transferido la mitad del dinero porque no me lo merecía: solo estuve allí un par de días.

—Deja de utilizar la tarjeta de Brandon para solucionar la situación —me advirtió sin dejar de acariciar mi pelo, Mía no tardó en unirse en su misión de relajar cada músculo de mi cuerpo; puso sus manitas sobre mis mejillas y comenzó a trazar círculos con ellas—. ¿Vas a buscar un nuevo trabajo?

—Empiezo en treinta minutos —sonreí con cierto orgullo—. Voy a pasear a los perros de nuestra vecina, la señora Owen.

Ella se quedó muda en vez de felicitarme. Levanté la barbilla esperando encontrar su preocupación entre sus bonitas pecas. Cuando me atreví a separar los labios para preguntarle, Beth se adelantó.

—¿Eres consciente de que tiene siete perros?

Parpadeé confundida.

¿Acaso no había leído que debía pasear a uno solo?

—Siete —repetí intentando no sentirme estúpida—. ¿Y estás segura de que todos son de verdad? ¿Entre tantos no hay alguno de peluche?

—Me preocuparía que te hiciese arrastrar un perrito de peluche por todo Lincoln Boulevard. —Soltó una carcajada—. Aunque si es el caso siempre puedes echártelo al bolso: así solo serían seis.

—Me odias.

—Para nada. —Ladeó la cabeza con diversión—. Solo hago lo que toda hermana mayor suele hacer: joder a la pequeña.

***

La humedad que nos regalaba el paseo marítimo de Marina Beach adhería la ropa a mi piel. Había hecho todo lo posible para no echar el corazón por la boca cuando los dos labradores de color vainilla decidieron tirar de mi cuerpo hacia la playa. Al parecer correr detrás de unas cuantas palomas era mucho más interesante que lidiar con la pereza del galgo oscuro que agarraba con mi mano derecha, los gemidos lastimeros del chihuahua que llevaba en el bolso, los gruñidos enfadados del *cocker* inglés que tiraba de la correa en la dirección opuesta y de los dos *corgis* que sacaban la lengua muertos de sed.

Fingí una postura más seria, si era capaz de controlarlos podría hacer frente a cualquier adversidad que se me presentara. Alcé la mano izquierda para detener a Vainilla y Merengue, los labradores juguetones que me tenían con la lengua fuera. Tiré de la correa con la intención de redirigirlos por nuestro camino por el paseo marítimo, pero un error de cálculo me hizo tropezar sobre la arena. Dispuestos a seguir con la diversión me deslizaron en dirección al agua. Chillé. Les grité en mil idiomas que pararan, pero me ignoraron por completo. El mar me tragó con su bonito rompeolas. Me hizo saborear su tono salado y adhirió mis bucles castaños sobre mis mejillas. Tosí varias veces intentando acabar con ese dolor insoportable que se me atascó en la garganta, pero me resultó imposible.

Una vez que pude abrir los ojos comprobé que la única que había quedado para el arrastre había sido yo. Mis compañeros de trabajo, porque actuaban de la misma forma que estando en una oficina, me miraban girando la cabeza de un lado a otro como si tirarme al mar fuera lo más normal del mundo.

—¿Estáis contentos? —Mi mirada se clavó en los dos labradores que estaban sentados a pocos metros de mí—. Me encantaría pedirme unos días de asuntos propios por esto, pero va a ser imposible.

Me levanté sacudiendo lo que quedaba de mi chándal gris oscuro, deslicé la cremallera hacia abajo y la até a mi cintura.

—Bien, utilizaré mi mejor arma si Banks no se la ha comido.

Alcé las rodillas todo lo que pude para poder salir de la orilla. Una vez lo conseguí fui directa a mi bolso. Mi diminuto compañero había preferido quedarse fuera de él, tembloroso, mientras me miraba con cierto escepticismo. Lo ignoré con facilidad por su tamaño, palpé en el

interior de éste con la intención de encontrar la bolsita de chuches para perros. Orgullosa del abre fácil y del recipiente de plástico duro en el que se encontraban las abrí echándome unas cuantas en la mano; me acuclillé en el suelo esperando su cercanía.

Una vez que la tuve comencé a caminar hacia el paseo. Desde mi posición podía ver las duchas que había a unos pocos metros, además del bonito quiosco de helados que me estaba poniendo ojitos.

«Al menos en este trabajo solo tengo que silbar, hacerme la jefa de la manada y guiarlos a la salida con chuches».

Mi experiencia paseando a tantos animales caninos a la vez no fue la mejor de todas. Una parte de mí se sintió avergonzada por encontrar inconvenientes a cualquier labor a la que quisiera hacer frente. La más aniñada, aquella que no quería romperse las uñas consideraba que ese trabajo podía hacerse entre dos personas. Así el paseo no se convertiría en una maratón sino en un momento agradable y que se podía disfrutar.

—Si no fuera porque te estoy viendo suspirar de la misma forma que el día que te regalamos la Barbie que no querías para tu cumpleaños, dudaría de que fueses tú, S.

Aquella voz grave me hizo dar un respingo. Lo primero que pensé era que mi aspecto no estaba impoluto para enfrentar a nadie conocido. Mi pelo sazonado y un tanto encrespado parecía preparado para la noche de Halloween.

Mi iris castaño paseó por los hombres que pedaleaban entusiasmados en busca de alguna ruta que les proporcionara una meta, pero la persona que yo me encontré me dejó tan asombrada como atónita.

—No puede ser, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Ese es el saludo que tienes para tu hermano tras vernos después de varios meses? —Torció los labios dándose por vencido; sabía muy bien que si mostraba su rostro de más absoluta pena me ablandaría—. ¿Aprendiendo a conocer la humedad, princesita?

—¿Qué estás haciendo aquí, Jorell?

Mi hermano se inclinó con elegancia para hacerme una divertida reverencia que tomó como costumbre cuando yo era muy pequeña.

Según él era una niña bastante llorona. Le pedía atención cada vez que le veía encerrarse dentro de su habitación, hacer planes con sus

amigos o me impedía dormir con él. Por eso empezó a llamarme «princesa», porque tienen el derecho de exigir todo lo que desean y nadie les lleva la contraria.

—He venido a visitarte.

Enarqué una ceja llamando la atención de Mandy, uno de los *corgis* que se quedaba rezagado sobre la arena. Una vez que conseguí alcanzar la primera baldosa de piedra del paseo sentí un profundo alivio. Sin pensarlo demasiado le presté a mi hermano las correas de todos mis amigos perrunos, tiré de mis deportivas junto a mis calcetines que estaban calados de arena y metí los pies en la ducha.

—No vendrías a buscarme, hermanito.

—¿Tan poca fe tienes en mí? —Su iris verde tan similar al de Beth se centró en mis pies mojados—. Estaba preocupado.

—Eso no lo dudo, pero conozco tu adición al trabajo —aseguré acortando la distancia con él. Alcé la mano para retomar mi labor como paseadora profesional de perros—. No dejarías la oficina sin un buen motivo.

—La verdad es que ya no tengo un trabajo que tenga toda mi atención. —Hizo una breve pausa—. Antes he dicho que venía a visitarte, pero estoy aquí para quedarme una temporada, S.

Parpadeé un poco confundida.

—¿C-Cómo has dicho?

—Me han echado de Carter's —reveló con cierta culpabilidad—. Papá está cabreado conmigo y me ha cortado el grifo. Así que puedo decir que lo único que me queda en la vida eres tú.

Sus palabras habrían hinchado mi pecho con orgullo si no se hubiera atrevido a desviar la mirada hacia Dex, el galgo de pelo oscuro que llamaba su atención. Jorell se acuclilló en el suelo dejando de ser tan etéreo como siempre lo había visto.

Capítulo 5

Amarga venganza

El silencio que existía en el apartamento se me incrustaba en la garganta. Era tan característico a esas largas esperas en el hospital que no podía dejar de mover mi cuerpo un tanto inquieta. Me abracé al cojín en forma de corazón que mi hermana tenía sobre el sofá, aunque no tardé demasiado en cansarme, y me deslicé hasta sentarme en la alfombra, mi lugar favorito.

Mi mirada estaba clavada en mi hermano mayor. Diría que su semblante parecía tranquilo, sin embargo, el movimiento incesante de su pierna me daba a entender lo incómodo que se sentía. Sacó un paquete de tabaco de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero, se llevó un cigarrillo a los labios y cuando el chasquido de la piedra iluminó su rostro con una bonita llama, Beth carraspeó bruscamente.

—En esta casa no se fuma, Jorell.

Su iris verdoso tan similar al suyo parecía albergar muchas palabras enquistadas en el corazón. Era una de las pocas veces que nos encontrábamos los tres en una misma habitación, por eso me sorprendía que él no alzase su voz por encima de los demás. Podía quererle muchísimo, pero conocía bien su lado más soberbio, aquel

que mi padre tanto machacó y terminó dándole un puesto en Carter's.

—¿No tienes un ambientador para echar después? —preguntó con cierta molestia—. Tengo ansiedad, Bethany.

Ella torció los labios bastante molesta, odiaba que utilizaran su nombre completo.

—Mi casa, mis normas —escupió como si se tratase de veneno—. Además, nadie ha dicho que puedas quedarte.

—¿Vas a echarme a la calle? —Abrió la boca ofendido—. Sabía que eras rastrera, pero no hasta tal punto.

—Los dos —llamé la atención de ambos—. Ya basta, por favor. Siento que en cualquier momento vais a sacar las espadas como en *Kill Bill*.

—Siempre se piensa que tenemos que seguir sus órdenes —gruñó Jorell señalando a nuestra hermana mediana—. Seguro que consideras que no tienes fallos, Beth, pero no eres mucho mejor que nuestra madre. Si no…

—Jorell.

—No, déjale. —Los bucles en tono chocolate parecieron danzar de un extremo a otro de su rostro—. Atrévete a decirlo. Di en voz alta lo que piensas: «Si no te parecieras a ella, no habrías terminado embarazada de alguien a quien no le pareciste suficiente y te abandonó»

La frustración que resquebrajaba los ojos de mi hermana provocó un vuelco en mi corazón. Por lo poco que nos conocíamos era fuerte, luchadora, incluso disfrutaba de la incertidumbre que le deparaba el día a día. Verla mostrar su debilidad me hizo temblar de la misma forma que el viento hace bailar a una hoja. Su labio inferior tiritaba por la cantidad de sentimientos que se acomodaban de una manera un tanto dolorosa a su espalda. Yo no había sido capaz de preguntarle acerca del padre de Mía, me bastó ver lo unidas que estaban para saber que era suficiente.

—¿Podéis dejarlo de una vez? —rogué poniéndome de pie entre los dos—. No entiendo muy bien por qué no os soportáis, pero creo que nadie se muere por enfrentar esta situación: si Jorell está aquí es porque realmente nos necesita… eso me recuerda, ¿cómo sabías que estaba en Santa Mónica?

—Papá tiene activado el GPS de tu teléfono. —Se echó hacia atrás

desistiendo de su dosis de nicotina—. No perderá a su flor favorita sin hacer nada al respecto.

«Así que sabe dónde estoy».

—También podrías hacer memoria y decirle a tu hermana pequeña por qué Carter's te ha pegado una patada en el culo.

—Tú no tienes ni puta idea de eso, Bethany —dijo fulminante—. Ni siquiera te dedicas al mundo empresarial.

—Pero nuestra madre sí. —Estiró sus labios hacia arriba con la única intención de quedar por encima de él—. Parece que se te olvida.

—¡Si no paráis de una vez, cojo mi maleta y me marcho! —finalicé desesperada. No era partidaria de las discusiones. Me hacían sentir tan mal que mi único deseo era esconderme en un bonito rincón del mundo—. Somos familia… aunque a ninguno de los dos os importe.

—Lo siento —susurró Jorell echando sus mechones castaños hacia atrás—. No quería hacerte daño, princesita.

—Entonces dime la verdad.

Él se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre sus muslos y entrelazó sus manos en una actitud un tanto avergonzada.

—Intenté que su imperio se hiciera cenizas —comenzó a decir a media voz—. No soportaba la idea de que te hubiese dejado en ridículo. Jamás te mereciste a un hombre que no te hiciera brillar. Eres la joya más preciosa de la familia, S, nadie tiene derecho a resquebrajarte.

Tragué saliva un poco preocupada por su argumento. Puede que no esperara que mi boda se cancelara de una forma tan estrepitosa, pero no odiaba a Nathaniel por ello. Era cierto que su indiferencia me hizo sentir mal, que tuve miedo de quedar en ridículo. Ser valiente implicaba también no entrar en un matrimonio que te hiciera infeliz y los dos lo sabíamos.

—¿Qué hiciste? —insistí algo agobiada.

—Vendí la mejor idea de uno de los más peligrosos inversores de Boston a Danvers —admitió un poco cohibido—. ¿Sabes quiénes son?

—Por supuesto —asentí segura de mí misma—. Es una de las empresas más poderosas de Londres. Jason Danvers es el director. Tienes dos hijos: Jack Danvers el mayor y Charlotte Danvers la pequeña. Tengo entendido que es ella quien tiene la empresa, ¿no es

así?

—Sí, una auténtica arpía. —Pellizcó el puente de su nariz un tanto frustrado—. Le proporcioné la idea que necesitaba para crecer y me lo paga quitándome de en medio.

—Es que yo soy ella y no ves ni el finiquito —gruñó Beth haciendo ruido con las patatas fritas que se estaba comiendo—. Te deja en una posición horrible apuñalar a Nathaniel, no sé si te has dado cuenta.

—¿Y en qué lugar se encuentra él al haber abandonado a nuestra hermana en el altar?

—Tecnicismos, Jorell —dijo Beth restándole importancia—. Te recuerdo que Spring prefirió ser una novia a la fuga.

—¿Estás del lado de mi ex prometido? —Enarqué la deja observando su negativa—. Cuando llegué me dijiste que podía esconderme aquí.

—Lo sé, cariño —carraspeó con la intención de recomponerse—. Lo que quiero decir es que tomaste la decisión de dejarlo sin novia. Que no digo que no fuese lo más acertado, pero fuiste tu quien dio el paso.

«No iba a quedarme para aplaudirles, ya era demasiado incómodo».

—¿Podemos continuar en por qué Jorell está sin trabajo?

Él carraspeó para que volviéramos a centrar la atención en él.

—El caso es que también vendí acciones de Carter's —continuo como si nada—. Y me acosté con Anwen para saber un poco más sobre los movimientos de Nathaniel. De hecho, Vincent terminó en la calle por un error de gestión nuestra. Se suponía que quería lanzar un nuevo proyecto. No sé si se trataba de una pulsera que contenía la identificación suficiente para no tener que utilizar carné de identidad, pasaporte y seguro médico. El caso es que erró en números por nuestra culpa: él cayó como la mano derecha de Nathaniel, yo subí un escaloncito más y Anwen fue vicepresidenta.

El silencio que nos envolvió dejó de ser tan familiar. Sentía como la tensión se incrustaba como dagas afiladas en mi espalda. No entendía cómo podía estar tan tranquilo por haber hecho perder a Vincent Rogers su trabajo. Lo decía con tanta tranquilidad que creí no conocer a la persona que tenía delante. Temblorosa, decepcionada y

con la imagen de mi héroe en la cabeza me atreví a levantarme. Acorté la distancia con mi hermano que tomaba esa actitud careciente de importancia: alcé la mano sin ni siquiera pensarlo y ésta impactó contra su rostro.

Jorell tardó un poco en reaccionar. No sabía con exactitud cómo había sido capaz de tomar aquella decisión. Sus ojos verdes, tan bonitos como yo los consideraba, me observaban atónitos.

—A-Ajusticiar al culpable no te hace mejor persona —dije en un hilo de voz—. Entiendo que te doliese lo que sucedió, pero la venganza solo trae desdicha a las personas de tu alrededor. ¿Cómo crees que se sintió Vincent Rogers cuando se lo quitasteis todo? No. ¿Qué clase de persona eres ahora? Para mí, Jorell Cooper era el hombre que no permitía que nadie me tocase, pero esto es egoísta incluso para ti.

—Spring, yo…

—No se te ocurra decirme que lo hiciste por mí. —Las lágrimas descendían silenciosas por mi rostro, notaba su ardor en las mejillas—. Fue egoísmo. Porque sabías que, si presionabas en diferentes sitios, podrías quitar a Nathaniel de en medio.

Jorell posó sus ojos en nuestra hermana que parecía haberse convertido en una estatua tras saber la verdad. Algo me decía que se sentía decepcionada, como si esperase mucho más de la persona que tenía delante.

—Eres igual de ambicioso que tu maldito padre.

—Es lo que ocurre cuando no puedo tener lo que quiero —atacó nuevamente mientras se ponía en pie—. Tienes razón, princesita. Lo hice porque consideré la oportunidad perfecta para quedarme con algo que podía ser solo mío. Quizá no me creas ahora mismo, pero siento haberte hecho daño, no estaba dispuesto a que nadie te lo hiciese.

—Ahora mismo me lo estás haciendo tú.

—Quizá debería irme. —Se levantó dando por finalizada nuestra conversación—. No ha sido buena idea venir hasta aquí.

—Por favor, soluciónalo.

Él parpadeó confundido. No entendía qué quería que arreglara en esos momentos. Esperaba que sus cejas formaran una línea recta y repleta de descontento. No fue así. Tan solo se limitó a suspirar algo cansado.

—Ya es tarde, S —me recordó—. Me iré a un hotel unos días hasta que decida qué hacer con lo poco que me ha dejado papá.

Noté como mi respiración se agitaba. Odiaba cada una de las decisiones que tomó a costa de los demás. Jorell Cooper no era una mala persona, tan solo se había dejado llevar por su lado más destructivo y ambicioso. Mejoraría. Por supuesto que lo haría y yo me iba a encargar de ello.

—Necesitas terapia y un nuevo futuro.

—¿Y vas a dármelo tú, princesita?

Alcé mi barbilla para que pudiera ver la decisión en mi rostro. No me importaba que le pareciese gracioso o un tanto infantil, pero le haría darse cuenta de sus errores.

—¿Quién mejor para cuidar de mis dos matones favoritos que su hermana pequeña? —Beth frunció el ceño por mis palabras, abrió la boca para protestar, aunque no se lo permití—. Permítele quedarse esta noche, yo me ocupo de lo demás.

—Ser gilipollas no se soluciona con un par de filtros, Spring.

—Pero sí con un negocio y yo tenía uno en mente, ¿recuerdas?

—¿Vas a decir en qué consiste?

Negué con la cabeza, apoyé con sutileza mis manos sobre su pecho y lo hice caer al sofá.

—Estoy seguro de que quieres ser la parte inversora y la que ejecuta órdenes. —Esbocé una sonrisa divertida ante su interés—. Así que ponte cómodo, hermanito, seguro que tendrás tu corona muy pronto.

Capítulo 6

Eterno, finito y para siempre

*B*ryce

—Oye.

Mi tercer intento por dormir hasta la tarde se había vuelto a ir al garete. Abrí los ojos fulminando a mi colega con mi mirada más afilada, pero por supuesto no fue consciente de ella ni de la importancia de no tocar los cojones cuando uno duerme.

—Zander. —Su nombre se atragantó entre mis cuerdas vocales, incluso sentí cada sílaba vibrar más de lo que debería—. ¿Qué crees que hace una persona con los ojos cerrados?

—¿Pensar?

—No. —Me incorporé hincando los codos sobre el condenado sofá —. Dormir. Y ya me cuesta hacerlo mientras ves videos en Tik Tok o te pones a jugar a *Fallout*. Si vas a seguir dándome por culo me meto en tu habitación, pero si me muevo de aquí te aseguro que en el sofá no se folla. Os vais a la ducha, la cocina o cualquier lugar de la casa.

Él suspiró con molestia. Odiaba que le recordara que sabía bien qué hacía con Summer cuando creía que no me daba cuenta. No entendía muy bien por qué seguía repitiendo cada encuentro con ella

si no quería romper ciertos límites.

—¿Qué persona duerme hasta la noche, Bryce?

—Los españoles echan la siesta y les resulta rejuvenecedora —sonreí con cierta ironía—. Así que, si no era nada importante, podrías dejarme en paz.

—Sí, si lo es —gruñí entre dientes cuando se acercó a mí, al parecer el mundo se estaba acabando y no me había enterado—. Mira este vídeo.

—¿Ahora?

—Puedes dormir hasta mañana si quieres, pero míralo.

Las palabras se me acababan para maldecir lo que me molestaba tener que dejar algo que me apetecía para ver un condenado vídeo de unos cuantos minutos. Terminé por incorporarme, cogí unos chocolates que teníamos sobre la mesa y conté los segundos para que se acabara.

Mi primer bostezo debía ser suficiente para dejar de mirar, pero reconocí aquel condenado parque al lado del *Four Seasons* en Boston. El tono verdoso de la hierba, los patos que danzaban por la orilla del río y aquel templete donde solían ponerse las orquestas: Nathan había decidido casarse allí porque le parecía muy cercano a la naturaleza. De hecho, podía verle de espaldas hablando ligeramente con su padre mientras entrelazaba sus manos.

—¿Grabaste como Winter irrumpió en su boda?

—¿Cómo iba a saber que iba a acabar mal? —Se encogió de hombros un poco incómodo—. Me dijiste que inmortalizara todo y eso fue lo que hice.

—Ahí está Blancanieves. —Me reí a carcajadas al verla tan acelerada y decidida a acabar con el bonito cuento—. Es preciosa la condenada.

—Pues bien que le has dado la patada siempre.

—Porque siempre he preferido abrazarla buscando el apoyo de una hermana —admití un poco incómodo—. Nunca he querido llevármela a la cama.

—Es un detalle que deberías haberle comentado. —Deslizó el dedo unos segundos después sobre el vídeo, Winter no era el motivo de su insistencia—. Pero ahora no importa. Te he enseñado esto porque llevo días dándole vueltas a Spring, la chica que saltó en

paracaídas con nosotros.

—¿Y qué pasa con ella?

—Es la ex prometida de Nathaniel. —Acercó el móvil a mi rostro, si hubiese acortado más la distancia seguro que le habría dado con la nariz—. Aquí tienes a la bonita novia que huye de su boda. Tienes un acierto con las mujeres que incluso me abruma.

—No me jodas…

Le quité el teléfono de las manos, ahora era yo quien buscaba el momento exacto donde pusiera verse ese rostro de princesa que tanto me había cautivado. Me fijé en su perfil al mirar a mi colega. Sus ojos marrones vislumbraban vergüenza y quizá algo de culpabilidad. Una vez que se giró me encontré con la mujer de la playa, esa que deseaba palpar el mundo entre la yema de sus dedos, pero le daba un horrible pavor.

—¿Y ahora qué? —preguntó él buscando alguna respuesta.

—¿Cómo que qué? —Moví los brazos sin entender muy bien a qué se refería—. Es una putada que la tía que ha llamado mi atención haya sido la que casi fue la mujer de un amigo que me cree un gilipollas. Conocerla no afecta a Nathan en absoluto. Él es feliz con Winter y eso no va a cambiar.

—¿No se enfadará por ello?

—¿Tiene motivos? —gruñí dando por finalizada la conversación —. No creo que sea tan capullo para considerar que Spring no puede conocer a alguien más.

—Ese alguien eres tú.

—Ya, ya sé que todos pensáis que me follaría a vuestra madre si tuviera oportunidad. —Puse los ojos en blanco. Estaba cansado de la bonita fama que siempre llevaba sobre mis hombros, unos tatuajes y una barba larga no te definían—. ¿Sabes dónde se está hospedando?

—¿La florecilla? —Zan se acomodó en el sofá un tanto pensativo —. Sé que su hermana mayor vive cerca de Marina Beach, concretamente en el 4311; hay un *Starbucks* y está a pocos kilómetros de la playa. El piso es del padre de uno de mis colegas.

—¿Y desde cuando sabes la existencia de esa mujer?

—¿De Bethany? —preguntó con curiosidad—. Estuvo saliendo con Ty un tiempo, pero cuando se enteró de que tenía una niña la dejó. No todo el mundo tiene la mente abierta para ser parte de la vida de un

hijo que no es tuyo.

—Hablas como un neandertal. —Suspiré yendo hacia la entrada para coger las llaves del coche y mirarme en el espejo—. Deberías madurar, Zander. A veces los amigos no te proporcionan estabilidad sino dolores de cabeza.

—¿Lo dices por experiencia?

—Por supuesto —admití sin ningún tipo de vergüenza—. No me esperes despierto, tengo una cita improvisada con Perséfone.

***

El 4311 de Lincoln Boulevard me recibió riéndose de mi incompetencia. Había salido del apartamento de Zander sin pensar que el número del edificio y el que debía presionar en el telefonillo serían diferentes. Un poco avergonzado por mi impulsividad me marché al *Starbucks* que había a tan solo pocos metros, me compré un *frapuccino* de moca y volví a mi posición anterior.

Una de mis ideas fue seleccionar un número al azar. Pensé en presionarlo, preguntar por las Cooper y si me había equivocado que me permitiese pasar al interior para comprobar los buzones: seguro que ahí pondría el nombre de Bethany.

Mi primer intento por salvar a Perséfone de las garras de su madre fue presionando el primero izquierda. Cuando pregunté por Spring la mujer puso el grito en el cielo. No sé si pensó que era algún tipo de acosador o yo no había elegido las mejores palabras.

La siguiente vez fue el tercero derecha donde un hombre de voz congestionada me dijo que no sabía nada de las Cooper. Derrotado y sintiéndome algo idiota decidí beberme a sorbitos el café. Quizá lo más sensato era llamar a Zan para que localizase a Ty y de esa forma…

«Estás haciendo un mundo solo por volver a verla, ¿no se te está escapando de las manos?».

—¿Bryce?

Su voz erizó mi piel e incluso mis mejillas se enrojecieron un poco cuando se percató del café para llevar que sostenía en la mano. Las

mujeres estaban acostumbradas a que los hombres bebiésemos, fumáramos, nos encantase lo salado y fuésemos unos completos sementales. Aquello último no lo refutaba, pero no cumplía los demás criterios para ser el chico malo de una novela romántica.

—Vaya, mira quien está aquí.

Spring enarcó una ceja, cruzó sus brazos intentando mostrarse imponente, pero la diversión en sus labios era bastante evidente. No había salido del interior del edificio, y venía acompañada por una bolsita de tela rosa con un montón de fresas dibujadas.

—Es evidente cuando estás en la puerta de mi edificio—contestó de manera afable—. No me lo digas, ¿me has encontrado a través del GPS de mi móvil?

—Habría sido más fácil, pero no me diste tu número.

—Cierto.

—¿Me he ganado ese privilegio después de saltar contigo desde un avión? —Ladeé la cabeza intentando ganarme parte de su corazón—. Dime que al menos un poquito.

—La verdad es que no.

Una carcajada escapó de mi garganta, podía ser condenadamente dulce, pero no la había visto doblegarse ante mi opinión. Eso me gustaba. Y mucho.

—¿Estabas ocupada?

—La verdad es que venía de unas floristerías —dijo con la boca pequeña abriendo la bolsita en la que me había fijado, de ella sacó unas bonitas orquídeas amarillas—. Son exportadas, crecen únicamente en el condado británico de Lancashire.

—Era evidente que te gustarían las plantas. —Hice una breve pausa—. No me equivoqué al apodarte Perséfone. ¿Estabas buscando esa en concreto?

—No exactamente. —Torció los labios un tanto pensativa—. Buscaba algo eterno, bonito y duradero.

—Las plantas no destacan por algo así.

—Lo sé —admitió echando hacia atrás algunos mechones castaños que escapaban de su trenza improvisada—. Pero yo quiero que lo hagan. Por eso me he recorrido media Marina Beach para encontrar algo así de especial.

—Así que buscas una flor que viva para siempre —concluí

esperando su confirmación—. Que no necesite agua y que siempre se mantenga hermosa.

—Esa es mi idea. —Inclinó su nariz sobre la pequeña orquídea, no le importó impregnarse de su suave olor como si se encontrara lejos de aquellos enormes edificios—. Me gustaría montar mi propia floristería, pero quiero que salga un poco de lo convencional.

—Podrías abrir una tienda de rosas eternas, se han puesto muy de moda con el clásico de la Bella y la Bestia.

Abrió los labios un poco sorprendida. No lo había considerado una posibilidad y por la forma que su iris castaño se iluminaba creía que le había gustado mi pequeña proposición.

—Pero yo no sé hacerlas.

—Conozco a alguien que sí. —Con la galantería propia de mi fama extendí la mano hacia ella—. ¿Estás dispuesta a que te lleve a los confines del mundo?

Spring me miró dudosa. Empezaba a considerar que me agradaba demasiado llevarla al límite. Si me preguntara no lo escondería, verla vivir con tanta intensidad las cosas me aceleraba el corazón.

—La última vez me llevaste al vacío.

—Con un buen paracaídas, cariño.

—¿Y si me llevas a hacer *puenting*? —dijo asustada—. No quiero probarlo, te lo digo desde ya.

Me mordí el labio inferior al ver cómo sus facciones se volvían un tanto aniñadas, mi mano deseaba alzarse hasta su mejilla, seguramente mi pulgar habría trazado formas invisibles sobre ella.

—Estás para un apocalipsis zombi, Pers —contesté divertido mientras caminaba de un lado a otro algo inquieto porque me diese una negativa—. Ya estás preparada para cualquier situación.

—T-Tengo condiciones.

—Te escucho.

Ella cogió todo el aire que le permitieron sus pulmones, lo contuvo en su pecho unos segundos y lo dejó escapar por sus finos labios. Maldita sea cómo me fijaba en los detalles más simples, me atrapaban de tal manera que me sentía una maldita polilla que iba hacia la luz.

—Nada de deportes extremos.

—Está bien. —Alcé las manos dándole a entender que la idea

estaba descartada—. Nada de enseñarle el dedo corazón a la muerte.

—No me abandonarás en ningún lugar que no conozca.

—Eso es evidente —respondí un poco aburrido, tanteé mis bolsillos y le extendí mi móvil—. Para confirmarte que no saldré corriendo lo custodiarás hasta que te traiga a casa. ¿Trato hecho?

—Bien, de acuerdo —asintió dudosa sin dejar de mirar la pantalla resquebrajada del teléfono—. Y por último no lo llamarás cita.

—Lo es. —Dejé de contener mis ganas de acortar la distancia, la engullí como si me faltase el aire. Una vez que sentí su olor cerca de mi cuerpo, me atreví a colocar ese mechón travieso detrás de su oreja —. Porque son un intento de conocerte mejor.

—Disfrutas amoldando tus ideas a mi alrededor. —Sus ojos me miraron con cierto escepticismo—. Esto es un juego para ti.

—No voy a negar que me gusta ver cómo reaccionas ante algo que no pensabas vivir —comencé a decir con cautela—. Sería un mentiroso si no lo dejase caer sobre la mesa, pero eso no quita que quiera llevarte a todos los sitios que estén en mi mano.

Spring contuvo el aliento. Sé que fui algo intenso, pero lo sentía de esa manera y no podía fingir que no existía ese interés que me llevaba a danzar a su alrededor.

—¿Nos vamos entonces?

—El «No» estaba fuera de esta conversación todo el tiempo.

Una estridente carcajada me hizo cosquillas en la garganta. Quizá debería plantearme lo evidente que estaba siendo. Si se hubiera negado habría debatido todos los aspectos positivos que la haría conocer los mejores recursos para su negocio de ensueño. Y me la habría camelado de la misma forma que una araña teje su más extravagante tela. Una vez que estuviera en el centro de ella tan solo tenía que tirar de los hilos para que no pudiese escapar.

Y eso era justo lo que pensaba hacer.

Capítulo 7

California State Route 1

Mi pelo se mecía al compás del fiero viento que dejaba escapar mis mechones castaños por la ventanilla del Mazda blanco en el que me había dirigido de cabeza hacia la muerte. Se embravecían debido a la velocidad. Aferraban mi rostro con la intención de impedirme la visibilidad. Cuando me atrevía a apartarlo entre risas me empapaba de las verdes montañas. Del sonido de las olas más altas acabando con su dolor al colapsar contra las enormes paredes de piedra.

—Aún no me has dicho hacia donde vamos.

Bryce me mostró su sonrisa más canalla. No despegó en ningún momento sus ojos de la carretera, parecía estar disfrutando tanto de la conducción como de la voz rasgada de Nirvana deleitándole con su *Smells Like Teen Spirit*.

—Por supuesto que lo sabes.

El olor a salitre se quedó adherido a mis fosas nasales, me habría encantado replicarle que no era tan idiota como para no saber que estábamos en la ruta estatal de California, pero eso no decía nada de nuestro destino.

—Leer es un privilegio del que contamos bastantes personas. —

Ladeé la cabeza—. Aunque a veces no se aprecie.

—EastBlueNite, un pueblo costero a unas pocas millas de aquí.

—Tu concepto del tiempo debe ser equivocado —aclaré de la misma forma cordial que siempre utilizaba—. Llevas diciendo desde que salimos que estamos cerca. Empiezo a preocuparme de que no haya ni un solo vehículo por esta zona.

—Hay muchas zonas de montaña que están despobladas —contestó él cambiando de marcha—. ¿Viste la bifurcación de antes? Este es un pequeño desvío.

—¿Y por qué lo has elegido?

—Por esto.

Dio un volantazo sin ni siquiera avisarme. Mi cuerpo se aferró con fiereza al asiento. Noté como la fuerza del cinturón se adhería a mi pecho haciéndome soltar un quejido de dolor. Una vez que el Mazda se detuvo por completo, sus ojos castaños repletos de diversión deshicieron el agarre que se incrustaba en mi piel; abrió la puerta sin miedo a que cualquier coche pudiera llevárselo por delante.

—¡¿Estás loco?! —grité asustada—. ¡Súbete!

—¿Alguna vez has pensado que podrías correr por medio de una estatal disfrutando de un bonito día soleado y sin tráfico?

Parpadeé confundida. Sus preguntas siempre venían acompañadas de una acción impulsiva que solía llevarme a la deriva. Me mordí el labio algo temblorosa. Era imposible que pudiera pasar algo así. Sí. Había visto muchos vídeos en redes sociales de personas que corrían por la carretera sintiéndose libres, pero eso solo pasaba en los cuentos, ¿no?

—Bryce.

—Spring —dijo de forma burlona alzando mi mano para que saliese—. Un poco de sol no te vendrá mal.

El corazón me dio un vuelco, el aire no era capaz de llegar a mis pulmones. Tuve que llevarme la mano al pecho para poder controlar la inquietud y la curiosidad que sentía por tirarlo todo por la borda. Mi cabeza no dejaba de gritarme que era peligroso, que debía asegurarme de las medidas de seguridad antes de poner un pie fuera. Mi deseo más rebelde quería mandarlo todo a tomar viento, insistía en abrir la puerta y poner mis bonitas converse blancas sobre el asfalto.

Derrotada por la seductora voz del diablo busqué esa pizca de

locura en mí. Sentía el calor del sol bajo mis pies. La carretera ardía debido a los veintitantos grados que le regalaban las altas temperaturas. Inspiré el olor a naturaleza que se abrazaba al mar. Me permití el lujo de cerrar los ojos sin miedo a que mi vida llegase a su final. Cuando me atreví a buscar su mirada, él no dejaba de clavar la suya en mí. No sé qué significaba el brillo dorado en su iris, ni si realmente estaba haciendo lo correcto. Lo único que sé es que me ofreció por segunda vez el mundo para que pudiera correr si eso me hacía feliz.

Di unos pasos hacia adelante. No podía dejar de reír como una niña que había recibido el regalo perfecto para navidad. Mi pelo se atrevió a ir por delante, no sé si intentaba infundirme fuerzas o solo consideraba que el valiente era solo él.

Primero caminé sintiéndome una constante más que hacía girar el universo.

Troté creyéndome ese diamante que todos me consideraban, con la intención de tintinear con mi propio brillo en el firmamento.

Corrí esperando hacer tanto ruido que el mundo se diese cuenta de mi presencia. No me importó presionarme. Jadear. Reír e incluso contener las lágrimas que me quemaban en la garganta. Volvía a volar libre bajo la fija mirada de Bryce y su teléfono móvil.

Exhausta me incliné apoyando las manos sobre mis muslos, había dado demasiado de mí y necesitaba recuperar al menos uno de mis pulmones.

Una sensación fría en el cuello me erizó por completo la piel, levanté la cabeza esperando aquel golpe de calor tan propio de mí. Sin embargo, allí estaba él mostrándome una botella de agua helada que me devolvería al oasis del que me había escapado.

—E-Estás loco —susurré jadeante—. ¿Cómo puedes disfrutar tanto esto?

—Me encantaría poder decirte que tengo el argumento preparado desde que te conocí. —Me mostró una media sonrisa—. Pero no es así. Quizá tengas razón y haya perdido la cabeza demasiado rápido por alguien que parece tener miedo de dar un paso en falso y caer al vacío.

—Yo…

—Vamos, aún no hemos terminado el viaje. —cogió un poco de

aire—. Te dije que te llevaría a ver a alguien.

***

EastBlueNite contaba con apenas trescientos habitantes entre sus calles. Cada uno de los caminos que conducía a la pequeña plaza del pueblo estaba compuesto por una hilera de casas de piedra que parecían sacadas del cuento de Hansel y Gretel. Abrí los labios sorprendida al comprobar que las calles se clasificaban por el color del tejado: los de tono azul cercanas a la iglesia se conocían como *LostSiren*, las rojas que pegaban al mercado principal *SacredHeart* y para finalizar las verdes cercanas a la playa se denominaban *DandelionPor*t.

—¿Tu amigo vive aquí?

—Por temporadas —dijo él alzando sus pies para no tropezar con la grava—. Su esposa murió de cáncer hace un año y ha decidido huir al culo del mundo. Es un buen tipo, aunque se ahogue en el dolor que supuso su muerte: Narella perdió la vida con tan solo veintinueve años.

—Pobre… —No fui capaz de decir nada más, la tristeza me impedía lamentarme por su trágico destino—. ¿Tuvieron hijos?

—No. —Bryce metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. Este pueblo tiene una pequeña tradición. Dicen que las últimas noches de abril dejan de ser oscuras para ser azules y en ellas se hace un homenaje a los fallecidos. Se suelen alzar unos farolillos en honor a los seres queridos. También se dice que pueden verse, pero eso lo veo mucho más utópico.

—Supongo que por eso decidió venirse aquí cada cierto tiempo.

—Es posible —respondió él pensativo—. Tiene un gran aprecio a lo eterno e inolvidable. Siempre ha sido un romántico empedernido como yo: atesora los momentos. Por eso decidió encargarse de que muchos de los recuerdos que terminamos olvidando se queden para siempre con nosotros.

—Y por eso aprendió a elaborar rosas eternas —concluí.

—Exacto.

La casa tenía un pequeño porche de madera que estaba algo carcomido por la humedad. No quería hacer mucho hincapié en la dejadez del columpio que había en la entrada, ni tampoco en la puerta de color rojo, similar al tejado, repleta de desperfectos y desconchada debido al paso del tiempo.

Bryce tocó con los nudillos un par de veces, no estaba muy convencido de que mi posibilidad de tener un negocio en Santa Mónica diese respuesta. Me senté con cuidado en el columpio y me mecí disfrutando del silencio que danzaba en cada rincón del pueblo. El murmullo de los vecinos era breve, ni siquiera resultaba estridente para los oídos.

—Quizá haya salido a pescar —dijo mi compañero intentando aliviar mi preocupación, aunque no solía agobiarme por las oportunidades que nunca habían estado a mi alcance—. Podemos ir al muelle y…

El sonido del pestillo nos hizo girar la cabeza en dirección a la puerta. No sé qué esperaba encontrar: ¿un hombre joven con sus ojos ahogados en dolor? O, ¿alguien más mayor ataviado en un fruncido ceño?

La imagen de mi mente se evaporó cuando un hombre delgado de pelo largo como mi compañero de viaje y larga barba rizada abrió la puerta. Como imaginaba sus ojos azules mostraba un dolor tan ciego que me perforó el corazón. Me levanté rápidamente, no le había pedido permiso y no quería que se molestara por mi iniciativa.

—¿B? —preguntó algo confundido—. ¿Eres tú?

—El mismo —respondió Bryce dándole una palmada amistosa en el hombro—. ¿Qué tal estás, tío?

—Respirando. —Encogió los hombros dedicándome una fugaz mirada—. ¿Tu nueva novia?

—Por el momento no. —Él miró hacia el interior de la casa esperando que nos ofreciera pasar, pero no quería que eso le incomodara—. Hemos venido porque Spring, la chica que viene conmigo, ha escapado de su anterior vida y quiere empezar desde cero con una tienda de rosas eternas.

Ese detalle pareció llamar bastante su atención. Dio unos pasos hacia mí sin mucho ánimo de tener que rozar su mano con la mía, pero intentó no dudar cuando la extendió fingiendo aliviar la tensión

de sus hombros.

—Soy Ryan Connelly. —Noté sus dedos fríos entrelazarse con los míos. La vida parecía escapar de cada rincón de su cuerpo—. ¿Puedo preguntarte el motivo? ¿Tenías una vida muy dura?

—No —admití algo avergonzada—. Solo se cayó el talón de una forma que no esperaba y no sé qué pasos debo dar. Puede que suene una razón muy aniñada, pero para mí es horrible no saber si no estar en mis lecciones de matemáticas avanzadas de los jueves durante tres horas me hace ser mala persona.

Él parpadeó como si le hubiese dado un golpe que le había dejado perplejo.

—¿Por qué ibas a serlo?

—N-No lo sé —reí con cierto nerviosismo—. Estoy muy acostumbrada a avanzar con una previa planificación.

—Todo aquello que te haga feliz es lo correcto. —Hizo una breve pausa—. No os quedéis ahí, si queréis volver a Santa Mónica antes del anochecer tendré que hablaros del proceso cuanto antes.

—Gracias, Ryan.

La casa de Connelly parecía un auténtico museo. Cada objeto estaba colocado estratégicamente por algún motivo. En el recibidor descansaba una foto de boda donde abrazaba a una mujer de pelo rojizo. Me sorprendió que aparte de sus llaves también hubiese otras con un llavero en forma de corazón hecho de ganchillo.

El salón estaba a pocos metros de la entrada. Uno de los sofás parecía algo desordenado, como si alguien llevase bastante durmiendo en él y se hubiese acostumbrado a la forma de su cuerpo. En el otro descansaba un montón de ropa doblada, una camisa estirada a medio doblar y unos vaqueros.

—Tengo un pequeño estudio a la derecha —dijo él conduciéndonos dentro de una habitación que consideré multiusos: había una zona de revelado, una larga mesa repleta de materiales y en el otro extremo descansaban varios tipos de cañas—. Hay varios procesos para eternizar una rosa. Se puede hacer a través de una capa de sal de varios centímetros donde secaremos la flor y una forma más profesional es a través de glicerina, agua, estabilizantes y colores. No es como hundir un clavel blanco de colores en tinte. Es un largo proceso con diferentes etapas y mucha paciencia.

Ryan habló de hacer recipientes reciclados usando botellas de plástico. También me comentó la idea de poder encontrar un proveedor que moldeara el cristal para hacer urnas de diferentes formas. Me recordó también la forma de encontrar abalorios con los que decorar, además de algunas figuras que solían llamar mucho la atención.

Pasar la tarde con él me hizo darme cuenta de que su aspecto hablaba poco de la persona que atesoraba los momentos más efímeros. Quizá las ojeras que coloreaban de morado la parte inferior de sus párpados no le daban la mejor apariencia, pero le aliviaba enormemente poder ser esa persona que creyó haber perdido con la muerte de su mujer.

Tanto a Bryce como a mí no nos importó quedarnos a cenar con él. Le pedí permiso para usar la cocina y preparé unos tacos con todo lo que encontré en el frigorífico: queso chédar, carne picada, col y tomate.

—¿Vas a volver a Santa Mónica? —preguntó mi acompañante dejándole a punto de dar un mordisco a su cena—. No soy nadie para decirte como debes lidiar con tu dolor, pero ella no habría querido…

—Bryce, sabes que siempre te he querido como un hermano —comenzó a decir dejando la comida sobre la mesa baja del salón. No nos permitió mover la ropa del sofá, así que comimos sentados sobre la alfombra—. Pero no he vivido ni un ápice de lo que teníamos planeado. Narella no está para decirme qué es lo que no desea ver de mí.

—Lo sé —susurró él sintiéndose culpable—. Odio verte perdido cuando siempre has sido mucho mejor que yo.

—Las comparaciones solo nos ocasionan ansiedad, Bryce. —Su sonrisa fue tan triste que me habría encantado abrazarlo—. Dudé muchas veces de mí mismo y me creí insuficiente para ella: le di una vida, una casa, un matrimonio, sin embargo, la inseguridad me decía que era insuficiente.

—Así somos las personas —contesté llamando su atención—. No nos conformamos con lo mínimo. Cada uno de nosotros somos una piedra. Si rascamos nuestras uñas sangrarán, pero si nos atrevemos a apostar veremos que por dentro brillamos como el sol.

Ryan me miró de una forma tan profunda que me dio la impresión

de que avivé alguno de sus recuerdos. No temió en contener las lágrimas delante de nosotros, después de todo ya consideraba que lo tenía todo perdido. Tomó el taco observándolo sin importancia para centrarse nuevamente en mí.

—¿Puedo pedirte algo, Spring?

—Por supuesto.

—¿Serías capaz de devolverme parte de mi brillo si apuesto por uno de tus encargos?

Mis labios se curvaron hacia arriba de una forma tan sincera que asentí varias veces emocionada. Me conocía de escasas horas y consideraba que debía tener entre mis manos una foto de su primer viaje a Madrid, el aborto que los hizo más valientes, además de las noches en el columpio donde yo me senté anteriormente.

Le prometí que sería lo primero que haría cuando mi sueño tuviera un lugar donde llevarse a cabo. Nos despedimos con una cantidad de palabras sin decir y esperé de corazón que ese encuentro no fuese el último con Ryan Connelly.

—Pers.

La voz de Bryce me hizo detenerme cuando descendí los escalones de la casa, giré mis talones regalándole una mirada curiosa. No habíamos tenido el placer de hablar demasiado en ese rato, pero no dejé de sentirme parte de la aventura. En muchas ocasiones, cuando viajaba con papá me apartaba para lidiar con «asuntos de hombres». Esta vez estuve sentada junto a dos personas de diferente sexo, y ¿qué había pasado? Absolutamente nada.

—¿Decidiste huir de Santa Mónica por Winter Adams?

Abrí la boca debido al asombro que sentía, no sabía que pudiéramos tener conocidos en común. Mis manos temblaron al pensar la mínima posibilidad de que pudiera reírse de mí, incluso me encogí un poco de manera involuntaria.

—Estaba viendo mi vida derrumbarse, no quería quedarme para ver cómo se iba al traste —respondí con sinceridad—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno… —Él acortó la distancia entre nosotros, alzó su mirada al cielo deleitándose con los diminutos puntitos que iluminaban nuestros rostros—. Ese día yo también estaba invitado, pero no pude ir porque me estaba casando.

—Así que ya tienes a alguien.

—No. —Negó con la cabeza, incómodo—. Mi prometida me dejó por otra.

—Vaya suerte tenemos con las bodas. —Reí un poco incómoda caminando a su lado para subirnos al coche—. Quizá no era el momento.

—Considero que pasar por el altar es algo demasiado importante. —Hizo tintinear las llaves entre sus dedos—. Supongo que no me creerás, no tengo pinta de que me importe demasiado.

—¿Qué importa lo que opine yo? —Enarqué una ceja mientras me cruzaba de brazos—. Siempre dirán mil cosas de ti y no por eso tienes que estar gritando como eres. Que cada uno piense lo que quiera, Bryce.

—Te he pedido una cita, Spring. —Su tono fue mucho más serio, apoyó la espalda en su Mazda blanco y me observó con cautela—. Estoy haciéndote bailar a mi alrededor porque me resultas muy intrigante. ¿No te da motivos para pensar que quiero aprovecharme de ti?

—¿Y deseas hacerlo?

Él chasqueó la lengua. Sé que maldijo algo entre dientes, pero sus palabras me parecieron tan inteligibles que no fui capaz de escucharlas. Sus manos me sostuvieron, me hizo girar entre sus brazos hasta situarme en la posición que él se encontraba: apoyada sobre el Mazda blanco.

Su aliento me hacía cosquillas en la mejilla, sentí una vergüenza horrible porque no sabía si debía salir corriendo o aceptar la situación. Levanté un poco el mentón para encontrarme con su rostro crispado, cerré los ojos cuando intentó acortar las distancias, pero se limitó a juntar su frente con la mía.

—Me encantaría decirte que soy un caballero —comenzó a decir en un hilo de voz—. Pero solo soy un capullo que se enamora con facilidad. Lo único que anhelo es saber cómo vas a reaccionar a cada paso que doy. Quiero saber qué pasaría si toco tus labios con los míos, si te enseño no solo el mundo, sino que sentirías a mi lado. Sin embargo, las mujeres como tú odian los juegos y saber quién soy solo te hará retroceder.

—¿Qué quieres decir?

—Mi nombre es Bryce Evans —dijo con cautela—. Soy uno de los mejores amigos de Nathaniel Carter, encantado de conocerte princesita.

Capítulo 8

Jugar con fuego

—Una floristería. —La voz de mi hermano me sacó de mi ensoñación; las palabras de Bryce seguían en bucle en mi cabeza. No sabía con exactitud cómo me sentía al respecto. Pensaba que poniendo tierra de por medio todo lo relacionado a la empresa de papá y Nathaniel Carter quedaría escondido en un cajón. Al parecer no era tan fácil dejar una vida atrás con todo lo que conllevaba —. ¿Spring? ¿Así vas a convencerme de que invierta el dinero que tengo?

—Perdona. —Mis labios se alzaron con fingida diversión—. Siempre te ha gustado la parte administrativa. Podrías encargarte de los proveedores incluso de la publicidad.

—Las flores se mueren —dijo con desgana—. Hay pocas personas que tengan interés en ellas.

—Son rosas eternas —aclaré —. He conocido a alguien que me ha dicho cómo se pueden elaborar. También he considerado la posibilidad de secar algunos pétalos para meterlos en una base pequeña de metacrilato. Así tendríamos unos marcapáginas bonitos, hechos con partes de la naturaleza y que pueden venderse bien.

Sus ojos verdes me siguieron de un extremo a otro del salón. Su

cuerpo estaba echado hacia atrás en el sofá, cruzaba la pierna izquierda a sus anchas sin importar que Mía estuviera saltando de un extremo a otro con un hada entre sus manos. No parecía estar muy pendiente de ella, pero algo me decía que no le agradaban demasiado los niños.

—Papá te inculcó muy bien la visión empresarial.

—Por supuesto —respondí con orgullo acomodando las manos en mis caderas—. Me tomo los negocios muy en serio. Soy consciente de que algo tradicional no impactará tanto como llevar el sector a otro ámbito. He visto mucha publicidad en redes sociales y las chicas que se encargan de reseñar libros también hablan mucho de lo que te digo. Incluso podríamos pintar algunas bolsas de tela con algunos diseños relacionados con las novedades del mercado.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando esto? —Jorell atrapó a mi sobrina antes de que cayera de bruces al suelo y la sentó en su regazo sin ni siquiera mirarla. Sus trenzas bailaban de un lado a otro ante su necesidad de estar corriendo sin parar. Me hacía gracia como alzaba su diminuta barbilla para buscar alguna mínima interacción con él—. Maldita sea, ¿qué quiere de mí?

—¿Atención? Es una niña, se da cuenta de que no quieres dirigirle la palabra. —Me crucé de brazos esperando alguna reacción de su parte—. Es tu sobrina, preguntarle que ha hecho hoy no te matará.

—¿Has visto al padre?

Enarqué una ceja sin entender muy bien a qué se refería. Temeroso entrelazó una de las trenzas entre sus dedos, la miraba con tanto pesar que me pregunté que había detrás de aquella frustración.

—La verdad es que mientras sea feliz me da un poco de igual de quien se trate. —Hice una breve pausa—. Y si tengo que conocerlo, Beth me lo presentará en estos días.

—Supongo.

—No me has dicho por qué os lleváis tan mal. —Me senté a su lado y Mía chilló bastante frustrada pues le había quitado el sitio donde estaba jugando—. Por más que lo pienso no recuerdo ningún momento en el que estuviéramos juntos los tres.

—Porque nuestros padres se separaron poco después de nacer tú —suspiró él echándose sus mechones castaños hacia atrás—. Papá no aguantaba la infidelidad de mamá, ni siquiera tú fuiste un pegamento

lo suficiente fuerte para que se quedaran juntos para siempre.

—Entonces si pasaste parte de tu infancia con Bethany —dije curiosa.

—Estuvimos en contacto incluso cuando se marchó con Wanda. —La forma en la que escupía el nombre de mamá me daba a entender que la odiaba por lo que había hecho—. Pero nos distanciamos hace unos cinco años.

—¿Por qué?

—Cosas de mayores, princesita.

Abrí la boca ofendida. Siempre me regalaba la misma excusa cuando no quería darme explicaciones. Me levanté de forma abrupta, di una palmada para llamar su atención y fruncí el ceño molesta.

—Las crías no te ofrecen un trabajo, Jorell. —Hice una breve pausa—. Si estás tan sobrado como para tratarme así quizá puedo prescindir de ti.

—¡No te enfades! —Mi hermano estalló en carcajadas, le habría encantado tirar de mi cuerpo hasta sentarme en su regazo si nuestra sobrina no se hubiera acomodado apoyando la cabeza en su pecho—. Es solo que hay situaciones que es mejor olvidar y dejar en el pasado. De todas formas, no es importante, lo que urge es saber qué local buscaremos para el negocio.

—¿Eso significa que aceptas?

—No me queda otra.

Un chillido de emoción escapó de mi garganta, di unos saltos aceptando mi fama de niña pequeña, pero no me importó. Era la primera vez que podía alcanzar un sueño por mí misma y deseaba llegar hasta el final de cualquier forma.

Le comenté que el día anterior había estado fijándome en las floristerías de la zona. Admití que no vi nada especial en ninguna de ellas. Solo tenían un bonito escaparate y mucho desorden en su interior. También busqué locales que no estuvieran en primera línea de playa, aunque tampoco buscaba un rincón escondido del mundo para que no pudiera brillar. Me enamoré de un lugar no demasiado grande. Su escaparate estaba decorado con un bonito marco de yeso en verde bosque con trazos circulares que terminaban en hojas. Parecía que llevaba mucho tiempo abandonado, pero no me resultó un problema. Desde el cristal se veía el mostrador en blanco, una

pequeña caja registradora y el suficiente espacio para colocar unas vitrinas.

—He apuntado el número de teléfono —asentí —. Pero no quise llamar hasta que tuviera los medios para llegar a un acuerdo con el vendedor. Beth me insiste en que no use la tarjeta de papá bajo ningún concepto.

—Úsala en casos de emergencia —contestó—. Aunque si decides comprarte un apartamento aquí él no protestará. Ya sabes como es.

«Si hago eso no lo habré conseguido por mí misma».

—Dame el número, me encargaré de llegar a un buen acuerdo —finalizó nuestra improvisada reunión de socios—. Lo que deberías hacer tú es aprovechar la tarde para ir a la fiesta en blanco que se hace en Venice Beach.

—¿Fiesta en blanco? —Parpadeé confundida—. ¿En qué consiste?

—Encienden una hoguera en la playa, la gente se viste de blanco y bailan durante toda la noche —Comenzó a decir mientras copiaba el número de teléfono que le ofrecía—. ¿Por qué no te das ese capricho?

—No conozco a nadie aquí… «A excepción de Bryce y sus amigos, claro».

—Engurruñes la nariz cuando mientes, cariño.

Jorell se levantó acomodando a Mía en el sofá. No se tomó demasiado tiempo en arroparla o en profesarle un poco de cariño. Se sacudió el pantalón en un gesto un tanto inquieto y me dirigió una última mirada.

—Que hayas escapado de una boda no significa que no puedas divertirte.

—¿Quieres decir que me das permiso para que de saltos toda la noche?

—No me refería a eso. —Se inclinó hasta que sus labios impactaron en mi frente—. Pero si te hace feliz… yo no me meto con los gustos de nadie.

***

Venice Beach estaba infestada de gente. El murmullo, las risas y el

continuo flash de los teléfonos móviles me recordaba a esas ocasiones en las que le pedía a mi padre que se detuviera unos segundos para hacer una foto a una escultura, un cuadro o un árbol que había considerado diferente.

Beth me había prestado un bikini blanco sencillo de dos piezas, sobre mis hombros descansaba una bonita chaqueta de ganchillo que se ataba con un par de cordones. Mi pelo estaba alzado en una coleta alta, notaba cómo se mecía con mis movimientos de un lado a otro. Me reí por el cosquilleo de la arena en mis pies. Moví las caderas al ritmo de los enormes altavoces que habían instalado en la playa y que hacía a todos los presentes cantar al unísono.

Me sentía un poco avergonzada de aparecer sola. Jorell se había negado por activa y por pasiva a acompañarme. Según él: «Estaba demasiado mayor para esos trotes» y mi hermana no podía dejar la maternidad a un lado para venir conmigo.

«Vamos, no es tan malo conocer gente por tu cuenta».

Cogí todo el aire que me permitían mis pulmones, me acerqué a uno de los garitos de bebidas que había cerca de mí y me pedí una piña colada que me dejó un sabor dulce en el paladar. Me sorprendió escuchar música de todo tipo: desde pop inglés hasta algunos éxitos en español. No entendía nada del idioma, pero me quedaba con la última palabra de las frases y con eso ya me sentía lo suficiente importante para mover el culo de un lado a otro.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta, me detuve unos segundos para comprobar si se trataba del reverbero de los altavoces o si estaba en lo cierto. Con mi mano libre deslicé el dedo pulgar por mi patrón de bloqueo, el corazón me dio un vuelco al leer: «Bryce te ha escrito un mensaje»

Nuestra última aventura por la larga carretera de California no solo afianzó mis pasos para tener mi propio negocio, también me proporcionó un acercamiento con aquel vikingo alocado que me erizaba la piel.

No fui capaz de negarme a darle mi número tras acorralarme contra su Mazda. Ni siquiera cuando nos apeamos en el coche y colocó con delicadeza mi mano sobre las marchas. Era tan fácil improvisar a su lado que me costaba negarme a aquel encanto tan peligroso por el que todo el mundo le juzgaba.

Sacudí la cabeza obviando mi deseo de que fuera mi amor verdadero y me centré en su mensaje:

Estás preciosa esta noche, Pers.

No puedes saberlo.

Bikini blanco, un bonito collar de caracolas y una chaqueta de ¿hilo?

Ganchillo… Me estás viendo.

Levanta la cabeza, princesa, es la mejor forma de que las vistas desde tu posición sean deslumbrantes.

No era capaz de controlar mi nerviosismo. Por más que me susurrara mentalmente que eran unas palabras repletas de florituras, el aire estaba lejos de llegar a mis pulmones. Me atreví a alzar la barbilla hacia el barullo de gente que tenía alrededor. Tendría que ser difícil encontrar a alguien entre la multitud. La cantidad de prendas blanquecinas parecían perder nitidez por la danza, el alcohol y el deje festivo que se respiraba.

Le vi.

Estaba cerca de la hoguera.

Su rostro reflejaba una serie de claroscuros por el dulce movimiento de las llamas. No podía deleitarme con el iris avellana de sus ojos, pero sabía que me observaba con interés.

Acorté la distancia como si una suave melodía me llevase hacia él. Llevaba un bañador blanco con un par de líneas oscuras en los laterales. No había optado por una chaqueta como yo, sino que prefirió dejar descansar sobre su cuello un diente de tiburón.

—Hola Pers. —Su sonrisa se ensanchó cuando estaba cerca de él —. Voy a tener que secuestrarte, la vida mortal parece agradarte mucho más que yo.

—Ser un acosador no te hace atractivo, Hades. —Le seguí el juego

abrazándome un poco a mí misma, deseaba que no se notara el sonrojo de mis mejillas—. ¿No tienes que darle de comer a Cerbero?

—Tengo otras prioridades esta noche. —La palma de su mano parecía arder sobre mi mejilla. Su forma de colocarla fue similar a una suave caricia—, como convencerte de que bailes conmigo.

—¿Los hombres bailáis?

Bryce soltó una carcajada, deshizo el contacto en mi rostro para hacerme girar con su mano. Parecía divertido, con ganas de que la noche no acabara con ese pequeño encuentro.

No dudé en aceptar.

Se suponía que antes de lidiar con una cita en medio de Venice Beach debía pasar por un proceso de selección como solía hacer mi padre: concretaba citas, hasta que consideraba alguna de ellas beneficiosa para nosotros; así fui la prometida de Nathaniel medio año atrás. Ahora todo era diferente.

No había pautas que seguir y me sentía al borde del precipicio.

—Solo los más valientes —dijo cerca de mi oído mientras se aferraba a mi cuerpo—. Lo pone en una de las cláusulas del código varonil. Así que no puedes decírselo a nadie.

Me reí por las muecas que hacía. Con eso fue suficiente para que la tensión de mi cuerpo desapareciera. Moví mis caderas sin miedo a que el mundo se acabara, a seguir bailando y que el suelo que me sostenía me hiciera caer al vacío. Mi pelo se alzaba en cada movimiento, en esos instantes en los que echaba mi cuerpo hacia atrás y rozaba sus labios sobre mi garganta.

¿Qué me había estado perdiendo durante todos estos años?

¿Esto era vivir sin cadenas?

—Vas a hacerme perder la razón, Bryce.

—Creo que es lo más bonito que me han dicho en este último año —contestó con ese tono burlón que tanto le caracterizaba. Me puso de espaldas a él, cruzó mis brazos por encima de mi pecho y sostuvo mis manos mientras dábamos vueltas alrededor de la hoguera—. Aunque si hablamos de belleza, diría que eres la flor más elegante de toda Santa Mónica.

—¿Y tú lo más peligroso?

—¿Eso crees?

Volví a levantar la barbilla, me encantaba que nuestras miradas se

entrelazaran. Se buscasen susurrando palabras que yo no era capaz de decir. Él pareció entenderlo de inmediato, pero no se despegó de mí.

Bryce era el borde de mi precipicio.

—Sí, lo creo.

—¿Sabes qué?

—¿Mmm?

—Los hombres peligrosos hacemos locuras —dijo restándole un poco de importancia con el movimiento de sus cejas—. Podemos pasar de estar muy tranquilos a…

Tragué saliva.

—¿A qué?

Bryce no me contestó. Todo pasó tan rápido que no fui capaz de procesar todo lo que ocurría en ese periodo tan corto de tiempo. Mis pies dejaron de tocar el suelo. Solo sé que los moví en el aire un par de veces hasta que una gran oleada de frío empapó cada parte de mi cuerpo.

Sus brazos me rodeaban. Impedían que tuviera la posibilidad de escapar, pero estaba tan aturdida que no lo barajé en ningún momento. Él siendo tan canalla como ya me imaginaba tiró de todo mi cuerpo dentro del agua. Nos sumergió en el agua salada y si creí que tendría el impulso de gritarle por lo idiota que había sido, era una completa ilusa.

Todo dejó de importar a mi alrededor cuando juntó su frente con la mía. Sus carcajadas me hicieron cosquillas en la nariz y me sentí tan arropada contra su piel que no quise que llegara el final.

No nos movimos. La cercanía de nuestros cuerpos nos hacía olvidar la gélida sensación del mar. Mis piernas rodearon su cintura y sus brazos aferraban mi espalda con tanto deseo que me sentí perdida.

—A ser unos salvajes —finalizó en un hilo de voz.

—¿Qué buscas de mí?

—A ti, Spring. —Rozó sus labios con los míos con un hambre tan voraz que apreté el contacto de mis manos sobre sus hombros—. Cada rincón de tu cuerpo, de tu boca y de tu cama.

Capítulo 9

Un placer de lo más inocente

Bryce

Era la primera vez que me sentía tan perdido con alguien.

Me había mudado. Dormido en una terraza al negarme la entrada al apartamento e incluso pasé noches en la estación de autobús fingiendo que por amor hay que enfrentar cualquier adversidad.

Mis amigos solían mofarse de mi lado más enamoradizo. Decían que era mi afán de tener un lugar donde meterla cada noche. Aunque pareciera una gilipollez me gustaba el sexo, pero también que me valoraran. Y ese detalle siempre se pasaba por alto cuando veían mi casi metro noventa, mi cuerpo repleto de tatuajes, además de mi pelo largo.

El golpe estridente que di con la palma de las manos en la puerta de la habitación número cincuenta y tres del Cadillac Hotel fue mucho más ruidosa que la fuerza que empleé en él.

Mi única intención aquella noche era beber de sus labios. Deseaba perder la razón disfrutando del movimiento de su lengua al entrelazarse con la mía. Pero tener a Spring Cooper entre mis brazos era como empezar de cero. Porque con ella no podía tener esas pautas

que seguía con las demás. Era inocente, aferraba mis brazos con miedo a tambalearse y yo deseaba amoldar el mundo para que pudiese alcanzar su constelación favorita.

Me incliné hacia ella notando el olor marino del agua salada. Sus mechones castaños estaban erguidos por la sal. Rocé con diversión su nariz con la mía y me atreví a presionar sus labios con suavidad. Spring aceptó emocionada. Sentí un pellizco en el corazón cuando sus movimientos eran algo bruscos y torpes.

—Espera. —Me detuve, no quería que diésemos el espectáculo en medio del pasillo de la planta cinco, por lo que entramos dentro de la habitación—. ¿Has estado con un hombre alguna vez?

Ella me miró con detenimiento, no sé si es que no me había entendido o simplemente no quería responderme a algo tan íntimo.

—No tienes que hablarme de lo que has hecho con Nathan.

—Nada.

—¿Cómo? —Parpadeé confundido.

Ella cogió aire, retrocedió unos pasos como si estuviese confundida y se cruzó de brazos. Por un momento me sentí culpable por haberme precipitado. Me daba la impresión de que queríamos lo mismo. Y sí, era egoísta. Porque la deseaba de una forma que no conocía. Su inocencia me hacía querer llevarla al límite, que se dejase caer en ese placer desconocido donde yo deseaba grabar mi nombre.

—¿N-No se suelen tener este tipo de situaciones cuando te casas?

—¿Tener relaciones?

Ella asintió. Sus mejillas no dejaban de colorearse de un tono tan rojizo que parecía que en cualquier momento explotarían. Solté un profundo alivio al ver que no se trataba de miedo hacia mí sino desinformación hacia todo aquello que le rodeaba.

—Ven aquí.

Dudosa se acercó, me di unos golpecitos en el muslo para que se acomodase en él.

—¿Quién te ha dicho que solo se puede tener sexo cuando te casas?

—No es que nadie me lo haya dicho. —Negó con la cabeza un poco cohibida—. Cuando eres hija de un empresario se espera de ti que seas la esposa ejemplar: lista, culta e intachable. Por eso pensaba que se hacía de esa forma…

—Tú no tienes que demostrarle a un tío que eres válida —gruñí con el ceño fruncido—. Todas las mujeres lo sois. Nadie tiene que confirmarte lo buena que eres en algo, ya lo eres de por sí.

—Siempre he vivido de esta manera. —La sonrisa que se alzó por la comisura de sus labios me supo un tanto agridulce. Estaba tan encajada en su papel que me habría encantado enseñarle que vivir es lo único que se nos regala. La forma de hacerlo cambiaba dependiendo de los factores que tuviésemos alrededor—. No quiero que pienses que te he seguido de manera forzada. Puedes llamarme Perséfone, pero no me has secuestrado: quería estar contigo esta noche.

Su revelación me dejó sin aliento. Era la primera vez en mucho tiempo que no escuchaba el: «Me quedo porque estás demasiado bueno como para desaprovechar esta oportunidad». La incertidumbre porque fuese la situación de siempre me hizo dar voz a mi duda.

—¿Por qué?

—No entiendo.

—¿Por qué has querido seguirme esta noche, Spring? —Hice una breve pausa—. Puede que pensases lo que has dicho, pero has venido hasta aquí y me has besado.

«No quiero oír lo de siempre».

—Me haces sentir especial —respondió en un hilo de voz—. Es difícil de explicar. Estoy acostumbrada a ser un peón para Cooper's y no me siento mal por ello. Siempre he sido feliz complaciendo a mi padre, pero desde que hui de mi boda y te conocí no quiero desperdiciar ninguna oportunidad; siento que contigo puedo tirarme al vacío sin miedo a morir porque me sostendrás.

—Así fue cuando hicimos paracaidismo.

—No me refiero a eso —Se levantó caminando inquieta por la habitación de tonos mostazas, el papel de pared me resultaba estridente para la vista—. Creo que lo harías si diera un traspiés, quisiera bailar desnuda o mi sueño fuese tener una tarta de diez pisos.

—Es posible —admití de manera grave—. Puede que te colmara de todo aquello de lo que siempre te han privado. Estás en Santa Mónica, aquí puedes ser quien desees ser. Y si arrancarte la ropa es lo que quieres esta noche puedes tenerlo: eres mi conquista de esta noche como yo soy la tuya.

Spring guardó silencio. Barajaba la posibilidad de ser sincera consigo misma o seguir encasillada en su deber. Se descalzó con sutileza, me encantaba la elegancia que transmitía con cada movimiento. Sus ojos me observaron en busca del mejor argumento: si decidía marcharse no la obligaría a pasar la noche conmigo.

—T-Te quiero a ti esta noche —contestó—. Todo de ti.

—Maldita sea —mascullé entre dientes. Me levanté sin pensármelo demasiado porque me bastaba la sinceridad que transmitía más que su propia desnudez—. Maldita seas, Spring Cooper.

No pude controlarme. Acorté las distancias con ella, sostuve su pelo castaño con uno de mis manos para encontrarme con su mirada y una vez que sentí aquella deseable conexión estampé mis labios contra los suyos.

El nudo que tenía en mi pecho parecía deshacerse con cada danza que empleé en ellos. Puede que Spring no contase con una experiencia previa, pero darle un poco de iniciativa le hizo perder la vergüenza. Me encantó como sus manos se entrelazaban en mis mechones oscuros, su tacto al palpar mi rostro y sus suspiros repletos de anhelo.

¿De verdad podía seguir existiendo personas como ella?

Deslicé mis dedos por encima de su chaqueta de ganchillo, dejé que cayera al suelo abandonada porque no era primordial en aquel momento. Ella retrocedió unos pasos, chocó con la cama de matrimonio que teníamos preparada y cayó soltando un pequeño quejido.

—¿Te has hecho daño?

—En el talón. —Hizo una breve pausa cerrando los ojos—. Estoy bien.

Hinqué la rodilla sobre el mullido colchón, agarré su pierna adolorida y permití que mis besos descendieran desde la cara interna de su muslo hasta la parte afectada. Una vez que llegué a ella fui suave. Lento y cariñoso. No quería que un pequeño traspiés acabara con nuestra pequeña burbuja.

—¿Mejor así?

—Un poco, sí.

Esbocé una pequeña sonrisa. ¿Solo había mejorado la situación un poco? Saqué la punta de mi lengua, tracé pequeños círculos por su pie.

Las cosquillas la hacían retorcerse por lo que preferí volver sobre mis pasos para dibujar palabras invisibles sobre su piel. Me habría encantado dejar por escrito todo lo que tenía en mi cabeza. No solo quería verla retorcerse entre mis brazos. Tenía que verla agazapada, con las piernas flexionadas y pidiendo por ese placer desconocido al que tanto le tenía ganas.

Una vez que volví al punto de inicio decidí desviarme un poco hasta su monte de venus. Me atreví a darle un beso sonoro sobre la tela que me alejaba de aquella parte de su cuerpo que tantas ganas tenía de degustar. Spring encogió un poco las piernas, acaricié con mis manos sus muslos y tiré hacia mí soltando un profundo suspiro.

—Pararé si me lo pides. —Mi iris castaño se nublaba, solo pasar mi dedo índice por su hendidura y verla encogerse provocaba que mi entrepierna dejara de estar adormecida—. Pero no voy a hacerte daño.

—No soy tu cena.

—Toda flor tiene su propio néctar y estoy seguro de que tú tendrás el tuyo.

Antes de que pudiera replicarme deslicé las manos por la parte inferior de sus piernas, apoyé sus pies en mis hombros y me incliné sobre aquel pequeño pastel que estaba deseando saborear. Dejé un reguero de besos sobre su vello castaño, la sentía inquieta y quizá algo incómoda, pero la haría relajarse. Mi lengua danzó desde el inicio de su intimidad hasta el final de ésta. Spring se apoyó en sus codos, no parecía muy cómoda estando tumbada. Me centré en mimar sus pliegues, degusté ese dulce sabor que se me quedaba en el paladar. Tracé círculos en el centro de su placer provocando que su piel se erizara y que no supiera donde agarrarse.

Esta vez decidí aferrarla por los glúteos, la acerqué más a mi boca e insistí en mis movimientos. Cuando escuché sus «Espera, no puedes hacer eso», supe que la desesperación la hacía restregarse contra mi rostro.

No me lo pensé, mis dedos juguetearon con la parte más sensible de ella. Verla tan desesperada retorciéndose por unas caricias mías empezaba a desesperarme. Introduje un dedo en su interior, lo moví a la par que mi lengua y supe que más que ella, yo estaba perdido.

—¡B-Bryce!

Gimió de manera ahogada. Su timidez iba evaporándose como si

se tratase de una neblina que empañaba su mirada. Me habría encantado hacerla tocar el clímax solo con ello, pero era su primera vez y quizá no disfrutaría lo suficiente de un segundo asalto.

—Mi pequeña Perséfone —dije de manera aterciopelada. Me puse a su altura disfrutando de su iris vidrioso por el placer que sentía. Mi mano se entrelazó en su pelo, le regalé una pequeña sonrisa y besé sus labios con suavidad—. ¿Seguro que quieres conocer el Inframundo?

—Sí.

—No habrá vuelta atrás —le advertí con cautela—. Si después quieres seguir los pasos que creías correctos no…

—Te quiero a ti. —Se sentó en la cama sin dejar de rozar sus piernas—. No me importa si tienes una corona sobre tu cabeza, si tu piel está repleta de tinta o si me quebraré en mil pedazos: no te detengas ahora.

—Maldita sea…

Tiré de mi bañador con cierta brusquedad, el roce de la tela comenzaba a molestarme. Liberé mi erección un poco aliviado, la acaricié con suavidad intentando controlar mi impulso de acabar cuanto antes.

Me centré en mimar su blanquecino cuello con un reguero de besos que aseguraban que esta no sería la última. Se suponía que para mí podía ser importante tener un revolcón con alguien que me gustaba de verdad, pero lo duradero y yo no íbamos de la mano. Además, ella volvería a su vida perfecta cuando se diera cuenta de que era un capullo más dentro de un horrible campo de nabos. Así que no debía hacerme ilusiones, no otra vez.

Unos dedos que no eran los míos rodearon mi pene, desvié la mirada hacia aquella erótica escena sin saber dónde esconderme. Spring me miraba confundida, no estaba segura de sí aquello que hacía era lo correcto. Le dediqué una reconfortante sonrisa, apoyé mi mano sobre la suya y la guie en su deseo de poder tenerme a su merced.

—Si haces un leve vaivén me desesperarás. —Nuestras manos descendieron hasta mi glande, para después volver a ascender—. ¿Ves? Así.

—¿Te gusta si lo hago lento?

—Sí. —Mordí el lóbulo de su oreja haciéndole dar un respingo—.

Prepárame para meterme dentro de ti.

—Pero…

—¿Es lo que quieres?

Ella asintió sonrojada, se inclinó sobre mi torso y dejó que sus finos labios humedecieran de besos mi piel. Cerré los ojos disfrutando de sus atenciones. Siempre solía ser lo mismo: ellas me admiraban, se agachaban, un polvo rápido hasta la próxima… si es que la había.

Mi pequeña reina del Inframundo insistía en regalarme todos esos caprichos que tanto me gustaban. Me hacía débil con sus diminutas manos. Jadeaba contra su pelo sin dejar de acariciar su espalda, incluso consideré que los cordones de su bikini eran innecesarios: quería venerarla, admirarla y tenerla solo para mí.

Spring pareció entender mis breves pautas, notó como mi respiración se volvía irregular por lo que aumentó el ritmo con insistencia para hacerme tocar el cielo. Pensé que aguantaría con su inocencia, pero si seguía viendo cómo se humedecía su entrepierna por el mero hecho de tocarme perdería la razón.

Tuve que retroceder para controlarme, besé su frente para que no se preocupara y volví a rebuscar en los bolsillos de mi bañador.

—¿He hecho algo mal?

—No, cariño. —Tanteé mi cartera, la abrí de manera torpe dando con el condón que siempre solía llevar conmigo. Lo rasgué con los dientes, lo acomodé como pude sobre mi erecto miembro y le dediqué una sonrisa de medio lado—. Pero te deseo tanto que no podré controlarme. Ahora ven aquí, voy a enseñarte lo que tú y yo podemos hacer juntos con esta condenada atracción.

Abrí sus piernas, me acomodé entre ellas y me rocé notando esa calidez que tanto echaba de menos. Llevaba días deseando terminar de aquella manera. Cada vez que me iba a dormir a mi condenado sofá ella aparecía con su inocencia haciendo tambalear todo mi mundo. Por eso le dediqué todos aquellos susurros que supe que la tranquilizarían, incluso me atreví a hacerme paso en su interior tarareando una absurda canción que le sacaba una bonita sonrisa.

Entrar en ella fue un pase directo y sin escalas hacia el infierno. Mi cuerpo estaba perlado de sudor por el esfuerzo, una vez que sentí que estábamos unidos, entrelacé sus manos con las mías. Agradecí que la tensión de su cuerpo no le hiciese sufrir aquel momento, di una

embestida y decidí moverme antes de que el dolor fuera incómodo e insoportable.

Un par de lágrimas escaparon de sus ojos castaños, las besé sin miedo a que me consideraran débil por ello. Lo interesante del sexo era poder disfrutar de cada rincón del cuerpo de la otra persona si ambas estaban de acuerdo y si ninguna de las dos sufría. Por eso liberé una de sus manos para aferrar con mis dedos uno de sus glúteos, lo apreté tan fuerte que le robé un jadeo, pero no me importó: mi intención aquella noche era dibujar constelaciones, no cicatrices.

—¿Te duele?

Spring negó con la cabeza. Estaba más pendiente de no desatenderme antes que lidiar con cualquier malestar de su cuerpo. La hice girar entre mis brazos, la senté sobre mí y la guie de manera pausada para que pudiera darme placer.

Una vez que la tuve encima pareció disfrutar de la postura. Era como si le diese mucha más valentía que estar tumbada y a expensas de lo que yo pudiera propinarle. Aquella mujer era demasiado bonita, observarla bailar sobre mi miembro era lo más erótico con lo que jamás había disfrutado. Entrelacé su cabello en una de mis manos dejando su cabeza un poco tirante. Ella no dejó de moverse, incluso aumentó el ritmo desesperada: el clímax estaba cerca y lo notaba.

Acaricié la parte más sensible de ella regalándole un mar de sensaciones que se aferraban a su cuerpo como una segunda piel. Contrajo los dedos de los pies esperando llegar a ese punto cúlmine que la haría sentir aliviada. Me atreví a moverme un poco más brusco gimiendo al compás de sus ruegos sin importarme el ruido del cabecero, ni si alzaba la voz demasiado.

—C-Córrete conmigo, Pers.

Sus pequeños brazos me rodearon el cuello con desesperación, movió un par de veces las caderas hasta que el mundo tembló y con él se llevó cada una de las tensiones que se ataviaban a su piel como cada uno de mis tatuajes.

Caímos en la cama exhaustos. Spring me miraba con una bonita sonrisa en sus labios, la acomodé sobre mi pecho dándole un pequeño beso en la cabeza.

Por fin había conseguido lo que deseaba, tenía a aquella mujer que tanto había llamado mi atención entre mis brazos y solo hasta ese

momento no me había dado cuenta de lo peligroso que podía ser ese diminuto detalle.

Capítulo 10

Secretos de familia

Una sonrisa radiante bailaba por mi rostro proporcionándome una luz tan intensa que ni siquiera me hizo falta que amaneciera. Me sentía dentro de una burbuja, ni siquiera sentía el peso de mi cuerpo en cada paso que había dado para llegar a Lincoln Boulevard.

La noche con Bryce fue parte de un sueño, de aquellos que no existen y que añoras de niña. Recuerdo a esa parte más pequeña de mí a última hora del día. Siempre correteaba por el apartamento donde vivía con mi padre. Me subía como podía a mi cama con dosel de cortinas rosas y esperaba que Brandon Cooper se sentara en el borde, me arropara y me contase un cuento.

El tintineo de las llaves me recordó que acababa de abrir la puerta. Esperaba no tener que darle explicaciones a Bethany tras mi noche por Venice Beach, pero si era sincera conmigo misma quería contárselo todo.

Estaba emocionada. Extasiada y eufórica. Dejé de ser una bonita pieza en un tablero para respirar con vida propia.

—¿Beth?

Los primeros rayos de sol comenzaban a dar color a la parte baja

de la casa. Miré de manera fugaz hacia la escalera de caracol que conducía a las dos diminutas habitaciones que se encontraban al final de ella. Me resultó extraño no escuchar los gritos eufóricos de mi sobrina al oír un mínimo ruido, ni tampoco las protestas de mi hermana tras haberse despertado cinco minutos antes de que sonara la alarma.

—¿Beth? —la llamé de nuevo—. ¿Mía?

Preocupada miré en la cocina, quizá estaban preparando tortitas o llegando a un acuerdo para que la pequeña quisiera ir a colegio.

Nada.

El corazón me latía desesperado dentro del pecho. Me parecía demasiado extraño que el silencio reinara en el apartamento. Sabía que Jorell no se quedaría con nosotras mucho tiempo, así que no me sorprendió no ver su diminuta maleta en la casa.

¿Y ellas donde se encontraban?

Me dejé caer en el sofá sin saber muy bien a quien llamar. Mi lista de contactos destacaba por ese «A. Papá» y los que le seguían eran algunos compañeros de mi promoción, unos cuantos inversores, además de mi hermano.

Si quitaba eso, ¿a quién tenía realmente?

Un último vistazo por la estancia me hizo darme cuenta de un pequeño papel mal recortado y repleto de una caligrafía que debía ser la de mi hermana. Me incliné hacia adelante, el color rojo de las letras me hizo engurruñir un poco los ojos. Parpadeé un par de veces y me dispuse a leerlo:

> Mía está muy enferma.
> Estoy en el hospital Monterrey, a unos trece minutos en coche.
> No te sientas culpable, no lo sabías.

Abrí los labios absorta por la noticia. Era muy fácil despreocuparse si no me importara mi sobrina, pero había estado bailando en Venice Beach. Disfruté de la piña colada al lado de la hoguera y me bañé en el mar entre carcajadas besando a Bryce Evans.

«Y de mientras ella pasándolo mal, claro».

No iba a quedarme de brazos cruzados, ascendí a mi improvisada habitación, me di una ducha caliente y llamé a Jorell para que me llevase lo más rápido posible. Al no contestarme busqué la mejor

combinación de transporte público para llegar al hospital. Cuando vi que tendría que coger dos autobuses distintos y que tardaría una hora y media opté por un Uber. Me importaba muy poco el dinero que empleara en llegar. Mi familia era lo suficiente primordial para mover cielo y tierra si era necesario.

El señor que me recogió se llamaba Elton Dayson, un hombre de tez oscura que intentaba conseguir el mayor dinero posible para dar de comer a sus hijos. Me encantó que fuera tan cercano conmigo: si no me hablaba de los trastos que eran sus pequeños, movía la cabeza eufórico al compás de los acordes de Rihanna.

Hubo un momento en el que me atreví a seguir sus movimientos de brazos al ritmo de *Don't stop the music*. Una punzada de irresponsabilidad me hizo daño en el pecho. Debería estar conteniendo las lágrimas, no disfrutando de un momento de felicidad cuando Beth no lo estaba pasando nada bien.

Me despedí del conductor asegurándole que tendría un gran día si seguía cantando tan efusivo a cada cliente, le di algo de propina para que pudiera llevarle a sus niños una caja de dulces y entré en el hospital engurruñendo la nariz por aquel profundo olor a antiséptico. Pregunté en información por la localización de mi sobrina, no tardaron en decirme que se encontraba en la planta cuatro donde le estaban haciendo algunas pruebas. Corrí hacia el ascensor como alma que llevaba el diablo, llamé de nuevo a mi hermano sin éxito y subí las cuatro plantas con la única intención de dar con Bethany.

Cuando las puertas metálicas se abrieron seguí el cartel que llevaba a la sala de pruebas. Una hilera de sillas azules vacías me dio la bienvenida. En la mitad del pasillo con su bonito pijama de corazones se encontraba mi hermana con una chaqueta vaquera caminando de un lado a otro.

—¡Beth!

Ella se giró, deshizo la pose tensa que la mantenía entera y me estrechó entre sus brazos como si realmente lo necesitara. Bethany solía destacar por su carácter mordaz, su lengua viperina, además de su gesto un tanto soberbio. Todo aquello se había evaporado de un plumazo como si jamás hubiese sido parte de ella. Alcé mis manos por su espalda para infundirle fuerzas, la conduje hacia uno de los asientos y me acuclillé delante de ella.

—¿Qué ha pasado?

—Mía llevaba un tiempo presentando unos síntomas extraños —comenzó a decir con la voz temblorosa—. A veces le salían manchas rojas en la piel, bajaba de peso con mucha facilidad, tenía fiebre o en las analíticas presentaba una anemia que no era acorde a su alimentación. C-Cuando nos fuimos a dormir estaba bien, me dijo que le dolía la parte izquierda del cuerpo, pero no le tomé importancia hasta que se puso a llorar de madrugada.

—¿Han dado con algún diagnóstico?

Mi hermana escondió su rostro entre las manos, su llanto no tardó demasiado en erizar mi piel. Me temí lo peor, por lo que apoyé la cabeza en sus piernas sintiéndome esa niña pequeña que siempre era para ellos.

—Policitemia vera. —Tragó saliva—. Un cáncer en la sangre.

Se me cayó el alma a los pies al escuchar su respuesta. No supe cómo reaccionar, incluso pensé que decir lo mucho que lo lamentaba no era suficiente. Nadie debía pasar por un dolor así, la pequeña tenía solo cinco años, no había vivido lo suficiente para tener que lidiar con una enfermedad.

—¿V-Van a darle algún tratamiento?

—Sí, van a probar con una medicación para reducir los glóbulos rojos en la médula ósea. —Se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y me miró—. Pero están barajando la posibilidad de un trasplante para ver cómo reacciona su cuerpo. Un niño con esta enfermedad no vive más de veinte años, Spring. No puedo enfrentar algo así… puede empeorar a una leucemia.

—Tranquila, haremos todo lo posible para que tenga todo lo que necesita —dije controlando el aleteo de mi corazón—. ¿Vas a donar tú?

—N-No puedo hacerlo por mi hipertensión. —Entrelazó las manos para dejar de arrancarse los padrastros que tenía en las uñas—. H-He pensado en llamar a mamá, pero con su tratamiento tampoco podrá y no sé si llamar a su padre.

—Puedo hacerlo yo —contesté para que no tuviera que enfrentarse a ningún momento incómodo más—. O, ¿es necesario que sea el padre por si ha sido una enfermedad heredada?

—Este tipo de afecciones no se pasan de padres a hijos. —Beth se

levantó, alzó sus mechones castaños tan similares a los míos recogiéndolos en un improvisado moño y cogió aire—. Aunque no le importe, me quedaría más tranquila que estuviese a disposición de las enfermeras por si necesitan algo.

—¿No quieres acudir a él porque te lo echará en cara?

—No es eso. —Negó con la cabeza—. Nuestra historia acabó hace mucho tiempo. Decirle que tiene una niña que nos ata cuando nos dijimos adiós hace tanto no sé cómo le sentará.

—¡Eso es lo de menos ahora mismo! —Los ojos verdes de Bethany se posicionaron sobre mí, estaba asombrada por mi muestra de iniciativa—. Creo que los dos sois adultos para poder dejar a un lado el dolor y enfrentar lo que está pasando.

Ella se mordió el labio inferior dudosa, soltó el aire que estaba conteniendo y buscó en su bolso el teléfono. Antes de deslizar sus dedos por la pantalla, alzó la barbilla temblorosa, no sé si fue mi impresión o era vergüenza lo que veía en ella.

—Tengo miedo, Spring. —Hizo una breve pausa—. No sé cómo enfrentar esto.

—Puedo hablar con él si no te sientes preparada.

—Pero yo… —Cerró los ojos durante unos segundos, acarició sus párpados y enfrentó ese horrible pavor que se había aferrado a su rostro—. Voy a llamarle. ¿Me das un segundo?

Asentí quedándome algo rezagada. Desde mi posición vi a una mujer dolida que no quería discutir. No sé si le estaría rogando, si le pediría una tregua o simplemente querría su apoyo en un momento así.

Fui a por un café, iba a ser una noche muy larga.

***

Jorell irrumpió en la planta número cuatro dando unas zancadas tan grandes que me pregunté si también se atrevería a tirar las puertas de la sala de pruebas. Uno de los médicos nos había asegurado que Mía se encontraba estable, pero debían subirla a planta. No quisimos movernos por si la pequeña se encontraba despierta y se asustaba por

ir en una camilla sola. Estaba demasiado acostumbrada a estar con mi hermana, no deseábamos que se sintiera abandonada en un lugar extraño para ella.

—¿Dónde está? —La voz de mi hermano fue autoritaria. Más de una vez había escuchado en boca de los demás que solía ser algo capullo, pero jamás le había visto de aquella manera—. ¿Y Mía?

—La van a subir a planta en breve.

—¿Estás feliz ya?

No sabía cómo reaccionar a aquella pregunta, si se refería a mi salida de la noche anterior, él me había incentivado a ello. No esperaba que fuera tan idiota de pedirme explicaciones por algo que no le afectaba.

—Si lo dices por mi salida a Venice Beach, no creo que sea el momento de hablarlo.

—No es a ti. —El iris verde de Jorell estaba fijo en Bethany, supuse que le diría lo imbécil que era por despertarle a esas horas, pero cuando puso las manos sobre sus hombros y la sacudió me tensé —. Siempre has sido una maldita cobarde.

—Jorell.

—No. —Beth me detuvo con una mano—. Déjale.

—No solo desapareciste sin más —contestó en voz alta mostrando un dolor tan profundo que parecía que iba a encogerse en cualquier momento—. Tuviste una hija mía y me lo dices cuando siempre he pensado que me engañaste.

Por un momento dejé de respirar. Abrí los labios para intervenir entre ellos, pero no sabía qué decir. Jamás consideré que el gran amor de mi hermano mayor fuera Bethany. En más de una ocasión le escuché hablar sobre lo detestable que era el amor, que te hacía débil y moldeable. En cuestión de negocios podía ser muy beneficioso, sin embargo, en temas más personales era como recibir mil puñaladas.

—¿Y qué esperabas? —preguntó frustrada—. ¿Pensabas que nos casaríamos y seríamos felices? Siempre estaremos en el punto de mira. Prefiero tener la fama de ser una mujer fácil antes de que esto pueda perjudicarnos.

—¡¿Perjudicarnos?! —gritó tan consternado que el contacto que tenía con ella parecía quemarle—. Prefiero ser sincero conmigo mismo y no vivir una mentira. No te preocupes, hiciste todo lo posible para

que no quede nada bueno de mí.

Jorell rio de manera irónica, no podía dar crédito a aquella revelación. Intentó echarse sus mechones castaños hacia atrás con la intención de que sus lágrimas pasasen desapercibidas.

—Ahora entiendo por qué usas el apellido de tu madre.

—Siempre lo he usado porque Brandon no es mi padre. —Se atrevió a dar un paso hacia adelante—. Me importa poco lo que puedas pensar de mí en estos momentos. Sé que te hice cenizas entre mis manos y que jamás me lo perdonarás. Lo único que te pido es que me ayudes en todo esto.

—No tendrías ni que pedirlo —zanjó el tema—. Nunca.

Él giró sobre sus talones sin mirarnos a ninguna de las dos. Hasta ese momento no me había dado cuenta lo mucho que echaba de menos sus besos de despedida. Deslicé mi mirada con lentitud hacia mi hermana. Por su forma de verlo marchar sabía que no se sentía orgullosa. Creo que pensó que la juzgaba, por eso encogió los hombros como si tuviera la necesidad de esconderse.

—Dilo de una vez, S. —Soltó todo el aire que estaba conteniendo —. Pregunta por qué tus hermanos, esos que tantas veneras, han terminado así.

—Bethany. —Extendí las manos para coger las suyas. Era cierto que quería saber por qué surgió ese amor entre ellos, pero no consideraba que fuese el momento—. Eso no es lo más importante ahora. No tengo que juzgar vuestras decisiones como si fuera algo malo.

—Lo es —susurró—. A ojos de todo el mundo lo es.

«Por eso lo has estado ocultando, por el qué dirán».

No dije nada más al respecto, acorté la distancia entre nosotras y entrelacé mis dedos con los suyos. Las puertas de la sala de pruebas se abrieron de par en par; Mía yacía dormida en la camilla. Habría sido sencillo agarrarle sus pequeños dedos para que encontrase apoyo en nosotras. Sin embargo, lo más triste de que la subieran a planta fue ver a mi hermano roto de dolor por ignorar a su hija, a mi hermana destrozada por su salud y a mí sintiéndome perdida entre unos secretos de familia que no esperaba.

Capítulo 11

Un número más

*B*ryce

Shelly había insistido en hacerme una visita y una parte de mí se ilusionó al oír su voz. Tendría que haberme aferrado a esa faceta de tío duro que provocaba tanto miedo a la gente. Así disfrutaría de mi café en la diminuta terraza de Zander sumido en mis pensamientos, mientras me recordaba que debía tomar una decisión acerca de mi autoexilio. Como era idiota la llamada de mi ex prometida provocó un nudo en mi estómago. Pensé que quizá se retractaba de su decisión, que se disculparía y que quizá podría desear una nueva oportunidad conmigo.

Emocionado por mis propias ideas decidí darme una ducha para quitarme todo rastro de Spring de mi cuerpo. Froté cada parte de mi piel con la esponja que mi colega había comprado para mí con la esperanza de que desaparecieran sus caricias. Me hice daño, pero intenté no darle importancia a los regueros rojizos que dejaba a mi paso. Tenía que dejar de centrar mi corazón en las personas que estaban de pasada en mi vida. Lo que ocurrió la noche anterior solo fue desliz, dimos rienda suelta a una pasión que seguramente ya se

habría evaporado.

Después de todo yo funcionaba con juegos improvisados. Una vez que llegaban a su fin me centraba en uno nuevo, así solo tenía que preocuparme por mis sentimientos.

—¿Has quedado? —Zander entró en el baño rascándose el culo, cogió del armario su cepillo de dientes y miró su rostro adormilado en el espejo—. Seguro que ni has comido.

—Son las cuatro de la tarde —contesté aclarándome la maraña de pelo intentando no darme ningún tirón—. Hace años luz que comí. ¿A qué hora llegaste anoche?

—Empiezo a sentirme dentro de un matrimonio.

—No te iría mal, quizá así encontrarías quién eres exactamente.

Zander sacó el cepillo de su boca y se cruzó de brazos esperando una respuesta coherente de mi parte. Le miré de soslayo, sabía cuánto le ofendía que le dijera lo crío que era en muchos aspectos, pero no quería que se diera de bruces con la realidad.

—Estoy un poco hasta la polla de tus paternalismos —explotó frunciendo el ceño—. Te recuerdo que no he juzgado en ningún momento lo que hiciste con Winter y desde que has llegado tú si lo haces. ¿Por qué no me dejas respirar, Bryce?

Salí de la ducha dando por finalizado mi momento de relajación, extendí la mano para atrapar una toalla y le miré fijamente.

Tenía razón. No era la persona idónea para dar consejos, pero como una vez le dije a Nathan, me preocupaba por mis colegas.

Por todos por igual.

Una vez temí que Nathan se enamorara de una tía que no se daba cuenta de su presencia, ahora me preocupaba que mi colega se metiera en problemas para dar a entender que él también existía.

—Es que si me la hubiera follado podrías señalarme —aclaré—. En cambio, tú te estás tirando a una tía que no te mira como si fueras una polla con ojos: te observa a ti y prefieres seguir riéndole la gracia a tus colegas con sus mierdas de gorilas de instituto antes que quedarte con lo que merece la pena.

—No voy a ser invisible porque te guste llamar la atención.

—¿Eso piensas? —Una carcajada estridente escapó de mi garganta, anudé la toalla a mi cintura y fui yo quien me crucé de brazos—. Déjame decirte una cosa, no gano nada escondiéndote en un

rincón. Lo único que me inquieta es que te metas en algún problema que te deje marcado para siempre por perseguir a cuatro gilipollas que no saben qué hacer con su vida. Pero, como de costumbre, piensas como Nathan y Vincent, que lo único que me importa es tirarme a vuestras chicas. Es cierto que me encantaba molestar a Autumn, pero respetaba lo suficiente a mi colega como para acostarme con ella. Aparte, hay algo en lo que ninguno de los tres habéis pensado: si una tía me dice que no, no pienso tocarla.

—No quería decir que fueras un…

—¿Un capullo que fuerza a las tías? —Ladeé la cabeza sin dejar de escupir veneno por mi boca—. Me da igual sonar como un soberbio en estos momentos, pero toda mujer que ha terminado en mi cama ha sido porque ha querido y tratarme como una mierda no va a cambiar ese hecho.

—Oye B, no…

Fingí una de mis mejores sonrisas. Había perdido por completo mi paciencia, le enseñé mi dedo corazón antes de que siguiera hablando y salí al salón como alma que llevaba al diablo:

Por todas estas mierdas prefería abrazarme a alguien que quisiera lo mínimo de mí.

***

La fachada de Cora’s Coffee Shoppe no le hacía justicia a aquella bonita terraza interior de mesas de madera, sillas de jardín y asombrosas paredes abrazadas por las ramas de los árboles.

Cuando puse un pie dentro de aquel improvisado invernadero con enormes cristaleras donde se observaba los aparcamientos me sentí como si estuviera dentro de Palisades Park. Hice un barrido visual, no estaba demasiado lleno. Había clientes salpicados por algunas mesas, pero yo solo me centré en aquella mujer de ojos claros que había alzado la barbilla para dedicarme una sonrisa. Acorté la distancia con ella sintiendo cómo mi corazón se aceleraba. Llevábamos sin vernos desde hacía medio año. En aquel tiempo no nos pusimos en contacto, la verdad es que saber algo de ella me hacía bastante feliz.

—Señor vikingo.

—Tarta de fresa. —Ella abrió la boca ofendida cuando le acaricié sus mechones rosa pastel—. ¿La próxima vez de qué color serán?

—Puede que violetas.

—No me sorprendería.

Shelly sacudió la cabeza haciéndome una reverencia para que me sentara enfrente de ella. Estaba preciosa con sus trenzas de raíz, las estridentes sombras de neón y su vestido de vuelo. Pedimos un par de cafés. Por supuesto, ella acompañó el suyo con unas tortitas con miel y arándanos. Me habría encantado comerme unas parecidas, pero tenía el estómago algo encogido por el encuentro: no esperaba volver a verla, así que estaba algo inquieto.

—¿Has hecho tantos kilómetros para venir a verme?

—¿No puedo? —Parpadeó ella mostrándome sus extensiones de pestañas—. He venido a visitar a un amigo que no veo desde hace mucho.

«Un amigo. Así que no has venido para retomar nuestra relación».

—Sinceramente no lo entiendo. —Me eché hacia atrás un poco incómodo—. La última vez que nos vimos te di un no frente a un juez porque sabía que me estabas engañando.

—Supongo que ha sido un poco atrevido por mi parte venir a buscarte, pero necesitaba pedirte un favor.

Fruncí el ceño sorprendido, no esperaba que su visita hubiese sido con la intención de que le proporcionase algo. Me sentí algo imbécil por esperar una relación duradera de su parte cuando se había estado acostando con Jenna mientras se probaba el vestido de nuestra boda.

«Vuelves a caer en lo mismo de siempre, Bryce».

—Te escucho. —Mis dedos tamborilearon sobre la mesa, con mi mano libre deslicé el café suavemente sobre mis labios—. Aunque espero que no sea dinero.

—Quería pedirte que me dieras un hijo.

El líquido se me fue por el otro lado, tosí inquieto hasta inclinarme sobre la mesa. No sé si esperaba una disculpa, una leve esperanza porque todo fuese una broma o simplemente no ahogarme. Las lágrimas me escocieron, cayeron por mi rostro dándome un aspecto tan penoso que si fuera otra persona ya me habría levantado llamando la atención de todo el mundo.

—Creo que no te he escuchado bien.

—He pensado que ya que no te sueles atar a nadie… —La forma de empezar su discurso me encogió por completo el estómago, alejé la taza lejos de mí e intenté mantenerme impasible—…, podrías concederme ese pequeño privilegio. Jenna y yo vamos en serio, estamos pensando en casarnos este próximo verano. También nos gustaría tener hijos, por eso consideré…

—¿Qué el gilipollas de tu ex prometido diría que sí con tal de volver a acostarse contigo?

Ella se quedó muda por la forma en la que escupí mi pregunta, no iba a demostrarle cómo me temblaban las manos por su estúpida proposición.

—Bueno, no sueles tener sentimientos por nadie —aseguró dejándome sin aliento—. Ni te inmutaste cuando supiste lo que existía entre nosotras. Además, al día siguiente estabas acostándote con Gretchen, la chica de la crepería.

—¿Ahora resulta que para ser considerado buena persona tengo que mantener un luto cuando me pusiste los cuernos? —Enfaticé mi ironía moviendo demasiado las manos—. Siento decirte que los tíos no somos de piedra y que cada uno lidiamos con nuestra mierda lo mejor que podemos.

—Tú no tienes de eso, Bryce. —Shelly se echó hacia adelante—. Los tíos como tú solo esperan tener la siguiente conquista.

—No voy a quedarme escuchando esto. —Arrastré la silla sin dejar de negar con la cabeza, no solo mi amigo me juzgaba, ahora la mujer por la que lo había dejado todo también—. Estás siendo egoísta.

—Todas las personas lo somos. —Se levantó—. Voy a quedarme unos días, te daré ese tiempo para que te lo pienses.

Aturdido por la conversación me dirigí a mi coche sin estar de acuerdo. La sensación me resultó horrible. Era como haber bebido sin haber ingerido ni una gota de alcohol. Me quedé apoyado en la puerta del piloto inspirando todo el aire que creí perdido. Necesitaba despejar mi cabeza, mantener lejos cualquier pensamiento juicioso que pudiera destruirme, porque ya tenía suficiente.

Por inercia cogí mi teléfono, busqué su número en mi agenda y le mandé un mensaje con la dirección del apartamento de Dillian. Estaba seguro de que no se negaría, la inocencia de Spring la llevaría a mis

brazos sin importar lo peligroso que suponía tener a un hombre herido queriendo perderse en su piel.

***

Cuando el timbre sonó estaba lo suficiente dolido para pensar en cada uno de mis movimientos. Abrí la puerta de una forma tan acelerada que ni siquiera me fijé en sus facciones repletas de culpa y desesperación. La acorralé contra la puerta, busqué aquellos finos labios que me hicieron perder la razón y cuando me recibió pasando los brazos alrededor de mi cuello sentí que podía respirar desde que supe las intenciones de Shelly.

La alcé enroscando sus piernas alrededor de mi cintura. Ella se separó unos centímetros para dar voz a unas palabras que era incapaz de escuchar. Tiré de los botones de su camisa vaquera, presioné mis labios por encima de sus pechos y mi lengua buscó perderse en el sabor de sus pezones a pesar del sujetador.

Spring echó la cabeza hacia atrás, sus gemidos fueron una dulce melodía para mis oídos. Volvió a su posición original, pero yo ya la había tumbado sobre el sofá y necesitaba hundirme en su interior.

«Gracias, Dill, por dejarnos siempre las llaves de tu casa como último recurso».

Hincó los codos para alzarse, se incorporó sosteniendo mi rostro entre sus manos. La yema de sus dedos seguía el camino de unas lágrimas que ni siquiera notaba. «Ssh, todo está bien», no dejaba de decir en un hilo de voz para aliviar la tensión de mis músculos. Parpadeé confundido cuando me vi sobre ella, había desabrochado los botones de sus vaqueros e incluso me había quitado la camiseta. Abrí los labios con la intención de decirle lo perdido que estaba, pero Spring me acomodó en su pecho, acarició mis mechones castaños haciéndome sentir protegido a pesar de que se me salieran los pies del sofá.

—Al parecer todo el mundo va a tener razón y solo soy un rompecorazones —dije en un hilo de voz—. Lo siento, no pretendía hacer nada que tu no quisieras.

—Llámame egoísta. —Mis ojos buscaron los suyos, la tristeza que reflejaba su iris marrón me rompió el corazón—. Pero quiero tenerte todas las veces que pienses en mí, no cuando tu mente esté en otro sitio.

—Lo siento —insistí —. Quería dejar de pensar y tenerte entre mis brazos era la forma perfecta de hacerlo.

—¿Por qué no juzgo tus acciones?

—Porque eres transparente, Spring.

Tarareó una melodía que erizó cada rincón de mi piel, enrosqué mis manos alrededor de su cintura. No quería alejarme de ella. Deseaba cerrar los ojos y que ese olor floral no desapareciera de mi mente.

—M-Mi sobrina está muy enferma. —Su voz se quebró, no tenía intención de derrumbarse por más que quisiera hablarlo—. No sé cómo debería ayudar. Siempre pensé que las familias eran una piña, pero los secretos nos alejan: no me siento suficiente para tomar una decisión.

—¿Es muy pequeña?

—Cinco años.

Presioné mis labios sobre su cabello castaño, olía a orquídeas y jabón. Cogí un poco de aire, la atrapé nuevamente entre mis brazos para que fuese ella la que terminase escondida en mi pecho.

—Si tu corazón te dice que te mantengas a su lado, hazlo. —Hice una breve pausa—. Si necesitas tiempo para afrontar la situación, descansa y enfréntala al lado de tu familia. Será una lucha dura, pero no te quedes con el que jamás pudiste hacer nada por medio.

—T-Tengo tanto miedo de tomar una decisión y equivocarme —admitió trazando círculos en mi pecho, ni siquiera se preocupó en acomodarse la ropa bien, estaba tan sumida en sus pensamientos que me limité a mirar hacia el techo—. Estaba acostumbrada a seguir los pasos que me dictaba mi padre.

—Las personas aprendemos a equivocarnos.

Ella asintió con ligereza, alzó un poco la cabeza para mirarme e hizo aquella horrible pregunta.

—¿Y tú por qué estás roto?

—Porque todo el mundo piensa que soy un capullo sin sentimientos.

Spring hizo una pausa intentando descifrar cualquier palabra que se reflejase en mi iris.

—Entonces creo que solo se han fijado en el exterior.

—Ese es el problema. —Reí sin ganas—. Para todo el mundo es más importante el físico que los sentimientos de una persona. Parece que no encaja que un tío como yo pueda sentirse traicionado, dolido o enamorado.

—Porque no te conocen lo suficiente.

Descendí mi mentón para poder observarla, estaba tan segura de lo que decía que negué con la cabeza.

—¿Y tú sí?

—Puede que no —respondió —. Lo único que sé es que eres la persona que despierta los colores de mi primavera. Me asusta y lo adoro a partes iguales. Sé que puede romperme el corazón, pero quiero vivirlo sin importar las consecuencias.

—Eso no es seguir unas pautas. —Su semblante fue sorprendido, no consideraba que su opinión la hiciese escapar de las pautas de su familia—. ¿Ves que puedes respirar sin que te den permiso para ello?

—Tú me enseñas a hacerlo.

—No, cariño. —Me incorporé un poco—. Has aprendido a hacerlo porque Santa Mónica te hace brillar.

—Bryce.

—¿Mmm?

—Eres tú quien me hace relucir.

«Qué curioso, contigo no me siento un número más».

Capítulo 12

¿Amigos?

Entrar en aquel establecimiento que tanto me había enamorado aceleró mi corazón. Miré alrededor sintiéndome una princesa que encontraba su lugar en el sitio más inesperado del mundo. Dejé los utensilios de limpieza en el suelo, me até el cabello en un improvisado moño y sonreí prometiéndome a mí misma que mi floristería estaría en boca de toda Santa Mónica.

Lo más importante en aquel instante era acabar con aquella capa de polvo, tierra y telarañas que le daban un aspecto lúgubre. Una vez listo, comprobaría que no existiese ninguna avería, así podría llamar a los pintores, a Maya mi decoradora favorita, además de traer los primeros productos.

—¿Has pensado el nombre?

No pude evitar dar un respingo cuando escuché la voz rasgada de mi hermano. Giré la cabeza y me encontré con un hombre de aspecto desaliñado, ojeras hasta las mejillas y ceño fruncido. Entró con un par de bolsas, imaginé que se trataba del plano de la distribución de la tienda, la pintura de color verde para el mostrador, además de la cinta de carrocero para no hacer ninguna trastada por mi parte.

—Eternity me parecía acertado, pero no sé si es demasiado simple.

—El baúl de los recuerdos —dijo él provocándome una sensación que me gustó mucho más que mi idea—. Las vitrinas las encargaremos cuando todo deje de estar hecho un desastre.

—¿C-Cómo estás? —Me atreví a preguntar con cierto temor—. Sé que no quieres hablar el tema, pero estoy preocupada.

Mi hermano suspiró, se apoyó en la pared sin importar la suciedad y se cruzó de brazos. Me causó demasiada tristeza observar como su iris verdoso se resquebrajaba. La última vez que le había visto así era demasiado pequeña para comprender que el corazón también puede doler por un amor no correspondido.

—La verdad es que no estoy bien. —Hizo una breve pausa—. A diferencia de Bethany, yo no me avergüenzo de mis sentimientos. Si tengo que admitir que me enamoré de ella, que fui un cabrón en Carter's y que he intentado olvidarla en la cama de cualquier otra mujer lo diré con la cabeza bien alta: siempre he odiado las mentiras.

—¿Puedo saber cómo sucedió?

—¿Lo nuestro?

Asentí, no quería que se sintiera juzgado por mi parte.

—Los primeros años no tuvimos demasiado relación —comenzó a decir perdiéndose en sus pensamientos—. Papá hablaba mucho de lo dolorosas que son las mentiras. Siempre me advirtió que los Cooper debíamos mostrar en todo momento nuestras cartas: si teníamos que hacer una escalera de color se la enseñaríamos al mundo en el momento idóneo. Cuando volvimos a casa no quería tener demasiada relación con ella, pero compartimos el mismo instituto en nuestra adolescencia e hicimos la misma carrera después. No sé en qué momento me pareció curiosa su forma de ir en contra del mundo. Le importaba una mierda si a nuestro padre le escocían aún las heridas, solo quería dejar de estar encasillada para poder florecer a su antojo. Pensé que odiaba ese hecho. Esa maldita independencia cuando debía estar orgullosa de quien era, sin embargo, nuestras peleas empezaron a caldearse de una forma tan visceral que tocamos nuestros labios, una cosa llevó a la otra y escondimos algo que surgió entre nosotros.

—Por eso no volviste a verla cuando se marchó.

—Bethany sabe bien cómo esconderse —rio sin ganas—. Puede hacer el mundo suyo con tal de ser independiente. Prefiere lamerse

sus heridas antes de mostrar un mínimo de debilidad.

—¿No imaginaste nunca que Mía podía ser tu hija?

Él negó con la cabeza con seguridad.

—Tuvo relaciones con otros hombres con tal de olvidar lo que pasaba —contestó sin más—. Solo odié que fingiera un amor que no existía, que considerara que era mejor asegurarme que estaba conociendo a alguien mientras yo le decía que nos marchásemos lejos. No sabes lo que me arrepiento de haber tratado a Mía como una mierda. Sé que una niña no tiene culpa, pero me he centrado tanto en ignorarla que…

—Aún no es demasiado tarde.

—Puede que no —admitió en un hilo de voz—. Pero me he perdido sus primeros cinco años de vida. Y no solo eso. Solo voy a poder disfrutar del dolor de mi hija porque su madre ha considerado que era lo mejor.

No quise posicionarme. Estaba segura de que lo que me contaba solo era el pico del enorme iceberg que los separaba. Me limité a coger su mano para infundirle fuerza, debíamos tenerla para enfrentar aquel inmenso dolor que parecía separarnos.

Cambié de tema. Me centré en contarle todos los cambios que quería hacer en el local. Es más, también le sugerí que podíamos contratar personal especializado en técnicas agrícolas para la elaboración de las rosas. Incluso pensé que Ryan Connelly podía mudarse a Santa Mónica para ser el jefe, por así decirlo, de aquel diminuto departamento.

Era cierto que me había contado sus estrategias para elaborar unas rosas repletas de sentimientos, pero si tenía a mi lado a alguien que vertía su amor en ellas podría asegurar la calidad. Por supuesto, eso no quitaba que fuese a romper mi promesa: le regalaría la más bonita rosa para que recordarse todo lo bueno al lado de su mujer.

A Jorell le pareció una gran idea tenerle cerca, pero me aseguró que arrancarle de aquel lugar que le hacía danzar en bucle sería muy difícil. Por eso le pedí algo de tiempo para tener la oportunidad de acelerar su corazón: aun no era el momento.

Pasamos la mañana limpiando. Me atreví a poner su canal de radio favorito para que aliviara un poco la tensión de sus hombros. Creo que resultó todo un éxito cuando me atreví a mirarle de soslayo

con la escoba en la mano siguiendo los acordes de la música con sus pasos. Puede que Jorell Cooper pareciera un monstruo a ojos de todo el mundo, pero yo conocía demasiado bien qué significaba ser perfecto con la única intención de hacer sentir orgulloso a tu padre. Y más aún cuando le habías visto llorar desconsolado por un amor que caducó antes de tiempo.

***

Mi móvil no había dejado de sonar desde el primer instante que puse un pie en Chevron. Me atreví en más de una ocasión a mirar de soslayo la pantalla con la esperanza de que Bryce no hubiese cambiado nuestro lugar de encuentro. Su nombre no aparecía en la pantalla de mi teléfono sino ese «A. Papá», que no dejaba de insistir en que deslizara mis dedos por el cristal para oír mi voz de nuevo.

Me daba muchísima vergüenza hacerlo. Sentía que había traicionado por completo los ideales que Brandon Cooper me inculcó siendo una niña. Si me atrevía a descolgar, regalarle un hola y actuar como si no sucediese nada no aliviaría la preocupación que seguramente hundía sus hombros. Ni tampoco la decepción que permitió que su iris castaño similar al mío dejase de brillar.

—¿Pers?

La voz de Bryce hizo reaccionar a mi cuerpo, le busqué entre la hilera de coches que estaban aparcados a unos pocos metros de la gasolinera. Una vez que me encontré con aquel hombre de brazos tatuados, media sonrisa y un tanto despreocupada, intenté desechar esa culpabilidad que me abrazaba cuando consideraba que no estaba haciendo lo correcto.

—¿Estás bien? —insistió alzando mi mentón con delicadeza—. Podemos posponerlo.

—No es necesario —contesté con rapidez—. Solo pensaba que la última vez que nos encontramos aquí me empujaste desde un avión.

El soltó una estridente carcajada, tiró de mi cuerpo y lo estrechó entre sus brazos. Olía a café y loción de afeitado. Me habría encantado esconder mi nariz en su cuello, aunque para ello debía mantenerme de

puntillas para poder acomodarme en aquel diminuto rincón de su cuerpo.

—Eres una exagerada, Spring. —Ladeó la cabeza con la intención de observar mi bonito vestido blanco repleto de flores—. ¿Me lo recordarás hasta el día que no quieras volver al Inframundo conmigo?

—Ten en cuenta que son situaciones que solo se viven una vez. —Apoyé la mano izquierda en mi cadera con cierta diversión—. Además, me has confirmado que no visitaremos a Ryan, así que vas a obligarme a hacer *puenting* sin cuerda.

Bryce contuvo su bonita sonrisa, esa que llegaba a sus ojos y les proporcionaba una aureola ambarina que me encogía el corazón. Extendió su mano hacia mí, no sé si tenía la intención de infundirme seguridad o solo quería camelarme para llevarme al fin del mundo.

«Aunque empiezo a pensar que iría con él sin dudarlo demasiado».

Nos subimos en su Mazda, hizo girar la rueda del volumen de la radio eclipsando el sonido predeterminado de mi teléfono y pusimos rumbo hacia la estatal de California, esa que parecía sacada de un cuento de hadas.

Condujo en silencio durante un par de horas. No lo supe por la hora que marcaba su ordenador de a bordo, lo deduje por el incómodo dolor de culo que sentía hasta el principio de la baja espalda. Me daba mucho apuro revelarle que mis incómodos movimientos en el asiento del copiloto se debían a eso, pero cuando detuvo el coche en medio de la nada, se apeó y abrió mi puerta, agradecí que se hubiese dado cuenta.

Si es que lo había hecho.

—Si no nos damos prisa no podremos comer en ningún sitio.

—Déjame estirar las piernas unos segundos y… —Parpadeé algo confundida, no fui yo quien le pidió que nos tomásemos unos minutos antes de continuar con la aventura—. No hemos parado por mí, ¿verdad Bryce?

—Sí —aseguró mordiéndose la mejilla con cierta diversión—. No estoy muy seguro si es que necesitas ir al baño o si tienes otro pensamiento en mente, pero no era mi prioridad.

—¿Y cuál es?

—Siéntate en el asiento del piloto, Spring.

Abrí los labios sin saber muy bien cómo defenderme. Deslicé mi

mirada hacia el asiento vacío, me reí esperando que dijera que era una de sus bromas, pero al ver cómo se apoyaba en mi puerta supe que no era un farol.

—No sé conducir, Bryce.

—Lo sé. —Hizo una breve pausa—. Por eso hoy voy a enseñarte.

—Estás de coña.

—Cariño, ¿cuándo lo estoy?

Me bajé acortando la distancia con él. Mi compañero de viaje no lo vio un inconveniente, junto su frente con la mía con la intención de enfrentarme y mordió la punta de mi nariz. Ofendida levanté la barbilla. No sé si esperaba que se escondería si le fulminaba con la mirada, lo único que sucedió fue que el aprovechó para atrapar mis labios con los suyos de manera fugaz.

El mundo pareció tambalearse a mi alrededor, busqué la suavidad de su boca para que aquel momento no fuese tan breve, Bryce dio un par de pasos hacia atrás. Volvió a dedicarme ese gesto burlón que me hacía gemir frustrada; me condujo hasta mi lugar delante del volante mientras que él se convertía en aquel profesor tocapelotas que deseaba que siguiera sus pautas a rajatabla.

—Apoya el pie hasta el final en el embrague —dijo sosteniendo el freno de mano—. También en el pedal del freno para que no se vaya el coche hacia atrás. Arranca y mantenlo durante unos segundos.

—Bryce, no he cogido un coche en mi vida. —Mi voz sonaba resquebrajada, tenía tanto miedo de que nos estrellásemos que no sabía dónde esconderme—. Deja que me baje.

—Sé que puedes hacerlo. —Se inclinó para dejarme un beso en la sien—. Estas son mis pautas, solo tienes que seguirlas.

Cogí aire haciendo girar la llave, el motor rugió dándome a entender que estaba despierto y preparado para nuestro paseo. Dejé de presionar el freno para darle con suavidad al acelerador. Fueron unos toques, tan leves que nos habría adelantado cualquier tortuga del continente.

—Una vez que cojas un poco de velocidad, cambias de marcha. —Su tono fue dulce, intentaba aliviar la rigidez de mis brazos. No me atrevía ni siquiera a mirarle de manera fugaz, pensaba que cualquier movimiento inadecuado haría que nos estrellásemos—. Pon el pie en el embrague. Sí, en el primer pedal. Presiona hasta el fondo, cambias a

segunda y vas dejando de hacer fuerza para solo centrarte en el acelerador. Una vez que tengas el manejo solo es seguir el control de velocidad que te ponga en las señales: puedes hacerlo, yo confío en ti.

—No sé si me alegra que tengas una fe ciega en mí.

—Deberías.

Mi primera vez conduciendo no se diferenciaba demasiado a mis persecuciones en los coches de las recreativas. En ellas solía chocarme con todo, perdía la noción del tiempo y dejaba de perseguir al sospechoso. En este caso solo parecía que estábamos dentro de una tetera que iba a chillar en el momento que entrase en ebullición. Se me paró un par de veces, quise desistir, pero no me lo permitió.

En mi cuarto intento por retomar nuestro camino ya se me hacía un poco más fácil. No estaba dentro de ninguna realidad virtual. Cada vez que quería girar, descender la velocidad o cambiar de marcha él me recordaba cómo debía hacerlo. Creo que hubo un momento en el que empecé a disfrutar de la brisa acariciando mis mechones castaños. Incluso me atreví a chapurrear algunas canciones en español que él pronunciaba sin problema y a mí me costaba el mundo entero.

Cuando me atreví a centrar mi preocupación en la carretera me percaté de que habíamos hecho unos cincuenta kilómetros desde nuestra última posición. Bryce parecía tranquilo, no dejaba de hablarme de manera casual como si conducir estuviese dentro de mi ADN. Sacudí la cabeza preguntándome en qué momento perdí la cabeza de aquella manera. Yo no me saltaba las normas, ni siquiera para robar un diminuto chicle en una tienda de chucherías. Él disfrutaba llevándome al límite. Obviaba el temblor de mis manos, la dureza de mis juicios y me hacía volar por mi cuenta. Porque tarde o temprano cuando quisiera comerme el mundo, él no estaría para recordarme cómo debía hacerlo. Ese pensamiento me llenó de tristeza, no sería lo mismo arrancar con su voz aterciopelada a mi lado. Tampoco al despertarme cada día con el miedo aferrando mi cuello, ni siquiera cuando dudase de quien era como me pasaba últimamente.

Nos bajamos en una bonita área de servicio que contaba con la gasolinera, un enorme restaurante con terraza, además de un *Spar* diminuto. Me habría encantado destacar que detener el coche fue un paseo, pero lo hice de una forma tan abrupta que nuestros cuerpos volaron contra la parte delantera del vehículo: él contra la guantera,

yo en busca de darle un mordisco al volante.

—¿Ha sido tan horrible como pensabas?

—He tenido miedo —respondí quitándome el cinturón—. Pero también me ha gustado la sensación del aire acariciándome la cara, tamborilear los dedos sobre el volante y escucharte cantar en español.

—Cuando hacemos algo por primera vez asusta. —Hizo una breve pausa entrelazando sus dedos con los míos—. Aunque no significa que sea impenetrable.

—¿Comeremos aquí?

Él asintió con simpleza.

—Puede ser un restaurante cutre de carretera, pero ponen el mejor pollo asado de toda California. —Esbozó una pequeña sonrisa —. Suele haber salmón braseado si prefieres el pescado.

—No soy demasiado delicada con la comida —dije observando el cartel en color rojo—. Me da la sensación de que no es lo único que quieres decirme. ¿Me has hecho conducir hasta el fin del mundo para tener una cita?

—¿Ves lo romántico que puedo llegar a ser? —Movió las cejas de un modo tan burlón que no pude evitar reír—. La verdad es que quería proponerte algo. Estás en todo tu derecho a negarte si no te parece bien.

Detuve mis pasos para ver de qué se trataba. Ya no había diversión en sus facciones. Estaba serio como si dar voz a aquel tema le preocupara enormemente.

—Lo haré si no lo veo acertado.

—Nathan y Vincent vendrán a verme el próximo sábado junto a los amores de sus vidas —comenzó a decir con cautela—. Soy consciente de que enfrentar a Winter debe ser para ti algo incómodo, pero me gustaría que estuvieras conmigo ese día. Estoy acostumbrado a las etiquetas como una vez te dije, pero me siento más fuerte cuando estás a mi lado.

La sangre se me heló cuando nombró a Nathaniel. El tiempo que llevaba viviendo en Santa Mónica había estado ignorando un poco su existencia. Era cierto que no estaba enfadada como tanto hincapié había hecho, pero no sabía cómo me sentiría al enfrentarle tras tantos meses. Es más, no estaría solo. Iría acompañado por la mujer que había roto mi vida perfecta. Aquella que prefería arrastrarlo todo

antes que pensar en las consecuencias.

—Y-Yo no pinto nada ahí, Bryce —respondí dudosa—. Él ya no forma parte de mi vida.

—Pero si de la mía —carraspeó un poco rascándose la nuca—. Lo que quiero decir es que somos amigos aparte de lo que suceda entre nosotros. Creo que te he enseñado lo fácil que es enfrentar el miedo, la incertidumbre y las dudas. ¿Por qué consideras que ver a Nathaniel será diferente? No tienes que dejar que esa espinita supure tu pecho.

—No lo estás haciendo por mí —suspiré cruzándome de brazos—. Prefiero que me digas la verdad antes de que llenes de florituras tu discurso.

—De acuerdo —admitió derrotado—. Quiero que me vean con alguien y si eres tú…

—Volverán a pensar que lo has hecho a propósito, ¿eso buscas? —Fruncí el ceño sin comprender su forma de defenderse de sus amigos—. Diría que tu decisión no es la más acertada. Lo que haya pasado entre tú y yo no tiene que ver con mi fallida boda.

—Lo sé. —Las palmas de sus manos sostuvieron mis mejillas con tanto mimo que cerré los ojos disfrutando de la sensación cálida—. No busco ofenderte, Spring. Lo único que deseo es mantenerme tranquilo porque cualquier situación me hará ser el capullo de turno. Me gustaría demostrar por una vez en mi vida que mis decisiones son por y para mí, no por joder a mis amigos. ¿Puedo contar contigo para eso?

«¿A pesar de que para ti sea demostrar que tienes el control de la situación?».

—Supongo que sí —dije derrotada—. Porque los amigos están para apoyarse.

—Eso es.

«Pero no se dan la mano, se besan y se acorralan con la única intención de quemarse en los brazos del otro».

Capítulo 13

La prueba

El bullicio me tenía un tanto inquieta. No podía dejar de deslizar las manos por encima de mi vientre para deshacer los pliegues que empezaban a acomplejarme. Sabía que no debía preocuparme, nadie iba a juzgar cada uno de mis movimientos cuando entrara por la puerta del apartamento de Zander. Me miré una última vez en el espejo del ascensor, la llegada hasta el piso donde él vivía fue lenta y quizá me hizo agonizar un poco. Giré de manera fugaz, mi falda se alzó unos centímetros dándome un aspecto aniñado y fresco. Lo hice de manera sutil con la intención de que Bryce no se riera de mis inquietudes, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos a través de mi reflejo se me aceleró el corazón.

«Por favor que no se mofe de mí».

—Mis amigos pueden ser muchas cosas, pero jamás se burlarían de ti. —Hizo una breve pausa acortando la distancia conmigo—. Si tuvieran que destacar algo, me recordarían lo capullo que he sido en estos últimos meses.

—¿Y es algo que hay rememorar siempre? —pregunté con curiosidad—. Cada persona vivimos de la forma que nos han

enseñado. Yo estoy acostumbrada a hacer y deshacer según las pautas de mi padre, ¿qué hay de ti?

Los ojos castaños de Bryce se mantuvieron en mí durante unos largos segundos, no sabía si no estaba acostumbrado a lidiar con una pregunta personal o me había equivocado al formularla. Me mordí el labio inferior con cierta inquietud, quizá lo más sensato era que retrocediera todo lo posible antes de que mis decisiones me llevasen a la deriva.

—Los errores se destacan más que los éxitos. —Su voz destilaba ironía, se acercó al espejo y comprobó el aspecto desaliñado de su barba—. No importa en qué ámbito sea, si te acostaste con muchas mujeres por gusto serás un «empotrador». Si invertiste en algo que no tenía futuro, serás el arruinado y si comes más que los demás serás el gordo de turno. Hace tiempo que preferí hacer y deshacer a mi antojo, aunque me toquen los cojones. No soy de piedra por más que me gustaría. Supongo que se trata de mis raíces españolas lo que me hace perder la paciencia.

—¿De qué parte?

—Mi madre es de un pueblo de Extremadura. —La tensión de sus hombros pareció desaparecer—. Pobre de ella que se enamoró de un vikingo sediento de amor que no supo atesorarlo.

—¿No tienes relación con ella?

Las puertas metálicas con su tintineo nos dieron la bienvenida a nuestro destino; pusimos rumbo hacia la que estaba a la izquierda. Debía serenarme, ya no por mí sino por la imagen que daría a su lado.

—Suelo escaparme algunos veranos para ir a verla. —Su mano se entrelazó con la mía, debía estar demasiado tensa para esperar que diera ese paso por mí misma—. Pero hablamos por teléfono.

—¿Y es suficiente?

—No —admitió en un susurro mientras tocaba con sus nudillos.

—¿Entonces?

—Quizá temo que se dé cuenta de que soy como él. —Hizo una breve pausa—. Que me enamoro con la misma facilidad y que luego pierdo el interés. Se supone que me educó con unos valores que me hacían diferente.

No fui capaz de decir nada, tan solo hice la unión de nuestras manos más fuerte para que supiera que para mí estar a su lado era

especial. Aunque debía tener los pies sobre la tierra: no iba a presentarme a sus amigos porque fuésemos algo más, solo quería dar a entender que podía tener una relación duradera con la que casi fue la esposa de Nathaniel Carter.

Zander no tardó demasiado tiempo en darnos la bienvenida a su apartamento. Ahora que lo pensaba me resultó extraño que Bryce no tuviese llaves. Puede que, a pesar de ser compañeros, el rubio no quisiera darle ciertas libertades.

—¡Eh, B! —saludó con una sonrisa educada que no llegó a sus ojos azules—. Pasa, los demás están teniendo un conflicto de intereses.

No comprendí muy bien lo que quería decir, busqué respuestas en mi acompañante, pero solo me ofreció que entrásemos al gran salón-comedor. En el interior se escuchaba el bullicio como si hubiese muchísima gente apostando por algo que parecía de vital importancia. Me centré en aquella mujer que estaba sentada en el sofá con las piernas estiradas por debajo de la mesa de café. Sus manos estaban sobre su vientre, se notaba su forma un tanto abultada y redondita. Su pelo dorado se alzaba en un moño improvisado del que escapaban unos mechones, además tenía los labios fruncidos mostrando su reprobación.

—Ni de coña pienso casarme de nuevo —dijo de manera tajante —. Podéis hacer temblar al mundo, pero antes muerta que encontrar un vestido en el que parecer una salchicha y aguantar a Ava con su bonita planificación.

—*Angel*. —La voz de Vincent fue casi un ruego. Meció el vino blanco que tenía en su copa y lo dejó abandonado en la barra americana—. No tenemos que hacer una celebración muy grande. Podríamos ir a la playa con un juez de paz, reunir a nuestros amigos y familia…

—Solo de pensar en que nos gastaremos un dineral en unos trajes que terminarán para el arrastre me da ansiedad, Vince —gruñó ella hundiéndose en el sofá—. ¿Y tener que avisar a mis padres? No, gracias. Prefiero que no me regalen ese bonito discurso de «Te lo dije Autumn Miller, tú estás hecha de una pasta tan diferente que nos avergonzamos del camino que has elegido».

—¿Te quejas de unos ochocientos o mil dólares cuando ganas el cuádruple? —La voz de aquella mujer que había irrumpido en mi

boda me erizó la piel, me quedé estática viéndola sentada al lado de su amiga—. ¿Eres de la hermandad del puño cerrado?

—¿Qué es eso? —enarcó Autumn las cejas—. ¿Soy ahora boxeadora?

—Lo dice mucho Bryce —respondió alzando el dedo índice—. Es un dicho español que se refiere a alguien que no quiere gastar.

—Pues la verdad es que no —admitió la aludida mirando hacia la barra de granito donde estaba el vino, al parecer tenía demasiadas ganas de una copa—. No tenemos habitación para el bebé, quiero hacer una reforma en condiciones, no tapar agujeros como Nathan.

—Lo que Autumn quiere decir es que quiere hacerle un lavado de cara a la casa —intervino el que parecía ser su marido—. Mi madre nos ha ofrecido quedarnos estos meses en su apartamento, pero tu mejor amiga prefiere estar respirando polvo, con un casco de obra antes de dar su brazo a torcer. Menos mal que se estaban llevando mejor…

—Tienes que entender que entre ellas siempre existirá rivalidad. —Nathan se encontraba a su lado con unos vaqueros anchos claros y una camisa con los primeros botones desabrochados. De su rostro parecían haber desaparecido cada una de las preocupaciones que tensaban sus facciones. Estaba apoyado cerca del mueble donde descansaba la televisión y esbozaba una sonrisa que nunca vi en él—. Son las dos mujeres de tu vida.

—Supongo que eso no cambiará nunca.

—Chicos, Bryce ya ha llegado con su nueva amiga. —La forma en la que me presentó provocó que mi corazón aleteara nervioso en mi pecho: nadie estaba al tanto de que vendría acompañado y menos conmigo—. Esta es Spring Cooper, aunque no es que no la conozcáis.

El silencio que fue acompañado de mi nombre me hizo sentir diminuta. No pude evitar aferrarme la falda de mi vestido con la intención de hacerme la valiente. Sabía que no sería fácil llegar allí como si nada. Puede que Bryce pudiese enseñar un dedo e ignorar las quejas de sus amigos, pero yo había escapado de mi boda con el hombre de ojos azules que me miraba atónito.

—Spring —susurró con un tono tan culpable que habría retrocedido si mi acompañante no hubiese acomodado su mano sobre mi baja espalda —. ¿Qué estás haciendo en Santa Mónica con él?

—Creo que deberíamos preparar esa ensalada césar de la que tiene antojo Autumn —intervino Zander—. He cocido algo de pasta para hacerla con salsa marinera, gambas y unas almejas.

—Zan tiene razón, deberíamos hacerla a tu gusto, *Angel.* —La morena no tardó en incorporarse, me dedicó una sonrisa a modo de disculpa y cogió la mano de su amiga—. No quiero que el bebé salga con una mancha en forma de lechuga en la frente.

Autumn abrió la boca ofendida, no estaba dispuesta a consentir que eso pasara. Se levantó haciendo girar en círculos sus tobillos: los tenía hinchados y suspiraba cada vez que tenía que dar más pasos de la cuenta.

—¿Te piensas que mi hijo es un libro de pegatinas? —Se cruzó de brazos mostrando su enfado—. No puedes ponerle manchitas relacionadas con mis antojos cada vez que quieras que huya de una situación. Dime sutilmente que nos vayamos a la cocina y ya está: Nathan junior te lo agradecerá y yo también.

—Espera, ¿qué?

El iris del que fue mi prometido se volvió mucho más claro. No dudó ni un instante en mirar a Vincent Rogers que intentaba hacerse el despreocupado recuperando la copa que había abandonado.

—¿No te lo había dicho? —dijo como si nada meciendo el sabor amargo en su paladar—. Lo decidimos hace un mes.

—¿Por qué? —Su pregunta pareció hacerse pedazos en sus labios, buscó la mirada de Winter que negaba con la cabeza—. ¿Tu hijo se va a llamar como yo?

—Este último año ha sido un maldito infierno —comenzó a decir con lentitud acercándose a su colega, le dio un par de golpes en la espalda y sonrió—. He estado dentro de una oscuridad tan absoluta que no era capaz de ver mi camino. Mientras me hundía en mi miseria, lloraba o fumaba durante horas tu estabas ahí esperando que te contase lo que me hacía pedazos. ¿De verdad pensabas que mi hijo no se llamaría como tú?

Nathan se mordió el puño, intentaba controlar cada una de las emociones que afloraban por su rostro. De un impulso aferró a su amigo, lo abrazó con tanta fuerza que quizá temí que lo hiciera cenizas. Vincent rio susurrándole algunas palabras que él contestó con un «Capullo» y toda la atención que había sobre mí desapareció de un

plumazo cuando se alejaron.

El almuerzo que tuvimos era muy diferente de los que estaba acostumbrada. En él no había que seguir un orden para usar la cubertería, copas o los cuchillos. Tan solo se servían los platos comunes en el centro de la mesa de comedor que estaba a un lado del sofá, te inclinabas a coger lo que más te gustaba y lo acomodabas en tu plato. Después Zan sirvió los tallarines a la marinera con gambas de los que había hablado cuando llegamos. Me encantó el sabor a mar que me dejó en el cielo de la boca. Cada vez que me llevaba una nueva porción a los labios me enamoraba aún más de la receta: el perejil, junto a la nata y las almejas me tenían embelesada.

Disfruté mucho de la compañía de sus amigos. Aquí no importaba qué apellido tenías ni que era lo mejor que sabías hacer. Solo eras tú mismo hablando de lo último que habías vivido y qué te preocupaba. Lidiar con algo así me tenía desubicada, no porque no me gustara sino porque me resultaba extraño no ser esa pieza etérea de la que tanto me sentía orgullosa.

—¿Estás bien? —Bryce apretó un poco mi muslo bajo la mesa, estaba segura de que vio la turbación en mi mirada.

—¿Siempre sois así?

Él asintió con extrañeza.

—No sé qué me he estado perdiendo todos estos años. —Mi voz fue similar a un susurro. Eran como una familia que se elige dispuesta a luchar los unos por los otros—. Siento que he estado perdiendo el tiempo.

—Estoy seguro de que no es así. —Hizo una breve pausa arrastrando la silla hacia atrás—. Solo tenías que darte cuenta de que tu camino estaba en otro sitio y con gente diferente.

—Supongo que tienes razón. —Parpadeé confundida—. ¿Dónde vas?

—Voy a recoger la mesa y preparar unos muffins de kínder que le suelen gustar a nuestra súper embarazada.

Asentí quedándome sentada en mi lugar, no quería ir detrás de él como una niña asustada. Tenía que ser sincera conmigo misma y recordar que las personas que estaban a mi lado no me habían hecho daño; los acontecimientos cambiaron mi destino y quizá debería sentirme dichosa de no haberme casado sin conocer el amor.

—Spring, ¿tienes un minuto?

Alcé la barbilla encontrándome con los ojos grises de la mujer que llegó jadeante a mi enlace. Parecía nerviosa, no dejaba de mordisquearse las uñas con la intención de encontrar las palabras adecuadas que regalarme.

—Supongo que sí.

—Se-Seguro que quieres mandarme a la mierda —tartamudeó sentándose a mi lado, no tardó ni dos segundos en agarrarme las manos con tanta desesperación que parpadeé confundida—. Sobre todo, cuando me equivoqué de boda y terminé haciendo cenizas la tuya. Te aseguro que nunca fue mi intención romper tu sueño de ser la novia perfecta. Yo solo quería encontrar la valentía para decirle a la persona que quería que estaba aquí, que pudiera verme.

—¿Equivocarte? —pregunté—. ¿No estás ahora con él?

Ella rio un poco nerviosa mientras negaba con la cabeza.

—Creo que no entiendes lo que quiero decir. —Hizo una breve pausa jugando con su pelo—. Mi intención no era irrumpir en tu boda sino en la de Bryce, pero vi las publicaciones de Facebook de Zander creyendo que estaba con él y pasó lo que las dos sabemos.

Todo a mi alrededor pareció dar vueltas, no sabía muy bien donde agarrarme para no caerme de bruces al suelo. Me sentía tan tonta de haber asistido a aquella comida que me dieron ganas de reír. Pensaba que el problema sería que Nathan me viera con uno de sus mejores amigos, por eso me preocupaba el malentendido que pudiera haber sobre Bryce. En ningún momento supe que Winter estaba enamorada de él, ni que se disponía a buscar un final feliz a su lado.

—No estoy enfadada contigo porque seas feliz con Nathaniel —respondí con sinceridad, aunque no tardé demasiado en levantarme inquieta—. Si es cierto que estaba preparada para ser su mujer, llevábamos tanto tiempo preparando la boda que verme sin ello me hizo sentir desnuda. Por eso hui de todo. Me sentía avergonzada de haber acatado todo para que él me traicionase.

—Te aseguro que él ni yo no teníamos nada en ese momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Winter?

Ella me miró un poco confundida, se acomodó en la silla a pesar de mi posición.

—P-Por supuesto.

—¿Bryce sabía que estabas enamorada de él?

Su suspiro me contrajo aún más el corazón. Me temblaron tanto las piernas que tuve que volver a acomodarme a su lado.

—Siempre lo supo —admitió con ligereza—. Nuestra relación siempre fue un tanto pletórica. No sé lo que habrá entre vosotros, pero su lado más enamoradizo le ha llevado a hacer muchas locuras. Cada vez que se arrepentía, volvía a mí para contarme sus inquietudes y me sentía tan unida a él que quise luchar por algo que solo existía para mí.

—No creo que sea mala persona.

—No he dicho que lo sea. —Se inclinó hacia adelante entrelazando sus manos un tanto nostálgica—. Solo se deja llevar por sensaciones que cree que pueden amoldarse a lo que él necesita en su vida y no todas las personas funcionamos así.

—Creo que debería marcharme. —Me atreví a decir dando por zanjada la conversación—. Hay muchas cosas que tengo que pensar.

—Antes de marcharte deberías hablar con Nathan. —Winter esbozó una media sonrisa, ladeó la cabeza con cariño y me miró—. Estoy segura de que necesitas quitarte un peso de encima.

Asentí un poco dudosa. Llevaba haciéndome a la idea de que mi encuentro con él nunca surgiría. Cuando me fui de Boston no dejé ningún mensaje, tan solo cogí mi maleta y me marché a casa de Bethany sin barajar la posibilidad de que fuese una locura.

Me atreví a caminar hasta la terraza donde se encontraba, aún parecía darle vueltas a esa noticia donde su pequeño sobrino, porque así lo sería, llevaría su nombre. Sus manos apretaban la barandilla con suavidad. Estaba tranquilo, como si su mente navegara muy lejos de nuestra posición.

—Nathaniel.

Él se giró mostrándome esa templanza que una vez me maravilló de él. No puedo decir que me rompió el corazón porque apenas nos conocíamos: no sabía nada de sus aficiones ni de sus gustos.

—Me alegra saber que te encuentras bien. —Elevó sus labios hacia arriba con ligereza—. No sé si debería disculparme por no haberte detenido o quizá por no ir detrás de ti.

—¿Detrás de mí? —repetí confusa—. Yo era un negocio para ti como tú eras un beneficio para la empresa de mi padre. Aunque

quiero pedirte perdón por todos los inconvenientes que te ha hecho pasar mi hermano. No sabía que intentaba tomarse la justicia por su mano tras lo sucedido.

—Eso no es culpa tuya —contestó restándole importancia—. Interpuso su vida personal por encima de nuestros negocios y pude permitirlo durante un tiempo. Perder a Vincent, mis acciones y estar en manos de Danvers me ha hecho darme cuenta de que mi vida no es un mísero edificio: quiero vivir todo lo que me he perdido.

—Habías luchado mucho por ese pequeño imperio.

—Tienes razón. —Hizo una breve pausa—. Pero no me hacía feliz. Solo me encerraba entre sus cuatro paredes para no pensar en lo que no podía tener.

—Te refieres a ella, ¿no?

Nathan asintió metiendo las manos en sus bolsillos.

—Prefiero tener mucho menos si puedo tenerla a mi lado. —Abrió mucho los ojos y empezó a negar con la cabeza maldiciéndose—. Lo siento, ¿te estoy haciendo daño con mis palabras? Lo único que quería era…

—Ser sincero conmigo, lo sé —le interrumpí con una pequeña sonrisa en los labios—. Pienso que tenían que pasar las cosas así para alcanzar lo que realmente queríamos.

—¿Y eso incluye a Bryce?

Me quedé en silencio, no estaba muy segura de qué decirle. Podría buscar un buen argumento, pero sabría que mi vida fue lineal y sin ningún tipo de interrupción.

—Si buscas vivir, él te proporcionará todo lo que quieras. —Se inclinó para llegar a mi oído con delicadeza—. Pero si esperas algo más de él lo más sensato es que retrocedas: es una persona egoísta y no cambiará.

—Agradezco tus palabras —asentí retrocediendo un poco—. Aunque esa decisión tengo que tomarla por mí misma no acondicionada por nadie.

—Parece que has cambiado.

—Él me ha cambiado —me atreví a decir buscándole desde mi posición—. No sé si para bien o para mal, de lo único que estoy segura es que no pretendo arreglarle sino disfrutar de todo lo que me proporcione a su lado.

—Deberíamos tomar una copa.

—Creo que la necesito.

Cuando entramos juntos hablando sin ningún tipo de rencor entre nosotros, Bryce se alejó unos pasos haciéndose invisible.

Capítulo 14

Vikingo sin corazón

Bryce

Los golpes del cabecero contra la pared seguían un ritmo concreto. Sin querer empecé a contar las pautas: uno, dos y se detenían.

Aliviado alzaba las piernas sobre la mesa de café, me centraba en mi película favorita y suspiraba aliviado.

La reunión con mis colegas había sido un auténtico fracaso. Pensaba que tener a Spring al lado me ayudaría a sentirme fuerte y poco juzgado. Todo giró en mi contra cuando Nathaniel decidió ponerse al día como si entre ellos jamás hubiese pasado nada. Desde mi posición los veía reír como si su corazón no hubiese terminado calcinado entre sus manos. Me dio la impresión de que se encontraba tranquila: movía sus manos hablando de temas que escapaban de mi entendimiento debido a mi posición.

Mi incomodidad se acentuaba, ni siquiera el vino calmaba la tensión de mis hombros. Siempre le dije a mi colega que le había alejado de Winter por su desinterés hacia él, pero en el fondo odiaba que tuviera más protagonismo que yo: él era el bueno de la historia siempre, yo el capullo que volvía con el corazón roto.

Mi madre siempre hablaba de que mi padre regresaba a nosotros como un niño asustado. A pesar de ser un bala perdida agachaba la mirada, se sentaba a su lado y podía contarle cada una de las fechorías que había hecho en su última huida de casa. Durante años ella no dijo nada al respecto, se sentaban delante de la pequeña chimenea que tenían y hablaban durante horas. Sin embargo, no siempre podía esperar que ese hombre etéreo del que se había enamorado volviese a casa con sus traumas, inquietudes e infidelidades. Llegó un momento en que mi madre decidió rehacer su vida: no le negaría la entrada como un amigo, pero no sería esa persona que le daría golpecitos en la espalda.

Cuando volvió ya no estaba cómodo. Podía sentarse a su lado cada noche mientras hacían unos muslos de pollo en el fuego, pero toda su atención ya no giraba en él sino en el futuro matrimonio que tendría la mujer que había considerado que jamás se cansaría de esperarle.

¿Eso era lo que me pasaba?

¿Por eso sentía que debía dar dos pasos hacia atrás con Spring por miedo a que pudiese hacerle daño?

Un nuevo jadeo me sacó por completo de mis pensamientos, me pellizqué el puente de la nariz un tanto frustrado y me levanté dándome por derrotado.

No me molesté demasiado en hacer ruido con mis pisadas, tenía en mi cabeza llegar hasta la única habitación que teníamos en el apartamento. Abrí la puerta de par en par, entré escuchando un revuelo de sábanas y me dejé caer en la cama entre aquellos dos idiotas desnudos que parecían estar imitando página por página el *kamasutra*.

—¿Se puede saber qué coño haces?

Zander se incorporó mostrándome el halcón que tintaba su pecho. Estaba jadeante, su rostro estaba perlado de sudor y encogía las piernas para que no me percatara de que estaba muy entretenido dándole por todos lados a su amiga.

—Me he acostado con Spring —dije sin centrarme en la desnudez de Summer que se tapaba con la sábana buscando respuestas en mi colega—. Ahora todo me parece una soberana mierda.

Entrelacé mis manos por encima de mi pecho, mi mirada estaba clavada en la horrible lámpara de tres focos que había comprado Zan

en las rebajas hacía unos meses. Solté todo el aire que estaba conteniendo a pesar de los movimientos de mi amigo, que le pedía silenciosamente a su acompañante que se marchara; pero no lo hizo.

—¿Y eso es un problema? —preguntó él con ironía quitándose con sutileza el condón que llevaba—. Siempre te ha gustado encontrar nuevas conquistas, que hayas elegido a la ex de Nathaniel…

—Zan —le advirtió con la mirada Summer—. No creo que nos haya cortado el polvo para que le digas que es un cabrón.

—Si hubiese esperado unos minutos más…

—Me gusta follar como a ti —ignoré su conversación con ella—. No me sorprende que me juzgues por cómo he traicionado a mi colega, pero si fuese un capullo no estaría aquí diciéndote lo que he hecho, ¿no crees?

Él suspiró, salió un momento de la cama para ponerse unos pantalones, no le hacía demasiada gracia tener esa conversación conmigo en medio de los dos y sin nada de ropa encima.

—No hay quien te entienda, B —comenzó a decir él moviendo los brazos enfatizando sus gestos—. Viniste a vivir conmigo porque te sentías mal por tu discusión con Nathaniel. Conocemos a la chica que salió corriendo de su boda. Te llama la atención tanto que te la tiras y ahora te agobias porque es lo suficiente madura para solucionar la situación con su ex. ¿Sabes que pienso? Que te gusta demasiado porque tras esa faceta de vikingo que ignora todo a su alrededor, habrá encontrado tu diminuto corazón.

—Me gusta, eso no lo puedo negar —admití frunciendo el ceño—. Pero nada es duradero porque podré ser el tío al que todas quieren en su cama. ¿Hay algo después de haberme bajado los pantalones? No. Absolutamente nada. Todos terminasteis la carrera menos yo, porque prefería encontrar el calor de alguien antes que centrar mi cabeza en cuatro letras que me aburrían en exceso.

—¿Y qué tiene de malo? —Las mechas pasteles de Summer se ocultaban en la oscuridad de la habitación—. Que seas de una forma no significa que no puedas encontrar a alguien para ti.

—Mi única intención al acercarme a ella era llevarla al límite —respondí con sinceridad—. Su inocencia me resultó tan surrealista que quería amoldarla entre mis dedos: me tiré de un avión con ella, bailamos la noche de las hogueras, fuimos a ver a Ryan a su rincón del

mundo y condujo mi Mazda por California State Route 1 mientras me miraba tan asustada como eufórica: mandé al traste sus pautas con tal de verla florecer por su cuenta.

—¿Te ha gustado lo que has visto con tu plan maquiavélico?

—Me ha encantado.

El silencio se alzó por encima de nuestras cabezas. Quizá mis sentimientos eran similares a otras veces. Al día siguiente me despertaría y todo habría sido un bonito y breve sueño. Ya notaba la sensación de desilusión haciéndome cosquillas en la yema de los dedos por su conversación con Nathaniel, así que no sería diferente.

—Estás jugando con fuego, Bryce —dijo mi colega estirando un poco sus brazos—. Estás acojonado porque si pierdes esta vez, no sabes si te dejará cicatrices.

—Puede que tengas razón —suspiré derrotado levantándome de la cama—. Lo siento, no quería… bueno, ya sabéis.

—Ya está todo perdido.

Ella le fulminó con la mirada por su respuesta, Summer solía destacar por su actitud alocada no por ser tajante precisamente.

—La negativa ya la tienes, B —comentó aferrándose la sábana a su pecho para poder levantase—. ¿Por qué no buscas el sí?

Abrí los labios dispuesto a decir que era una locura. Las personas como yo disfrutaban con intensidad de cada una de sus emociones, pero mi teléfono me hizo alejarme de ellos susurrando una nueva disculpa antes de dejarles en su burbuja personal.

El tono predeterminado de mi móvil hizo vibrar el cristal de la mesa de café. Vislumbré el nombre de Shelly en la pantalla por lo que deslicé mi pulgar y me lo llevé al oído.

Sabía que no se rendiría con su condenada petición.

—¿Te lo has pensado?

«Ni un qué tal te encuentras para tantear el terreno».

—Shelly —susurré en un tono tan agónico que me dejé caer en el sofá—. ¿No crees que me has hecho ya suficiente daño?

La carcajada que escuché tras la línea me hizo sentir indefenso, maldije entre dientes por no tener un chicle para llevarme a la boca.

—Eres un desconsiderado —comenzó a decir con ironía—. Lo único que te pasa es que estás ofendido porque te he cambiado por una mujer. Debería ser fácil para ti bajarte los pantalones y darme lo

que te he pedido: es un polvo, de los que a ti te gustan.

Apreté los puños con fiereza, ¿cómo podía juzgarme por algo que me importaba un bledo? Jamás hice un comentario fuera de lugar por su decisión. Cuando lo hablé con mis colegas solo comenté que me había dejado por la chica con la que fue a las pruebas del vestido.

—Déjame que te diga algo. —Mis labios se curvaron hacia arriba con tanta rabia que un gemido escapó de mi garganta—. Lo que hiciste mal no fue enamorarte de alguien de tu mismo sexo, la cagaste al tratarme como un trapo sucio del que te podías reír. ¿Pensabas tenerme de escudo mientras te acostabas con ella, Shelly? Por favor, el imbécil sin escrúpulos soy yo: si me lo hubieses dicho desde un principio actuando como una persona con dos dedos de frente, quizá te habría dicho que sí.

Ella guardó silencio, pero yo no fui capaz de corresponderle. Estaba cansado de aceptar mi bonita etiqueta, empezaba a incrustarse en mi piel y me hacía pedazos.

—¿Tan difícil era tratarme bien cuando a mí no me costó hacerlo?

—Siempre has sido un lobo solitario, Bryce. —Hizo una breve pausa carraspeando un poco—. ¿Por qué te habría dolido una petición por mi parte?

—Porque quizá para ti no —reí de manera irónica—. Pero para mí lo que sentí fue real. Así que te ruego que no me llames más: no soy el idiota al que puedes manipular porque se te acaban las opciones.

Shelly se dispuso a recordarme todo lo que había hecho por mí en nuestros primeros años de noviazgo, pero no quise escuchar nada al respecto. Me atreví a colgarle tirando el teléfono de malas formas encima de la mesa y escondí mi cara entre mis manos con cierta frustración. Estaba temblando, porque ser un tío no implicaba que no pudiese hacerlo. Me levanté algo agobiado, mi mente estaba nublada por el simple pensamiento de quedarme completamente solo.

Me vestí con lo primero que encontré en el respaldo del sofá, encogí un poco la barriga para poder acomodarme los vaqueros ajustados a la cintura. Entrelacé mis mechones castaños en un moño improvisado y olvidé por completo recortarme la barba antes de salir de casa.

Quería verla, porque Spring Cooper era el color que faltaba en mi condenado infierno.

***

Lincoln Boulevard me recibió con un día tan soleado y caluroso que tuve que engurruñir los ojos cuando me dieron paso dentro del edificio. Mis pasos eran apresurados como si tuviera que apagar un fuego en cuanto llegase a la puerta donde ella vivía. No me importó parecer desesperado para sus vecinos, solo quería que aquella estridente ansiedad que hacía un nudo en mi estómago me permitiese respirar.

Toqué a la puerta con los nudillos un poco inquieto. Sabía que la situación para los Cooper no era la mejor del mundo con la sobrina de Spring tan enferma, pero quería saber que lo poco que teníamos no estaba perdido, aunque mi mente me susurrase que era hora de darle fin.

Sus mechones castaños me hicieron alzar un poco la cabeza. Estaba preciosa con aquel bonito chándal corto de color verde que llevaba. Frunció un poco el ceño cuando se percató de que era yo: no habíamos hablado nada tras nuestra comida del día anterior. Ella prefirió irse por su cuenta a casa y yo no fui capaz de detenerla.

—¿Q-Qué estás haciendo aquí? —preguntó confundida—. No creo haberte dicho en qué piso vivía.

Me atreví a dar unos pasos hacia adelante, apoyé las manos sobre sus mejillas haciéndola tambalear un tanto perdida. Ella dio un traspié, pero la apoyé en el mueble del recibidor juntando su frente con la mía. El olor a manzana fresca me supo al propio paraíso, cerré los ojos durante unos segundos empapándome de esa fragancia a hogar del que tanto carecía.

—Te necesito.

—Bryce —dijo mi nombre con tanta pesadez que me encogió el corazón—. No me apetece lidiar con ninguno de tus juegos. Hoy no puedo ser temeraria, solo quiero ver alguna serie tapada en una sábana.

—Solo tú haces que deje de darle vueltas a la cabeza —dije con la voz resquebrajada. Con suavidad rocé sus labios disfrutando de su respiración entrecortada cuando busqué su boca—. ¿Puedo quedarme?

—Mi hermano te matará si aparece por aquí —respondió de manera despreocupada—. Suele ser bastante protector.

—No tengo empresa que quiera desmontar. —Pasé mis brazos alrededor de su cintura, no quise que esa distancia a la que quería aferrarse terminara por alejarnos antes de tiempo—. Lo único que puede quitarme son los vaqueros que llevo, a no ser que prefiera pasarme la maquinilla por la cabeza.

Una pequeña sonrisa escapó de sus labios, pero no llegó a sus ojos. Había algo que la inquietaba porque no era tan transparente como siempre. Me guio hasta el salón con su bonita y amplia alfombra, nos acomodamos en el sofá sin decir nada del día anterior.

Su mirada no se centró en la unión de nuestras manos, tampoco en cómo me atrevía a acomodarla en mi pecho en busca de algo de paz. Solo quería seguir ahogando su preocupación en una serie de vampiros que la alejase de lo que ocurría fuera de aquellas cuatro paredes.

—¿Quieres volver a casa con tu madre, Perséfone?

—Es posible que me plantee el por qué he considerado que sus continuas lecciones no eran las más acertadas —me siguió el juego, incómoda—. Pero el Inframundo ha encontrado una parte de mí que me hace independiente y me gusta.

—¿Y qué me dices de su rey?

—¿Su rey? —repitió alzando la barbilla tan predispuesta que me habría encantado morderle la nariz—. Pienso que, si realmente me quisiera a su lado, sabría ser sincero conmigo, pero él tiene prioridades que no tienen nada que ver conmigo.

Sus palabras me incomodaron un poco, la incorporé inquieto para seguir la conversación.

—Eso no es lo que pensaba de todo esto.

—¿No pensabas que podrías importarme tanto que pudiera quererte, Bryce Evans? —dijo con ironía—. Me diste alas para volar sin las pautas de nadie y ahora que las tengo no te parece suficiente.

—Spring, no es lo que piensas. —Hice una breve pausa—. Mi intención no era destrozarte.

—No —respondió de forma rápida—. Solo querías bailar a través de mis límites y lo has conseguido.

—Yo…

—Por favor, hoy no.

—De acuerdo.

Suspiré con la intención de que mi turbación desapareciese a través de mis labios. Pensé que su silencio sería suficiente mientras estuviésemos juntos, pero su sonrisa había vuelto a esconderse en un rincón al que yo no podía llegar.

Enredé sus mechones entre mis dedos y mientras Klaus Mikaelson volvía a traicionar a su familia por vigésima vez, me di cuenta de que mis amigos tenía razón.

Era un vikingo sin corazón.

Capítulo 15

Dulce traición

Ryan Connelly me había contado que su mujer era amante de las caracolas, las sirenas y cualquier historia relacionada con el mar. Mi cometido esa tarde fue trasladar sus gustos dentro de una pequeña urna donde coloreé la sal con una tiza de color azul. La acomodé a los pies de aquella bonita rosa del mismo tono. Decoré sus pétalos con lágrimas hechas con silicona fría y en su tallo entrelacé un fino lazo en tono blanquecino. En el interior del cristal introduje la misma foto que tenía en redes sociales y la acomodé a los pies de esta con delicadeza admirando el resultado. A su lado hice un par de muñecos de masilla con secado al aire libre vestidos de novios. Estaba agazapada sobre la mesita baja que tenía en el improvisado taller dando las últimas puntadas con uno de los pinceles más finos que tenía.

Mi único deseo con este primer trabajo era que aquel hombre de mirada perdida pudiera tener una parte de su mujer. Quizá no sería suficiente para que el dolor cesara, pero al menos podría mirarla olvidando el dolor que suponía no tenerla a su lado.

—¿Estás ahí, princesita? —La voz de mi hermano me hizo dar un brinco. Me levanté notando un punzante dolor en la baja espalda y fui

a reunirme con él—. He hablado con los pintores, vendrán mañana a primera hora. La pedante de tu decoradora no está disponible hasta principios de mes.

—¿Pedante? —repetí secándome las manos en el chándal que llevaba—. Es un amor de persona.

—No sé cómo calificas a la gente, S, pero un poco prepotente es —aseguró apoyándose en el mostrador, lo había limpiado cuando entré en la tienda para hacer unos breves arreglos—. Me ha asegurado que los Waldorf son unos clientes demasiado jugosos como para dejarles a medias.

—Tú tampoco dejarías un trabajo a la mitad, Jorell —advertí cruzándome de brazos—. No seas tiquismiquis.

Mi hermano chasqueó la lengua, me causaba mucha impotencia su aspecto demacrado de los últimos días. Las ojeras bailaban bajo sus ojos de un color tan púrpura que parecía dar un aspecto amarillento a su rostro. Sus cabellos castaños no estaban perfectamente peinados como de costumbre, le importaba poco que se adhirieran a su frente de manera despreocupada.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —pregunté en un breve susurro, no quería que me amonestara—. Podrías subir al apartamento de Beth, darte una ducha y…

—Es lo primero que he hecho antes de venir aquí. —Hizo una breve pausa—. Y me he encontrado con un vikingo durmiendo en el sofá. He supuesto que era tu flechazo de la otra noche.

Mi corazón aleteó nervioso. Esperaba que hubiera seguido mi consejo sobre marcharse en algún momento del día, porque enfrentar una conversación de hermano mayor preocupado por los ligues de su hermana pequeña no me resultaba importante en ese momento. Incómoda tiré de algunos mechones traviesos hacia atrás. Me pregunté si mi aspecto sería demasiado desaliñado para su gusto. Quizá debería haberme puesto unos pantalones de pitillo junto a unos tirantes para simular esa elegancia que debía trasmitir siempre.

«No tienes que arreglarte todos los días, no es de vital importancia».

—No lo había dicho con la intención de que lo vieras en casa de Beth. —Tragué saliva inquieta—. Yo solo quería que pudieras despejarte…

—Tu nivel de maldad no se puede medir, Spring —respondió él acortando la distancia conmigo y depositó un suave beso en mi frente —. Principalmente porque no existe. Deberías tener cuidado con los hombres como él, porque suelen regalar una relación repleta de verdades a medias.

—Ya me he dado cuenta. —Mis labios se curvaron hacia arriba con cierta amargura—. No sabes cuánto me decepciona.

—¿Te gusta mucho?

—Podría decirse que sí.

Jorell suspiró arropando mi cuerpo con sus enormes brazos. Su olor mentolado me recordó a cada una de esas veces en las que llegaba a casa llorando y él me abrazaba con todas sus fuerzas. Solía decirme que en muchas ocasiones el mundo era cruel, pero que nosotros mismos le proporcionábamos nuevas tonalidades a nuestras decisiones.

—¿Entonces qué es lo que no te hace sonreír? —suspiró con pesadez—. Le regalarías tu mejor sonrisa a la niña del exorcista si con eso dejase de dar miedo.

—Creo que no soy de esas personas que pueden lidiar con un ligue espontáneo —confesé como si fuese lo peor del mundo—. Me he ilusionado con algo que tenía fecha de caducidad desde el primer momento.

—Así somos los Cooper de masoquistas.

Una risa nerviosa escapó de mi garganta. Fue un tanto amarga, pero me resultó triste que estuviésemos viviendo una situación parecida.

—¿Vas a quedarte conmigo en el negocio? —pregunté ofreciéndole un té del hervidor portátil que me había traído—. Te dije que te encargaras de invertir y ser parte de esto, pero no estoy segura de si te quedarás.

—Papá me ha pedido que vuelva a casa mientras él está fuera. —Se mordió el labio aceptando la taza de cerámica que le había ofrecido —. Quizá no me ha perdonado por mi golpe de estado a Carter’s, pero necesita a alguien con quien llevar el negocio.

—¿Eso significa que te marchas?

Su mirada reflejaba una gran cantidad de dudas. Aquel iris verdoso repleto de seguridad parecía perdido como si todo estuviese

oscuro a su alrededor y no fuese capaz de encontrar el camino. Se pellizcó el puente de la nariz con cierta frustración, no sé si esperaba que protestara o simplemente necesitaba tiempo para proporcionarme una respuesta.

—Voy a quedarme indefinidamente, Spring —comenzó a decir con lentitud—. Encargarme de Cooper's es un privilegio, pero nadie confiará en mi criterio después de lo que hice. Además, no voy a mirar hacia un lado ignorando que Mía está en el hospital: puede que esté estable, pero sigue siendo mi hija.

—¿Beth lo sabe?

—Lo supone y eso es suficiente —finalizó el tema—. No sé cómo acabará esto, solo sé que voy a informarme lo suficiente sobre la policitemia vera para encontrar la calidad de vida que necesita.

—Eres un héroe. —Hice una breve pausa—. Al menos siempre has sido el mío.

—Hace tiempo que me ahogué con mi propia capa, princesita, y ya no hay vuelta atrás.

Sus palabras me perforaron el pecho. Fueron similares a las espinas de aquellas rosas que pasarían a la posteridad en nuestro pequeño rincón del mundo. Solo me pregunté si tendría la oportunidad de volver a ver a mi hermano sonreír, porque su felicidad era Bethany, pero no sabía si sería para siempre.

Pasamos gran parte de la tarde juntos. No era la primera vez que teníamos un proyecto en común, pero regresar a las andadas me hacía ilusión. Además, jamás había trabajado ajena a la empresa de mi padre. Para mí todo era nuevo y me causaba tanta emoción como nerviosismo. Jorell estaba acostumbrado a lanzarse a la piscina sin miedo a que estuviese vacía. Para mí era un mundo desconocido que deseaba conocer con él haciéndome flotar. Por eso me sugirió que hiciese una serie de inventarios relacionado con todos los materiales que compraríamos. Creamos el nombre de la empresa que llevaríamos a cabo y dividimos las secciones para no tener demasiado stock antes de tiempo. Teníamos que ir a lo seguro porque no sabíamos si aquella floristería tan diferente tendría una buena acogida.

El tintineo del carrillón de la entrada desvió por completo mi atención. Aún quedaba mucho para que estuviésemos abiertos al público. Habíamos dejado la puerta sin cerrar porque de vez en

cuando Jorell salía en busca de un poco de cobertura para llamar a mi hermana en busca de novedades.

Cuando me giré, la garganta se me secó por completo. Bryce estaba guapísimo con aquellos bucles castaños cayendo sobre sus hombros. Su rostro reflejaba una turbación que aún no había conocido. Supongo que se extrañó despertar de su pequeña siesta y encontrar una nota que le advertía que me encontraba en otra dirección.

—¿Quieres que me quede? —preguntó mi hermano frunciendo el ceño al vikingo medio español que tenía delante—. Porque no me importa rugir por ti.

—Puedo hacerlo yo sola, como una buena Lannister.

Me dio un suave beso en la mejilla para despedirse, no sin antes fulminarle con la mirada dejando claro que no le tragaría con demasiada facilidad. Bryce no pareció sorprenderse porque alguien le hiciese ascos, tan solo se cruzó de brazos y soltó un suspiro.

—¿En qué momento han dejado de ser las cosas como siempre?

Su pregunta fue similar a un brusco empujón. Una parte de mí esperaba que se tratase de algún tipo de broma, pero la tensión de sus hombros solo me hizo negar con la cabeza sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Ayer decidiste negarme la palabra porque no fui una adolescente con Nathaniel —Hice una breve pausa—. No sé qué pensar de tu reacción, Bryce. Por más que le doy vueltas soy incapaz de comprender por qué un hombre con tanta frustración hacia los estereotipos se frustra por una mera conversación con mi ex.

Él suspiró recogiéndose sus mechones sueltos con una mano, diría que era su forma de procesar la información que le regalaba.

—También hablabas de la sinceridad. —Hice una pausa temblorosa porque se me quebraba la voz—. Insististe en cómo me sentiría si veía a Winter, porque aparecer contigo del brazo era ofender al que iba a ser mi marido. Jamás me dijiste que ella estaba enamorada de ti, que deseaba irrumpir en tu boda y que te amaba por encima de todo.

—No le di importancia. —Se encogió incómodo desviando la mirada—. Después de todo no nos afectaba.

—Que Nathaniel Carter me pusiera un anillo en el dedo y no

saliese bien tampoco —contrarresté su despreocupación caminando de un lado a otro de la estancia—. Pero ese detalle si te hace sentir diminuto.

—No me preocupa. —Sus casi monosílabos empezaban a molestarme, me daba la impresión de que su forma de escapar de la conversación era siendo lo más breve posible—. Solo que no entiendo tu facilidad por olvidar que para él no eras importante. Lo aceptas como una niña a la que dan una respuesta breve con tal de callarla.

—¿Y qué esperabas? —pregunté frustrada—. Mi único dolor fue no cumplir lo que quería mi padre de mí, porque no había entregado mi corazón a nadie. Creo que tus celos y tu complejo de inferioridad no te dejan ver más allá. Te escudas en la injusticia, pero ahora eres tú quien me acusa cuando no has tenido la valentía de decirme lo de Winter. Ayer no me llevaste a la comida por ir con alguien, querías darle a entender a Nathan que podías tener algo de él otra vez y yo no soy tu giro inesperado de los acontecimientos.

—No iba a usarte.

—Pero lo has hecho. —Las manos empezaban a temblarme, por eso las acomodé sobre mi vientre intentando controlar mis emociones —. Dime, ¿la sigues queriendo?

Él se rio con cierto agobio, incluso desvió la mirada hacia sus pies sin dejar de moverlos de izquierda a derecha.

—Siempre querré a Winter Adams por lo que fue conmigo —respondió con sinceridad—. Pero ella y yo no tuvimos nada porque nunca quise tenerlo. Es cierto que más de una vez he hecho y desecho sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. Incluso podría decir con sinceridad que quería darle en las narices a mi colega demostrándole que estabas bien sin él.

—No. —Acorté la distancia con él señalándole con el dedo índice —. Querías darle a entender que me tenías como si fuese un premio de consolación y es horrible comparar a dos mujeres.

—Pers…

—Gracias. —Mi sonrisa se ensanchó de tal manera en mi rostro que formó unos pequeños hoyuelos—. Por darme la fortaleza suficiente que necesitaba para encontrarme a mí misma. Puede que para ti esto haya sido una aventura donde presionas los botones exactos para que la chica inocente caiga. Para mí lo ha sido todo: he

aprendido a respirar por mí misma. A querer estar lejos del ámbito paterno e incluso a sentirme bien estando apartada de lo que me decían que era lo idóneo.

Bryce alzó la mano hacia mí. Sus dedos se extendieron para acariciar una de mis mejillas. Cerré los ojos intentando ser fuerte y retrocedí dolida por ser esa moneda de cambio cuando yo había sido siempre sincera.

—Pers —insistió mordiéndose el labio inferior—. No ha sido una mentira.

—Solo una verdad a medias.

Guardó silencio. Sabía que en el fondo tenía razón, porque al igual que yo le hablé de la enfermedad que atacaba a mi sobrina, él podría haberme dicho que Winter era esa mujer que quería a su manera.

—Todo lo que hemos hecho ha sido real.

—Este juego se ha terminado —zanjé dolida—. Así es como lo haces, ¿no? Escondes la cabeza como un avestruz cuando la situación se vuelve más seria. Porque estás tan acostumbrado a ser rechazado que incluso tú sigues unas pautas que te hacen preferir quedarte solo: parece que no somos tan diferentes, al fin y al cabo.

—Spring.

—Me gustaría que no volvieses a buscarme. —Hice una breve pausa atragantándome con mis propias palabras—. N-Nunca más. Porque me he enamorado de cada trocito de ese Bryce que quería hacerme bailar entre sus brazos hasta que los hilos se rompieran y cayese de bruces contra el suelo.

Como si mis palabras fuesen la muletilla de unas palabras mágicas, Bryce giró sobre sus talones mientras me dirigía una mirada repleta de preguntas que no quise contestar en mi mente. Lo mejor era olvidarlo, pasar la página y empezar a escribir una nueva.

Sería fácil, ¿no?

Capítulo 16

Pasos hacia atrás

El aire de *SacredHeart* venía acompañado con su olor característico a salitre. Se mezclaba con el delicioso aroma del pan recién hecho de la panadería de la plaza y sus notas achocolatadas me hacían salivar preguntándome si sería una buena idea hacer un desvío antes de ir a verle.

Volver a EastBlueNite antes de que el sol iluminara cada una de sus calles me hizo sentir lejos de todos los problemas que retumbaban en mi cabeza. Me acerqué a la hilera de casas de tejado rojizo que daban nombre a aquella parte del pueblo. Llegar hasta allí sin disponer de coche propio había sido una auténtica odisea. No solo no existía ninguna línea de tren que dejase por los alrededores, sino que había tenido que pagar un Uber para llegar a mi destino antes de que la vida en el muelle comenzase a despertar.

Mis pasos fueron dudosos. Estaba segura de hacer aquel viaje por mi cuenta, pero existía esa voz de la incertidumbre que aún me decía que no era capaz de ello. Porque en otras circunstancias habría tenido un chófer personal que me habría llevado al fin del mundo si se lo hubiese pedido.

Ahora estaba sola y no tenía que asustarme caminar por mi cuenta.

Ascendí los escalones que me separaban de la puerta de los Connelly, apoyé los nudillos sobre la madera y toqué con sutileza. Entre mis manos descansaba aquella pequeña caja donde protegía cada uno de sus recuerdos. Estaba nerviosa. No sabía si habría acertado apareciendo allí delante de una persona que apenas conocía, pero tenía tantas ganas de proporcionarle un pellizco de felicidad que me importó poco si resultaba precipitado.

Con un nudo en el estómago volví a tocar. No se escuchaba ruido en el interior y me lamenté de aquella impulsividad que no era propia de mí. Lo sucedido con Bryce me tenía tan inquieta que tenía la cabeza lejos de la floristería, de la situación de mis hermanos e incluso de la chica que se quedó sin boda.

Derrotada decidí marcharme. Sabía que sería doloroso para mi bolsillo llamar a un Uber de nuevo, pero no me quedaban opciones.

Estaba en un punto remoto de California State Route 1, con una rosa repleta de historia y con ganas de tirarlo todo por la borda.

—¿Spring Cooper?

Levanté la barbilla al escuchar mi nombre. Había perdido toda la ilusión de proporcionar algo de magia al hombre que me había contado su secreto para elaborarlas. Cuando sus ojos azules se encontraron con los míos me dio la sensación de que no estaba todo perdido. Una pequeña sonrisa emergió de mis labios al ver su cabeza repleta de trenzas, acorté la distancia con él un tanto emocionada e incluso sentía la respiración agitada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —insistió —. ¿Has venido con Bryce?

Negué con la cabeza extendiendo la cajita de cartón hacia él dejándole perplejo. Creo que no consideraba que cumpliría mi encargo; no nos debíamos nada después de habernos visto una única vez.

—Teníamos algo pendiente —dije con simpleza—. Y recuerdo que eres mi primer cliente.

—No esperaba que lo recordaras —confirmó haciéndome un gesto para que entrásemos dentro de su hogar—. Habría ido a Santa Mónica si me lo hubieses pedido.

—Sentía que tenía que venir hasta aquí.

Ryan caminó hasta la encimera de la cocina, me pareció nervioso como si temiese no ilusionarse con mi trabajo. Si su reacción no era positiva no me enfadaría en absoluto. Sabía que era difícil poder recopilar todos los buenos momentos con alguien, además yo no conocía a Narella lo suficiente como para encontrar esos matices que la hacían especial para él.

—Parece algo personal.

—Creo que en cierta manera lo es —admití sorprendida de que se girase—. ¿Estás preparado?

—¿Vas a cerrar un capítulo de tu vida cuando vea el resultado?

Abrí los labios con cierta sorpresa, Ryan no solía esconder cualquier pensamiento que pululase por su cabeza: si hacía daño o dejaba escozor en la piel no consideraba que pudiese perder más de lo que había perdido.

Me detuve a pensar su pregunta. Me aferraba con uñas y dientes a que mi deseo de hacerle feliz no tenía trasfondo. Jorell siempre decía que estaba en mi código genético proporcionar ilusión a los demás, pero si fuese la misma chica dudosa de sus pasos no habría cogido un coche por mi cuenta, ni estaría hablando con un hombre que no había pasado por el círculo de confianza de mi padre.

—N-No lo sé.

—Creo que sí —suspiró él rascándose un poco la nuca—. ¿Sabes? Hace tiempo que decidí no meterme en los asuntos de mis amigos ni para bien ni para mal. Tomé la decisión de vivir mi vida a mi manera, así que dármelas ahora del mejor cuando estoy perdido sería una tontería. Lo único que puedo decirte es que Bryce no es un mal tío, solo considera que será un capullo como su padre. Por eso cuando alguien intenta cuidarle hace bomba de humo o no le suele parecer suficiente.

—Siento que me ha utilizado para que siga portando esa etiqueta de chico malo —respondí caminando sin rumbo fijo—. Pensaba que era mucho más que eso.

—Lo es.

—No estoy muy segura. —Encogí los hombros. Me quedé enfrascada en aquel cuadro donde Narella vestía un enorme vestido de novia con una cola tan larga que parecía arropar la arena—. Tengo entendido que, cuando te importa alguien, lo atesoras. Aunque

siempre me ha comparado con Perséfone, la diosa de la primavera. Quizá tenía razón y necesito florecer en otro sitio lejos de su propio infierno.

—Y también tienes que perderle para darte cuenta de que no era un simple juego.

Noté un nudo en el estómago. Empezaba a molestarme esa parte de mí que deseaba volver a casa para esconderse bajo sus sábanas. Me temblaban las manos. Mi lado más infantil insistía en que no había más allá de las advertencias que siempre me habían hecho permanecer escondida. Dudosa me acerqué a él, tragué saliva y alcé una de las solapas buscando su interés.

—¿Lo abrirás?

—Me asusta —soltó una carcajada tímida—. ¿Puedo hacerlo en otro momento?

—No, porque sé que no lo harás.

Ryan suspiró. Se atrevió a acomodar sus manos en la parte superior de la caja y no tardó demasiado en inclinarse para sacar con cuidado aquella pequeña cúpula de cristal forrada con papel de seda rosa.

—Creo que…

—Puedes hacerlo. —Hice una breve pausa—. Lo sé.

Cerró los ojos durante unos segundos, tenía que mentalizarse de que podría hacer frente a esa bonita caja de Pandora que estaba escondida en un rincón de su corazón. Cuando se sintió lo suficiente valiente para enfrentar mi encargo, rasgó el papel encontrándose con aquella rosa azul con su tallo vestido con un lazo blanco. Las lágrimas salpicadas por sus pétalos le daban un aspecto nostálgico, al igual que aquellos dos muñecos vestidos de novios que hacían referencia a dos jóvenes enamorados de la foto.

Su silencio me pareció mala señal, pero aceptaría su opinión con toda la elegancia posible. Apreté los puños con cierta fuerza, mi trasero vibraba; el móvil sonaba sin cesar desde hacía un buen rato, pero no era el momento de atender la llamada. Mi mirada solo estaba absorta en la dolorosa caída de sus lágrimas. Dibujaban un camino por su rostro como si tuviesen el objetivo de dejar cicatrices en él. Por un instante quise acercarme , pero cuando quitó la parte acristalada para mimar los pétalos con la yema de sus dedos supe que veía a esa esposa

con la que no pudo formar una familia. A la que aún esperaba en cada rincón de la casa y que echaba tanto de menos.

—Nunca será como verla a ella —susurré—. Solo espero que te haga sentir todo eso que crees que has perdido.

—Es desgarrador —dijo con voz quebrada limpiando las lágrimas con el dorso de su mano—. Volver a notar un pellizco en el corazón es parecido al disparo de una bala: te perfora y se adhiere a tu carne para recordarte que sigue latiendo a pesar de la dolorosa herida… Joder, ojalá estuviera aquí.

—Lo está. —Hice una breve pausa ignorando de nuevo mi teléfono—. En cada foto, recuerdo y olor. No la estás traicionando por decirle adiós de momento, Ryan, solo es una breve despedida.

—Gracias.

Alcé las cejas sorprendida. Era como Bryce en ese sentido, prefería dedicarme las palabras justas y necesarias para hacer frente a aquel torbellino de emociones que sentía.

—¿Por qué?

—Por permitir que la vea de nuevo. —Sus labios se curvaron de manera fugaz. Mi corazón se aceleró desesperado ante la inmensa felicidad que hinchaba mi pecho en esos momentos. Si cada uno de mis encargos proporcionaría tantos momentos bonitos, «El baúl de los recuerdos» sería un auténtico éxito—. Gracias, Pers, pero deberías volver pronto al Inframundo: Hades se vuelve demasiado huraño cuando recuerda como sabe la soledad.

Ryan preparó un café tan espumoso que el tono tostado se me quedó en el paladar. Por supuesto también conté con un destacable bigote cada vez que mis labios besaban la bonita taza de cerámica para degustarlo.

Esta vez se atrevió a hablarme de cómo conoció a su esposa. La primera vez que hicieron un viaje juntos y fue un desastre. Esa ocasión en la que él rompió todos los límites para enfrentar las protestas de sus padres. Cuando cogió fuerzas para hincar la rodilla en medio del puente de Londres, porque allí fue su pedida y todas las que necesitó para enfrentar la enfermedad.

Me pregunté si estaba perdiendo mi vida dudando de cada uno de mis actos. Mis días en Santa Mónica eran algo tambaleantes por tener un pensamiento tan lineal. Conocer a Bryce me proporcionó esa

libertad que jamás había palpado. Por eso chillé, reí a carcajadas y amé entrelazar mis dedos con los suyos cada vez que le tenía cerca: él era mi aire como también era mi armadura contra mi perfecta vida y lo echaría demasiado de menos.

Un suspiro escapó de mis labios cuando me marché dejándole entre sus manos una oportunidad de trabajo en Santa Mónica. No me dio una respuesta, pero algo me decía que el tiempo le pondría en mi camino de nuevo. Dirigí un último vistazo a aquel tejado rojo que tanto me gustaba y me pregunté cómo volvería a casa de Bethany: a mi sobrina le habían dado el alta y queríamos hacer un pastel todos juntos.

Chasqueé la lengua al notar nuevamente que me llamaban. Debía de ser de vital importancia si no dejaban de insistirme. Tanteé el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero, apreté el botón de desbloqueo para visualizar el contacto y vi ese «A. Papá» que provocó que se me cayera el alma a los pies. En todo el tiempo que llevaba fuera no había hecho ningún movimiento, prefirió mantenerse al margen esperando que yo acudiera a él.

Nerviosa deslicé los dedos por la pantalla, me llevé el móvil al oído y esperé escuchar esa voz grave que tan bien conocía. Me sentí culpable de no haberle mandado ningún mensaje, pero el deseo de escapar fue mucho más poderoso que las cadenas de perfección a las que estaba atada.

—Princesita. —Mi piel se erizó con brusquedad al escucharle después de tanto tiempo—. Por fin puedo hablar contigo.

—Papá, yo… —Me mordí el labio con cierta impotencia, caminé sin rumbo mirando a ambos lados, no sé si esperaba que un príncipe azul me recogiera, pero tenía que entender que no siempre tendría el privilegio de chasquear los dedos y solucionar todo—. Siento tanto haberte hecho esto. Sé que para ti Cooper es uno de los pilares más importantes de nuestra familia, pero no pude hacer que Nathaniel se quedara.

—¿Por eso no me has llamado? —preguntó—. ¿Creías que estaría decepcionado contigo? Eres mi hija, Spring. Me importa mi empresa como si se tratase de una persona más en nuestra vida, pero no quiero perderte y menos aún cuando no podías controlar lo que sucedió.

—Me daba vergüenza ser una completa inútil —dije con

sinceridad—. Estaba preparada para casarme con el hombre que elegiste para mí, pero sin poder cumplir algo tan básico ni poder aliviarme tras tus consejos, me sentía completamente perdida.

—Siempre has sido una mujer inteligente —aseguró alejando un momento el teléfono para dar alguna orden que no pude comprender —. Hermosa y dulce. No necesitas castigarte por algo así.

Me acomodé en la plaza del pueblo a pesar de lo incómodo que era el asiento empedrado. La gente comenzaba a salir de sus casas con la intención de pescar un buen pez ese día o las madres aferraban a sus pequeños de las manos recordándoles que no debían corretear sin mirar alrededor. Eso me hizo preguntarme por la tranquilidad de mi padre. No me había gritado, tampoco rogó a lo que hubiese en el cielo por haber dado conmigo, así que pude deducir la verdad: sabía dónde estaba en todo momento.

—Era una muñeca —contesté para reprenderle—. Sin vida. Dudosa de dar un paso y pegar un traspiés. Te aseguro que no me he dado cuenta hasta ahora como es de importante volar lejos hasta dar con tu propio camino.

—¿Y qué ha cambiado?

«Haberle conocido»

—Escapar ha sido la clave.

Brandon suspiró tras la línea. No parecía molesto por mi respuesta, creo que temía perderme por completo. Carraspeó un poco volviendo a tomar la voz cantante en la conversación y a mí no me importó demasiado.

—¿Estabas mal en casa?

—No. Jamás, papá. —Me habría encantado tenerle delante para abrazarle y decirle que todo estaba bien entre nosotros. Algo me decía que le inquietaba que pudiera culparle de cada una de sus decisiones —. Creo que aparte de ser una Cooper necesitaba ser yo misma.

Hubo un silencio incómodo entre nosotros: él no encontraba las palabras adecuadas y yo sentía la curiosidad cosquilleando por cada poro de mi cuerpo.

—¿P-Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Jorell se va a encargar de tu empresa porque no confías en mí?

—No, cariño. —La gravedad de sus cuerdas vocales parecieron

perder fuerza con tal de darme a entender lo mucho que me echaba de menos—. Le he pedido que venga a Boston porque tú no estás en casa y él sabría hacer mejor su trabajo si alejase sus sentimientos de los negocios. Soy muy consciente de que ha creado una mancha en su expediente tan grande que será muy difícil de borrar, pero puede encargarse de nuestra empresa con los ojos cerrados.

Curvé mis labios hacia arriba notando aquella invisible sábana que tan arropada me hacía sentir. La sensación de tener una familia la asemejaba a la suavidad de la tela, al olor a Brummel mezclada con el aroma a tabaco que tanto caracterizaba a mi padre.

Me pregunté cómo había sido capaz de dormir sin nuestro rato juntos por las noches. Sin teorizar acerca de nuestras series favoritas ni preparar cócteles difíciles de pronunciar que terminaban estando terriblemente deliciosos.

—¿Vas a volver a casa? —Su pregunta pareció rasgar el aire, alcé la cabeza al cielo disfrutando del leve movimiento de las esponjosas nubes—. Aquí siempre tendrás tu hogar al que volver, Spring, no te confundas. Decidí seguir el consejo de tu hermano y darte el espacio que necesitabas, pero me encantaría que volvieses a mi lado.

«Era evidente que te tenía informado. Seguro que me ha mentido y lo mandaste aquí con la intención de saber qué estaba ocurriendo».

—Yo… —Mi respuesta quedó en el aire —. ¿Qué piensas acerca de lo sucedido?

—Que no elegí bien para ti. —Hizo una breve pausa incómoda—. Merecías mucho más.

—Merecía a alguien que viese más allá de mi apellido, solo eso.

—Tienes razón —admitió a regañadientes—. Estoy cansado de escudarme que no fue un error mío, pero debo aceptar que sí. Quería para ti el hombre más influyente sin pensar en tu corazón. Sé que todo esto te ha dejado cicatrices en la piel, por eso quiero que estés en tu zona de confort todo el tiempo que necesites, recuperándote hasta que puedas levantarte.

—Pero mi sueño…

—Quizá no es el momento de cumplirlo. —Me interrumpió ajeno a todos los sentimientos que afloraban en mi pecho—. Te mandaré el billete de avión para regresar a Boston, S, solo si quieres volver a tu vida de antes.

Eché un último vistazo a mi alrededor. Había ganado autonomía, independencia y quizá algo de imprudencia. Toda aquella temeridad solo consiguió que me encontrase en medio de la nada sin dejar de mover las piernas, pensando en cual sería mi siguiente paso. Si mis alas iban a proporcionarme esto, ¿de verdad las quería?

—Volveré —contesté derrotada—. Supongo que no tengo motivos para quedarme.

Capítulo 17

En busca de Perséfone

Bryce

Cuando una de mis aventuras se acababa me sentía vacío. No me lamentaba de que esa persona se hubiese dado cuenta de que no era suficiente. Era un sentimiento hueco, como dar fin a una historia que no terminaba de llegarte al alma. Me dolía en un principio porque tampoco era de piedra, pero después llegaba otra persona que me proporcionaba una pizca de felicidad y volvía a empezar de nuevo.

Me incliné hacia adelante en el sofá. Apoyé los codos sobre mis muslos intentando buscar un mínimo de estabilidad. Solté un suspiro, eché mis mechones castaños hacia atrás, frustrado. De mis labios escapó tanta impotencia que me habría encantado marcharme a alguna bonita terraza en busca de cualquier mujer a la que le pareciese atractivo.

Pero terminar en la cama de alguien que me venerara durante un breve periodo de tiempo para después decirme adiós con la mano, no me resultaba suficiente.

Desde que conocí a Spring ser ese rompecorazones me resultaba asfixiante. Siempre lo utilicé para no pensar en lo que yo podría

necesitar de los demás. Puede que Julia fuese uno de los amores de mi vida, al igual que Shelly, pero aquella inocente flor que me veía como una persona más en el mundo sin fijarse en los estereotipos que bailaban a mi alrededor se había quedado con mi mente y mi adolorido corazón.

El escozor en mis ojos me hizo parpadear. La había cagado mucho con ella por no ser capaz de decirle que quería fardar delante de mis colegas que yo también podía tener a alguien que me mirase solo a mí.

Como una vez lo hizo Winter y no fui capaz de valorarlo.

Porque en ese momento prefería esconderme en las sábanas de Julia esperando que fuese el amor de mi vida. Recuerdo esas largas noches en el campus donde ella me abrazaba para infundirme confianza. No le importaba echar a un lado sus sentimientos con tal de prometerme que volvería a su vida. Incluso cuando la buscaba para esconder mi rostro en su hombro controlaba sus ganas de besarme. Su deseo de pedirme que me quedara y muchas más cosas en las que nunca reparé porque solo pensaba en mí.

—Eh B. —La voz de Zander me hizo alzar mi mirada—. Dile a Nathaniel que echarle ajo al sofrito de una maldita paella es hacerle el haraquiri.

—Suele llevar cebolla, tomate, pimiento verde y un diente de ajo —respondí notando la presencia de Nat cerca de la cocina. Según tenía entendido se quedaría unos días en un hotel de Santa Mónica porque Winter quería ayudar a Autumn en uno de sus desfiles—. ¿Desde cuando os interesa la gastronomía española?

—Bueno, quizá si no tuvieras cara de corderito degollado no tendríamos que recurrir a internet para buscar la verdadera receta. —Mi colega, el que estaba más alejado de mí, fingió mirar el teléfono con un interés que no llegaba a sus ojos—. ¿Por qué la valenciana es diferente a la que se hace en Andalucía?

—Bueno, mi madre solía hacerla con huevo duro como decoración. —Encogí los hombros con un gesto desinteresado—. Creo que ser polifacético no es ningún delito.

—Verte inquieto por una tía es algo insólito. —Zan alzó las manos para que no le fulminara con la mirada—. ¿Qué? Si tienes ganas de llorar.

Chasqueé la lengua algo molesto. Que me vieran de aquella manera solo hizo que me pellizcara el puente de la nariz inquieto. Siempre solía destacar por mi sonrisa, además de tener ese deje burlón que solía desesperarles. Al parecer habían cambiado las tornas e iban a presionarme hasta que me diese por derrotado.

—Tenéis ganas de tocarme los cojones.

—Un poco. —Nat acortó la distancia entre nosotros, en aquellos últimos días no habíamos hablado demasiado. Yo no quise entablar una conversación como si no hubiésemos tenido ningún tipo de roce, porque sería fingir que estábamos bien—. No siempre ibas a tener la voz cantante, Bryce.

—Estabas deseando que llegase este momento. —Una sonrisa amarga se deslizó por mis labios, su sabor me resultó demasiado desagradable en el paladar—. No lo niegues.

—Me encantaría decirte que me alegro de tus desgracias, pero no es así. —Con sus mechones casi grisáceos perfectamente peinados, ladeó la cabeza para mirarme—. Qué mierda de amigo sería si me riera de que estés jodido, ¿no?

—No he tenido la valentía de pedirte perdón —admití con cierta vergüenza—. Poner voz a una disculpa cuando no la sentía lo veo una gilipollez. Se supone que los amigos deben decirse la verdad y reírte la gracia por encontrar esa estabilidad no sirve de nada: vendrá el problema después.

Sus ojos azules me escrutaron con tanta profundidad que me sentí completamente desnudo. Nathaniel no era una persona rencorosa, pero sabía lo decepcionado que estaba conmigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—He encontrado mi respuesta. —Me levanté con esa horrible tensión tirando de mis hombros—. No he podido dártela antes porque no me había enamorado hasta las trancas de nadie. Spring ha sido la única persona que me ha mirado por quien soy. Así que sí, fui un gilipollas por meter los dedos entre Winter y tú. Me aproveché de lo que sentía por mí porque no quería sentirme solo: ella era la constante en mi vida. Volver a la universidad y encontrarme con su sonrisa era suficiente para seguir yendo a la deriva. Lo siento, Nat, quería protegerte del mundo, pero no lo hice de mí.

Él soltó todo el aire que estaba conteniendo. Me dio la impresión

de que su cuerpo se desinfló por completo cuando me atreví a ser sincero con él. No se pensó ni un instante en alzar los brazos para abrazarme, los entrelazó con fiereza proporcionándome unos golpecitos en la espalda. La sensación me encogió un poco el corazón. Recordé esos días en los que tiraba de él para que fuéramos a alguna fraternidad y se cohibía queriendo quedarse en su apartamento.

—Ya era hora de que volvieras, capullo.

—Estaba en modo avión. —Solté una carcajada correspondiendo su abrazo—. Aunque es demasiado tarde para mí. Spring me dejó bien claro que no quería volver a verme y no voy a forzarla a ello.

Zander y él entrelazaron una mirada furtiva, me daba la impresión de que no confiaban en mi gesto derrotado. Mi compañero de piso apoyó su brazo en mi hombro, a veces tenía ganas de zarandearle para que pusiera los pies sobre la tierra. Su gesto, por más que ignorara todo lo relacionado con los problemas, fue lo suficiente burlón para que me hiciese fruncir el ceño.

—¿Te parezco un payaso, Zan?

—No, joder —retrocedió como si le hubiese dado un empujón—. Eres tú. No vas a permitir que se te escape de las manos. Pers es tu felicidad y bueno, te hace ser mejor persona como los malditos clichés de chicos malos que se desintoxican de sus cabronadas.

—¿Pers? —Nathan nos miró de manera sucesiva sin comprender —. ¿Qué me he perdido?

—Es una larga historia

—Sí que he estado desconectado con la reforma.

Mi compañero de piso mostró esa media sonrisa canalla que usaba para destacar dentro de su grupo de amigos. Esta vez la picardía llegó a sus ojos azules. Parecía disfrutar con la desorientación de nuestro impoluto amigo.

—Más bien de los amoríos de Bryce Evans.

—¿Y a qué estamos esperando? —Nat nos miró simultáneamente en busca del siguiente paso. Quería ser parte de todas las locuras que se había perdido—. Nos queda el último acto.

—Nathaniel, a veces pareces un viejo de cincuenta años. —Zander dejó de contenerse y se rio a carcajadas—. Recuérdame que la próxima navidad te regale un bastón para lidiar mejor con ese dolor de rodillas del que tanto te quejas.

—Aun hago boxeo, graciosillo —amenazó dándole un golpe en el pecho—. No me hagas hundirte la cara.

—Chicos, sigo aquí —les recordé llamando la atención de los dos —. Ya sabéis, me estaba quejando de ser un capullo.

—Eso se soluciona llamándola por teléfono.

Dudoso de la simpleza con la que veían las cosas tanteé el móvil en uno de mis bolsillos. Me daba demasiado miedo buscar su nombre en mi agenda y llamarla. Me costaba tanto lidiar con la culpa que tardaba demasiado en encontrar las palabras adecuadas.

—Sería demasiado fácil.

—No se trata de que la situación valga menos por ser sencilla, Bryce. —La voz de Nathaniel me hizo sentir diminuto. Siempre era yo quien actuaba como si lo supiera todo, pero en ese momento estaba tan perdido por la situación que no quise alzarme por encima de sus cabezas—. A veces un simple «te quiero» basta para que alguien se quede.

Solté todo el aire que estaba conteniendo, deslicé mi dedo por mi lista de contactos para dar ese paso que no me atrevería en ninguna otra ocasión. Una vez que presioné el botón de llamada me llevé la desilusión de que su teléfono estaba apagado. Lo primero que pensé es que las habría desviado, miré a mis colegas agobiado y tiré el móvil sobre la mesa de café.

—Dame un segundo.

Zander se alejó haciendo un gesto con la mano para que no me levantase del sofá. Le escuché hablar por teléfono durante unos minutos, lo único que me fijé desde mi posición es que gesticulaba demasiado. Después fue hasta la barra americana, cogió un trozo de papel descolgando de nuevo mientras escribía.

—¿Tienes el Mazda en la puerta? —Me preguntó haciendo bailar la nota entre sus dedos—. Tenemos que irnos.

—Sí, está donde siempre. —Hice una breve pausa—. ¿Qué pasa?

—He llamado a Ty para que le preguntase a Bethany donde está su hermana. —Se rascó la nuca un poco incómodo por haberle pedido el favor a su colega—. El caso es que me ha dicho que Spring va a coger un avión en dos horas: vuelve a casa.

—¿A casa? —respondí sin dar crédito a lo que escuchaba—. La última vez que la vi estaba acondicionando un local. Pensaba que eso

la haría asentarse aquí durante una larga temporada, pero que lo deje todo… Maldita sea, yo no quería esto.

—Dime una cosa, B —Nathaniel me miró con curiosidad—. ¿Podrías lidiar con un rechazo por parte de Spring? ¿Sería tan fácil como siempre?

Tragué saliva un poco inquieto.

—No es lo mismo.

—¿En qué cambia?

—El Inframundo está muy sobrio sin su sonrisa —dije levantándome del sofá—. Y me ha acostumbrado a que sea parte de mi día a día: la quiero Nathan, de una forma que nunca creí que podría querer a alguien.

—¿Entonces vamos a por ese último acto?

Zander cogió la gorra que tenía en la entrada, movió las cejas buscando el ceño fruncido de Nat y salimos del apartamento volviendo a ser esos tres idiotas que estaban dispuestos a cambiar el mundo si tuvieran ese poder.

***

El aeropuerto de Los Ángeles estaba casi a una hora de Santa Mónica. El nudo que tenía en la garganta me impedía por completo respirar, tuve que hacer una parada para pedirle a Nathan que condujera hasta nuestro destino. Fue muy humillante que estuviese todo el camino pegado a la ventanilla del copiloto, pero me sentía tan asfixiado con el hecho de que se convirtiese un borrón en mi vida que no podía pensar con claridad.

Me habría encantado rasgar mis cuerdas vocales siguiendo los acordes de Slipknot, pero estaba enfrascado en recordar el miedo en sus ojos marrones al mirar la gran altura que nos separaba del suelo el día que saltamos del avión. Me perdí en los bonitos hoyuelos que se dibujaban en sus mejillas cuando bailamos alrededor de la hoguera. Me empapé de su inseguridad en sus momentos de flaqueza y de su decepción cuando no fui capaz de decirle la verdad sobre mi lugar en la vida de Winter.

—Nat, ¿crees que la perderé?

Él me miró de reojo pisando con más fiereza el acelerador.

—No, esta vez nadie te dejará atrás.

Oírlo de él me hizo sentir un poco más tranquilo. Creo que una parte de mí esperaba que pudiera traicionar mi sinceridad en cualquier momento, pero debía recordar que no todas las personas eran iguales. Nathaniel Carter era similar al mar: trasparente, decidido y quizá cuando tocaban lo suyo se embravecía como sus olas.

Cuando puse un pie a pocos metros de la puerta principal del aeropuerto, no dudé en bajarme del coche para lanzarme a la piscina. Las pantallas no dejaban de parpadear mostrando los vuelos que saldrían en cuestión de poco tiempo. Busqué el que salía a Boston, esperaba que no hubiera pasado el control de seguridad todavía.

No iba a detenerme hasta encontrarla. Me hice paso entre la multitud sabiendo que mi imprudencia podría llamar la atención de los guardias de seguridad. Susurré un par de disculpas mientras pensaba en sus ojos marrones, en sus largos mechones chocolates y en su bonita sonrisa.

A lo lejos me pareció verla. Llevaba un pantalón negro adherido a la cintura, además de su básica rosa palo favorita. Sus facciones eran tristes como si estuviese tomando una decisión entre el deber y lo que realmente quería.

—¡Eh, Pers!

Ella dio un respingo al escuchar aquel apodo que le había puesto. Se giró para buscarme en aquella enorme cola hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Abrió los labios sorprendida, no contaba con que estaría agazapado con las manos apoyadas en mis muslos mientras recobraba el aire perdido. Me maldije a mí mismo por haber dejado un poco rezagado el ejercicio que solía hacer en Boston, prometía retomarlo solo si Spring se quedaba.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Hizo un barrido visual para comprobar si venía solo—. ¿Por qué has venido?

—No voy a vivir sin ti —dije de manera brusca haciéndola parpadear—. Puede que Hades aceptara a regañadientes que Perséfone se marchase con su madre cada seis meses, pero yo soy Bryce Evans: inseguro, enamoradizo, con un enorme sentido de la inferioridad… y tú me haces ser mejor persona.

—Si eso fuese cierto no habrías tenido miedo de decirme la verdad. —Se cruzó de brazos con cierta decepción—. Pero solo me contaste lo que pensabas a retazos.

—No era capaz de decirte que me aproveché de los sentimientos de Winter cuando estábamos en la universidad —suspiré con cierta vergüenza—. No he sido la mejor persona del mundo, siempre que me sentía perdido necesitaba sentarme a su lado para ser parte de algo. He estado tan encasillado en los tropiezos de mi padre y en mi propio aspecto que no me ha importado pensar en las consecuencias.

—¿Por eso has venido? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Para solventar un error?

—He venido porque te necesito en mi vida, Pers —susurré con sinceridad cogiendo una de sus manos, quizá jugueteé un poco con la yema de sus dedos—. Tú me haces querer luchar por ese amor que siempre se me ha escapado de las manos.

Torció sus labios intentando controlar las ganas de llorar. Parpadeó mirando hacia los molestos focos en busca de una entereza que no estaba en su código genético. Sus lágrimas eran escurridizas, quizá algo traviesas, pero le daban un aspecto tan angelical que me habría encantado besar cada una de ellas.

—Te dije que no volvieras a buscarme y a pesar de eso…

—¿De verdad pensabas que me iba a perder verte florecer por ti misma? —Mis manos se alzaron hasta sus mejillas, rocé mi nariz con la suya sacándole una breve sonrisa—. Soy un poquito egoísta, Pers y no quiero que tu padre te esconda en un rincón: deseo que brilles con toda tu luz.

—Tienes demasiada labia.

Curvé mis labios con cierta diversión.

—Se me da tan bien hablar como besarte. —Hice una breve pausa —. ¿Le das una oportunidad a un Hades destronado y sin su reina?

—Solo si pierde la cobardía.

—Entonces tendrás que enseñarme a olvidarla.

Spring suspiró, alzó sus brazos rodeando mi cuello con tanto anhelo que me sentí como en casa. Tenía pensado darle un beso de película para que jamás olvidase mi aparición en el aeropuerto, pero no sucedió como imaginaba. Ella obvió mis pautas, como yo le hice olvidar las suyas, atrapó mis labios con tanto cariño que me importó

poco quien diese el primer paso. Porque poder disfrutar de esa dulce sensación donde nuestras bocas encajaban como si se conocieran desde hacía tanto tiempo, era suficiente para poder respirar aliviado por primera vez en mucho tiempo.

—Te quiero, Bryce.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

La primavera había llegado al Inframundo y con ella mi corazón volvía a latir sin miedo a ser juzgado.

Epílogo

Sin vías de escape

1 año después…

El salón donde se llevaría a cabo la celebración parecía sacado de un capítulo de los Bridgerton. No podía dejar de embelesarme con la enorme chimenea de mármol donde crepitaba el fuego de una manera tan elegante que me habría encantado ponerme a bailar entre las mesas de manteles dorados y copas grabadas con nuestros nombres.

Todo estaba perfecto para el día siguiente donde cada rincón del lugar se llenaría con los miembros de mi familia, los de Bryce y por supuesto con nuestros amigos en común.

Entrelacé las manos sobre mi pecho un poco nerviosa y cerré los ojos disfrutando de la voz de Christina Perri. Habíamos elegido la lista de canciones que se escucharían como un breve susurro y las que nos harían levantarnos hasta que nos doliesen los pies al final de la noche.

El calor de unas manos me hizo soltar una risita aniñada, sabía de sobra que se trataba de él, pero prefería hacerme la sorprendida si con ello podía disfrutar de su cercanía. Bryce se inclinó sobre mi oído, mordió con lentitud el lóbulo de mi oreja y cuando me encogí me hizo girar para presionar sus labios contra los míos: sabía a vino, al pastel

de zanahoria que habíamos compartido y ese último trocito de chocolate que nos habían acomodado al lado de la taza de café.

—¿Estás nerviosa?

—La primera vez que viví esto no lo estaba —comencé a decir de manera curiosa—. Supongo que todo lo habían organizado por mí, así que no tenía que preocuparme por ningún tipo de interrupción. Ahora que llevamos con la planificación desde hace medio año estoy completamente asustada.

—¿Qué ha dicho tu padre cuando le has comentado que pagaremos nosotros la boda con lo que saquemos de la floristería?

—Se ha molestado —asentí porque sabía que no le gustaría la idea —. Además me ha recordado que si te has cortado el pelo para la celebración.

—Le habrás dicho que no.

—No le he dado explicaciones, solo le dije que mañana nos sorprenderías —ladeé la cabeza viendo cómo fruncía sus labios—. Quien sabe, quizá mi marido prefiere teñirse, hacerse trenzas o raparse al cero.

—Soy un poco más sencillo que cada una de esas opciones.

Bryce me dio un sonoro beso en el cuello que me hizo cosquillas. No le importó que me encogiera, me tomó entre sus brazos con la intención de tener mayor alcance a mis costados, así podría hacerme sufrir un poquito más.

—No me has dicho por qué has pedido las llaves de cobre de las dobles puertas que hay a ambos extremos del salón. —Enarqué una ceja llamando su atención—. Lucas, nuestro *wedding planner*, me ha insistido que era algo de vital importancia.

—Lo es —admitió de lo más tranquilo comprobando las servilletas de tela con nuestras iniciales—. Como has dicho esta es tu segunda boda, aunque la primera no terminase con un «Sí quiero».

—¿Qué quieres decir con eso?

—Como se llevará a cabo aquí el tema de los votos, he hecho un inciso en que las puertas estarán cerradas. —Abrí la boca dispuesta a replicar, no me parecía bien que estuviese tanta gente concentrada en un sitio cerrado—. ¿Pensabas que no tomaría medidas?

—¿Medidas? —pregunté perpleja.

—La última vez huiste de tu boda, Pers. —Su voz estaba repleta

de diversión; pasó una de sus manos por la parte superior de la chimenea. Le habíamos pedido a nuestro planificador que llenase de fotos aquella parte—. Yo no te daré esa oportunidad.

—Es decir, que me estás secuestrando. —Me atreví a decir notando como asentía con simpleza—. Estoy empezando a preocuparme por esa similitud con el dios de los muertos.

—Entiéndelo, mejor prevenir que curar como siempre dice mi madre.

—¿Está ya en el hotel?

Bryce esbozó una sonrisa tan repleta de ilusión que me habría encantado pasar mis brazos alrededor de su cintura y tambalearme de un lado a otro para disfrutar de su calor. Sabía que llevaba mucho tiempo sin ver a su madre, estaba tan pletórico como nervioso.

—Llegó hace unas horas —respondió—. Estará a mi lado en el día más importante de mi vida.

—¿Quién diría que el gran Bryce Evans sería el primero de sus amigos en casarse? —me mofé de aquellas etiquetas que tantas heridas invisibles habían dejado en su piel. Todo eso había quedado atrás desde el instante en que comenzó a sentirse seguro conmigo a su lado. Nuestra relación se basaba en la confianza, en el respeto y por supuesto, en no tener ningún secreto entre nosotros—. ¿Estás preparado para lidiar con las bromas de Zander?

—Técnicamente Vincent fue el primero. —Alzó su dedo índice para matizar un poco mis palabras—. Que esté divorciado no significa que no lo haya hecho.

—Todos estáis en igualdad de condiciones, B —carraspeé para que dejase de escudarse en cualquier tontería—. El chico malo que se viste de traje.

—Podemos hacerlo cuando nos venga en gana —aclaró —. No me quedan tan bien como los pantalones vaqueros y las básicas que dejan ver cada uno de mis tatuajes. Aunque tampoco me quedan mal.

—Estoy segura de que mañana estarás deslumbrante.

—No tanto como tú, Pers. —Hizo una breve pausa extendiendo su mano en mi dirección—. Tendré la reina más hermosa de todo el Olimpo. ¡Que tiemblen las demás!

Me hizo girar como si me tratase de esa princesa que decía que era para él. Caí hacia atrás entre sus brazos sintiéndome tan completa

que no me importaba tomar decisiones sin previa confirmación. Porque si me equivocaba, podría hablarle a mi futuro marido de mis inquietudes mientras elaborábamos un pedido de rosas para San Valentín. Seguro que Ryan no pondría impedimentos en que usásemos un poco de masilla para hacer unos bombones como decoración.

—¿Sabes? —llamé su atención —. No sabes la suerte que tuve de cruzarme contigo en Chevron ese día.

—¿Sabes? —me siguió el juego entrelazando sus ojos castaños con los míos—. No sabes lo dichoso que fui el día que me hiciste sentir suficiente.

—Se trata de eso, Bryce. —Alcé las manos hasta acariciar su incipiente barba—. De crear un reino que te haga feliz al lado de la persona que has elegido.

—Y verla florecer, S. —Hizo una breve pausa dejando un suave beso en la punta de mi nariz—. No sabes lo orgulloso que me siento de haberte visto hacerte más hermosa por ti misma.

—Tuve al más alocado instructor.

—Sí, ese que te empuja desde un avión.

—Y me proporciona alas —susurró—. No lo olvides.

Agradecimientos

Dicen que las historias con grandes giros suelen ser las mejores. Yo creo que eso es un pensamiento un poco erróneo. A veces, como lectores, necesitamos un libro que nos toque el alma. Quizá, en ese momento, tan solo queramos leer acerca de una pareja que busca redención, un luto intermitente o quizá de unos prejuicios que buscan su propio final.

El caso es que una novela no debería calificarse por la cantidad de giros que tenga sino por la forma que tenga de tocar nuestra alma.

En mi caso, Seasons3 me ha acompañado en unos meses de mucho trabajo. Bryce y Spring vinieron conmigo a Francia, a las prácticas en el colegio donde estuve, además de que se percataron de todos los miedos que tenemos los escritores cuando damos voz a nuevos personajes.

Y pensaréis: ¿A veces merece la pena?

Pues sí.

Tanto por uno mismo como esas personas que suelen ser similares a estrellas en el firmamento, que te leen en busca de darte una opinión que hinchará tu pecho de orgullo. Que te hace sentir tan orgulloso de haber plasmado todo lo que pensabas en un documento de Word que vuelves a intentarlo.

Así es nuestra vida: repleta de dudas, miedos, ganas de tirar la toalla y mucha incertidumbre.

Puede que esta no sea una de mis mejores novelas, pero creo que habla mucho de esos momentos en los que nos escudamos en las personas que queremos. En la que nuestra voz no se escucha por timidez e inseguridad. O quizá la importancia que damos a las etiquetas cuando detrás de ellas hay muchas personas que tienen demasiado que decir.

Quiero agradecer a Lola, mi editora, por siempre tener esas palabras cariñosas cuando los miedos me carcomen. Gracias por darme la oportunidad de ser parte de esta bonita familia.

A Chris, por aguantar a Bryce aunque sé que lo odias a muerte porque es un poco idiota al principio. Solo tiene su escala de grises con todas las personas que tenemos los pies sobre la tierra.

A Hollie Deschanel por ser mi consejera, amiga y hermana. Gracias por seguir confiando en que mis historias podrán llegar lejos cuando a veces el miedo me hace quedarme delante de la página en blanco.

A María Moreno por ser la persona que más chilla con cada historia que sale de mi cabecita. Te quiero muchísimo. Gracias por infundirme ánimos cuando el impostor me dice que lo mejor es abandonar ahora que estoy a tiempo.

A Beca, por confiar en que puedo con todo lo que me proponga. Siempre serás uno de los pilares fundamentales de mi vida.

A Eli, por su gran interés en mis cuatro pequeñas estaciones. Quizá sean algo trasto, diferentes entre ellas, pero espero que puedan acariciar tu alma. Te adoro, *sis*.

Y a ti lector, por haber tenido un instante para darle una oportunidad al idiota de Bryce y a mi inocente Spring. Si no fuera por ti, muchas de estas historias seguirían escondidas en un cajón. Gracias por darme la oportunidad de palpar un sueño que siempre consideré un gran mundo.

Espero encontrarte en la próxima novela.

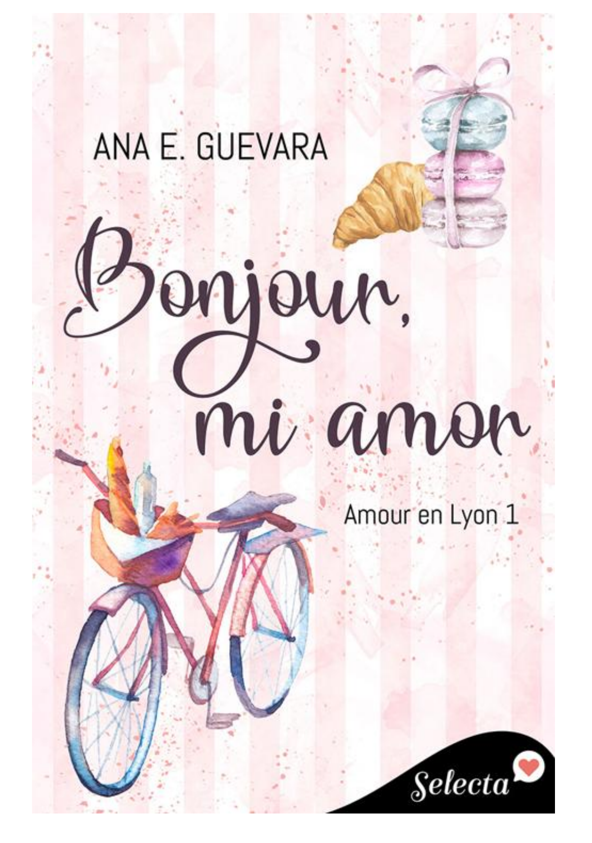
Si te ha gustado

Una nueva flor en Santa Mónica

puedes disfrutar de estas




RUTH M. LERGA
¡MANOS ARRIBA!
Selecta


ANA E. GUEVARA
Bonjour, mi amor
Amour en Lyon 1
Selecta


NIEVES
HIDALGO
Lo que dure la eternidad
Selecta

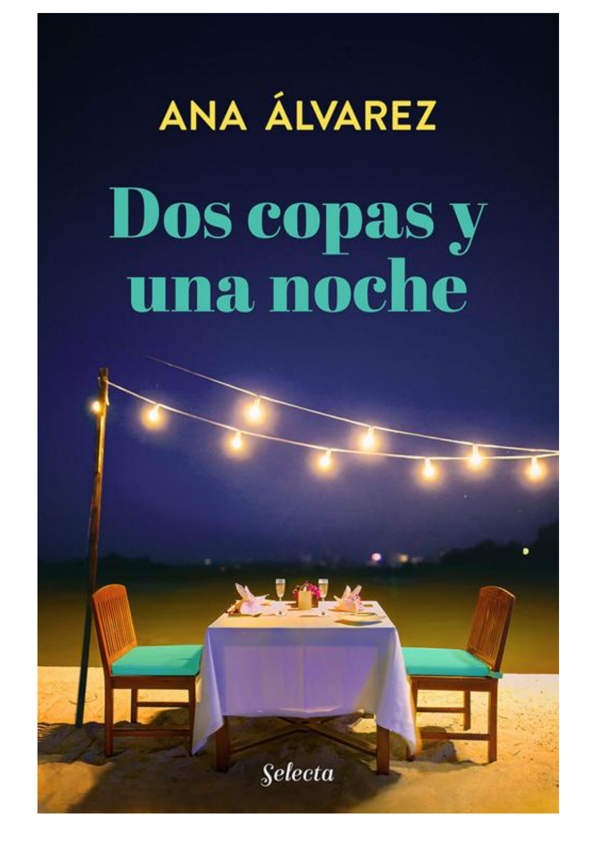


El caballero de la armadura naranja



MAYEDA LAURENS




ANA ÁLVAREZ
Dos copas y una noche
Selecta


MARAVILLOSOS DESASTRES 1
La mesa de los solteros
Hollie Deschanel
Selecta


Al calor de
tu invierno
AMAR EN CUATRO ESTACIONES 1
ÁNGELES VALERO
ZAHARA C. ORDÓÑEZ
Selecta

“No estaba acostumbrada a vivir sin una planificación previa, improvisar sus pasos en los brazos del hombre más inconstante del mundo le permitía volar”



Spring Cooper tenía una vida de ensueño perfectamente planeada. Lo único que tenía que hacer era **sonreír, agradecer y no levantar la voz para ser similar a una muñeca**.
El día de su **boda** debía ser el más especial de su vida, pero no contó con que **Winter Adams la irrumpiría** y todo aquel bonito cuento de hadas se iría al traste en cuestión de pocos segundos.
La única opción que consideró viable para enfrentar la vergüenza era huir de Boston, empezar de cero e intentar dar sus primeros pasos sin tener el consentimiento de su padre.
Tras su discusión con Nathan, **Bryce Evans** ha decidido marcharse con la culpa a **Santa Mónica**. Estaba acostumbrado a tomas decisiones sin mirar atrás, así que vivir **en el apartamento de Zander** durante una temporada tampoco le parecía nada del otro mundo. Solo quería desconectar de los lazos que siempre lo juzgaban como **«el vikingo**

peligroso», como lo habían bautizado sus amigos.

Conocer a **Spring** no estaba dentro de sus planes, que **le dejase sin aliento** ni siquiera en su imaginación. Para él solo era una niña que no conocía la cara más peligrosa de la gente y ya que él, **con sus tatuajes y su sonrisa ladina lo decía a gritos**, tampoco le supondría un problema corromperla un poquito. Con suerte no querría descubrir por qué le encantaba su olor, ni por qué sus diminutos brazos le arrastrarían a una primavera continua de la que no tendría la intención de escapar.

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.



Edición en formato digital: junio de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Imágenes: Istockphoto, Shutterstock

ISBN: 978-84-18295-96-6

Conversión digital: leerendigital.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Índice